

NOVELA Y NOVELISTAS HISTÓRICOS EN ESPAÑA

I



Antes que desaparezca la novela histórica, bueno será recordar su fortuna en España. Creemos que desaparecerá, anulada por la novela de costumbres y tendencias políticas, sociales y de toda clase y porque el cultivo de aquel género hace preciso en los lectores cierto grado de instrucción y determinadas condiciones en los autores, que hoy no se ven con mucha frecuencia. *Novela* es tanto como género nuevo, y se le ha dado este nombre porque en algunas literaturas no se conoce, en otras apenas apunta y en las más resulta de la transformación de otros géneros. Hay algo que se parece á la novela en las letras griegas y latinas, y en éstas alguna que sin gran violencia se clasificaría en el género histórico, tal es el *Satiricón*, de Petronio; pero la propiamente llamada novela histórica es moderna y acaso debida á la transformación de los romances. Á no dudarlo, es la novela un género poético, por más que en prosa se escriba; *roman*, como la llaman los franceses, es de la misma raíz que romance, y un antiguo autor castellano decía que intentaba hacer

«..... un *roman* paladino
En el cual suele el ome hablar á su vecino».

Lo cual significa, á nuestro parecer, que tomaba las formas populares con el ánimo de expresar cierta especie de poesía. Que el romance pudo transformarse en novela es fácilmente explicable desde que se apoderaron de aquél los es-

critores cultos y eruditos. Los últimos romances de *guapos y matones* dieron origen á novelas históricas relativas á los mismos, que por cierto agradaron mucho al pueblo. Devoraba éste aquellos malsanos manjares y tragaba aquellas venenosas pócimas, que convirtió algún autor en narraciones de empresas bélicas. Esto y la rehabilitación de la Edad Media, en la que se creyó ver algo digno de estudio y no tan inculto y bárbaro como se suponía, ya preparaba suficientemente los ánimos para las novelas de guerras y asedios, en que los románticos desplegaron los recursos de su ingenio y usaron los procedimientos de su escuela.

Ginés Pérez de Hita, en sus *Guerras civiles de Granada*, es un novelista histórico. Si se le compara con D. Diego Hurtado de Mendoza, verdadero historiador y de los clásicos, se conocerán sin gran esfuerzo las semejanzas y las diferencias de dos géneros afines, y por otra parte, no es raro escribir poesía en prosa é historias en verso, como las *Elegías de varones de Indias*, por Juan de Castellanos.

He ahí una teoría acerca del origen del género que no damos por absolutamente cierta y mucho menos por demostrada, ya que la tentativa de esta demostración nos alejaría demasiado de nuestro asunto, aunque fuese accesible á nuestros escasos conocimientos. Nos proponemos en los siguientes artículos recordar algunos de los nombres que representan el género en España durante el último siglo, y no todos, porque hubo un tiempo en que de todos los géneros novelescos fué el más cultivado, así como en determinados períodos los géneros pastoril y picaresco. El mismo de *costumbres*, que prevalece en nuestros días, tiene precedentes en Francisco Santos, cuyas obras son muy poco estudiadas, á pesar de los curiosísimos datos que contienen.

Walter Scott fué el maestro, á quien siguieron los novelistas históricos de toda Europa, entre los cuales descuellan los Manzoni, los Guerrazzi, los Vitet, los Bullwer y otros muy conocidos. Scott no podía olvidarse de la historia, cualquiera que fuese el argumento de sus escritos. Habíase preparado para los que le caracterizan como para la obra más seria; algunos le consideraban como un verdadero arqueólogo.

go que trataba de enseñar antigüedades sirviéndose de la novela.

Los románticos se apoderaron inmediatamente del género nuevo. Chateaubriand, Arlincourt y Víctor Hugo siguieron más ó menos de cerca las huellas del autor escocés, y hubo quien dijo, para sintetizar la nueva teoría en una frase: «La historia es una novela en que se cree y la novela es una historia á la que no se da crédito».

Jenofonte, en su *Ciropeia*, había trazado la novela del conquistador de Oriente, porque no se considera este libro como escrito histórico. Tanto valdría juzgar con esta calificación al *Telémaco*; en esta clase de obras se representa la antigüedad más ó menos fielmente, pero más parte cabe á la fábula que á la verdadera historia. En la novela histórica de nuestros días sucede lo contrario. La verdad tiene tanta parte como la ficción, y todavía más en los mejores novelistas. La fábula nada pierde que sea de lamentar y la verdad y la enseñanza van ganando.

La novela caballeresca, teniendo pretensiones de histórica, falseó completamente la verdad en historia, en geografía y costumbres. Inventó genealogías, habló de países imaginarios; algunas veces prestó á los contemporáneos costumbres antiguas, rancias, en todo tiempo y ocasión inverosímiles, llegando al extremo esta confusión y tamaño desconcierto en las obras de la literatura francesa, que presumían retratar la historia y los personajes griegos. El *Telémaco*, apareciendo simultáneamente con aquellos escritos, fué una verdadera maravilla, de las que se ven pocas en los anales de la literatura.

Más fielmente retrata las clases sociales la novela picaresca, ¡extraño fenómeno! Nuestra literatura, que es la más abundante en escritos místicos, aparece igualmente rica en las descripciones de las costumbres de las últimas clases sociales. No atreviéndose á ridiculizar á los grandes, ensalzaba á los pequeños, y era como la válvula de seguridad de un estado social, en la que los grandes se hacían pequeños y los pequeños grandes, no siempre en lo bueno.

Nosotros no tenemos obras tan disparatadas y falsas como

las de Mlle. Scudery; pero, en cambio, tampoco acertamos con los primeros ensayos de la novela histórica. La inglesa presentóse desde luego, describiendo con el más riguroso criterio moral las costumbres. Testigos las obras de Fielding y Goldsmith. En España el jesuíta D. Pedro Montengón nos dió novelas históricas desprovistas de interés, aunque no ayunas de sentimiento. Léese con gusto el *Antenor*, libro en el que, de escasísimas noticias, aquí y allí esparcidas en los clásicos, y de una brevísima frase de Virgilio se toma el argumento de viajes y de intrigas en que se funda la novela.

En aquella época no podía exigirse más fidelidad en la historia, porque la erudición exquisita y arqueológica no había hecho los progresos que en nuestros días.

Respecto al estilo y lenguaje, tampoco podía pedirse más, por no estar muy depurado el gusto de los lectores. Hasta principios del siglo XIX no se notó el progreso en esta parte.

II

Don Benito Vicetto.

Desde que leímos *Los hidalgos de Monforte*, comprendimos que el hermoso género de la novela histórica podía arraigar en España. Tal vez no era Vicetto el más indicado para cultivarla, ya por su género de vida, ya por el carácter peculiar de su imaginación; pero sus aficiones históricas, unidas á su exaltada fantasía, contrapesaban aquel defecto: pusieron siempre en su mano la pluma para análogas composiciones. Abramos otro curioso libro del mismo autor: *Los reyes suevos de Galicia*, que pretende ser historia y no lo es, quedando en la categoría de novela, con muy escaso número de datos exactos, y se verá que no podía cultivar la historia propiamente dicha, porque sus condiciones personales no le daban tiempo suficiente para la diligente y sosegada investigación propia de los historiadores. Pero en *Los hidalgos* no fué así: un delicado sentimiento regionalista, que no reniega de la patria, un conocimiento exacto del país que describe

y bastante erudición respecto á usos y costumbres de la época, le habilitaban para darnos una de las mejores novelas históricas, tal vez la que con más gusto se lee y menos se olvida de cuantas en el pasado siglo XIX aparecieron en España.

Otra particularidad de Vicetto es que, simultáneamente con su afición á la historia y el idealismo de sus tendencias, su estilo demasiado libre, y en algunas ocasiones hasta licencioso, le convertían en precursor de los escritores naturalistas más recientes. En *Los reyes suevos*, en *El lago de la Límia* y en otros libros, despunta aquella cualidad más que en *Los hidalgos*. Distínguese Vicetto de Zola, de López Bago y otros, el último de un mérito muy inferior al del escritor gallego, en que no hace alarde alguno de aquella licencia de estilo, ni su empleo revela determinado propósito de hacer sectarios, ni de influir en las almas; hablaba así con naturalidad completa, á la manera que el sencillo y candoroso Lafontaine daba sus fábulas de irrepreensible moral á la juventud, fábulas que jamás se olvidarán, y escribía *Cuentos* que cada vez tendrán menos lectores. No podemos olvidar, sin embargo, esta nota característica de Vicetto, y aunque lo hiciésemos llevados de extremada benevolencia, bien pronto la descubrirían sus lectores.

En cambio, ¡qué vida, qué animación, qué valor poético en la historia que maneja cuando no habla de reyes más ó menos fabulosos, sino de particulares! Vicetto era entusiasta imitador de Walter Scott y conocía las cosas de Galicia, pero acaso no tanto como el autor de los *Lays of the borders* de Escocia. Vicetto pasó grandes infortunios, y Walter Scott en medio de comodidades y holgura; las circunstancias de la vida del autor refléjanse necesariamente en las obras: Walter Scott dió leyes á la novela histórica; Vicetto, además de consultar éstas, hubo de someterse á las que dictaban los románticos, porque lo era, á pesar de sus tendencias naturalistas, influido por el genio soñador é idealista de la región en que había visto la luz primera.

Las crueldades de los señores feudales, que él describe como novelista, han sido comprobadas y certificadas por el

actual Sr. Obispo de Jaca, López Peláez, diligente historiador de las cosas de Galicia, y especialmente las de las regiones de Lugo y Monforte Así, después de muchos años se han visto los abusos cometidos por aquella poderosa familia de Lemos, que se nos había hecho tan simpática á título de protectora de Cervantes. Para distinguir los caracteres de los hidalgos de Monforte se necesitaba una partícula del ingenio de Homero, que fija indeleblemente el de cada uno de sus héroes, y lo que Homero hizo y no consiguió Virgilio se ve en la obra de Vicetto, en la cual, por una frase aislada, puede conocerse cuál fué el héroe que la pronunciara.

Vicetto, no como preso, sino habitante en los establecimientos penales, como empleado en esta carrera, escribió alguna de sus obras «donde todo triste ruido tiene su habitación». Respírase en todas ellas, sobre todo en *El lago de la Limia* y en ciertos capítulos de *Los hidalgos*, tal melancolía que parecen escritos á la sombra de los bosques drúidicos ó en las orillas de los lagos de Escocia. En suma, Vicetto fué un autor de los que pueden caracterizar una raza, pero también de los que no pueden formar escuela, por el conjunto de extrañas prendas que en él concurrían y por los matices de su estilo, que son muy variados.

III

Don Enrique Gil.

Colocado en mejores condiciones sociales que Vicetto, Enrique Gil fué más genuino representante del romanticismo. Perteneció al cuerpo diplomático y sus restos recibieron cristiana sepultura en Berlín. Una de sus más tiernas composiciones anuncia ya su muerte en tierra extranjera y fué publicada en *La Ilustración* de Fernández de los Ríos. El poeta leonés figura como novelista histórico por su obra *El señor de Bemibre*, que nos parece tan digna de recuerdo y elogio como *Los hidalgos*, de Vicetto.

La Edad Media fué el campo que más espigaron los novelistas históricos, porque la antigua, supuestas las diferencias de ideas y costumbres respecto á las nuestras, no puede excitar el mismo interés y la contemporánea no debe llevar el nombre propio de este género. Gil utilizó las disensiones de los bandos de Castros y Laras en Castilla y el gran problema histórico de la abolición de la orden del Temple, enlazando estos acontecimientos con una historia de amores que supuso encontrada en antiguo monasterio del reino leonés. Gil como poeta no tenía en su lira más que una cuerda, la de la melancolía, y en su manera de pensar parecíase á los alemanes, en cuyo país había de estar su sepulcro. El final del *Señor de Bembibre* es de lo más patético que en castellano se ha escrito, y en nada inferior á la celebrada *Evangelina*, del inglés Tennyson. La descripción de la fiesta de los difuntos en dicha obra parécenos una de las joyas de la literatura castellana. Vicetto no escribió páginas como éstas, pero en cambio Gil no describía las escenas de amor con el colorido que les daba Vicetto.

En cuanto á describir las costumbres de la Edad Media, que en las bellas letras pusieron de moda los románticos y en los estudios serios César Cantú, eran casi iguales ambos autores castellanos. Los lances de la guerra, las relaciones entre caballeros, escuderos y monjes parecían serles familiares y las descripciones corresponden en Gil y en Vicetto á las respectivas épocas; también en *Los hidalgos* hay escenas tristes; ¡pero cuán superiores á ellas son las de Enrique Gil en *El señor de Bembibre*!, Las Cruzadas, que en él se citan como un recuerdo de tiempos mejores se destiñen, por decirlo así, en la obra con sus vívidos colores de gloria y los más apagados del infortunio. La *Ildara* de Vicetto y la *Beatriz* de Gil son figuras arrancadas de un monumento de la Edad Media. Hay menos figuras y menos movimiento en *El señor de Bembibre* que en *Los hidalgos*; pero por lo mismo que aparece menos poblada la escena, nos fijamos más en los actores. Lo patético es lo que predomina en Enrique Gil como poeta y como novelista y por eso nos explicamos que en torno de su

nombre se vaya desvaneciendo la aureola de gloria que debiera rodearlo.

Las tragedias apenas se permiten al autor dramático y casi se prohíben al novelista. Y sin embargo, fuente de poesía como el dolor en ninguna parte se ha descubierto, ni se encuentra. Si se considera que en la inteligencia y en el corazón de Enrique Gil, perteneciente á la generación de Larrañaga y de Espronceda, debieron quedar intactos para nuevas creaciones nuevos manantiales de lo patético; si se recuerda su temprana muerte en el extranjero, lejos de la patria que tanto amó, tentados estamos á compararle con la heroína de su preciosa novela ó con Don Alvaro su amante, que vistió el hábito del Temple en las postrimerías de la orden, creyendo que había muerto su prometida. Enrique Gil no sabía describir tipos de malvados; pasa ligeramente el lápiz sobre sus retratos y únicamente nos recuerda sus hechos para hacer que resalten más los tesoros de sensibilidad de sus personajes.

IV

Don Francisco Navarro Villoslada.

Conocimos y tratamos en la redacción de *El Pensamiento Español* á este novelista, pues allí escribía con D. Gabino Tejado, más tarde académico de la Española y reputado el más castizo en su escribir de los periodistas, y con González Pedrosa autor del admirable prólogo á los *Autos sacramentales* que se lee en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra.

Casi todos aquellos eran políticos de circunstancias, de los que no medran con la política, y eran de verdad católicos y de tendencias carlistas. Contuviéronse unos en el falso terreno del pretendido absolutismo de Isabel II que Palmerston con razón había calificado de imposible. Villoslada terminó en el campo de D. Carlos y en su querida Navarra, que tanto había poetizado en sus novelas.

El castellano de Navarra es digno de estudio, las pinturas de sus obras interesantes y bien marcados los tipos. En cuanto á conocer la historia y costumbres del país, apenas tenía quien se le igualase en su tiempo. Las contiendas entre los partidos del reino, las dos influencias castellana y francesa empezando á señalarse y á luchar, el carácter verdaderamente dramático de las postrimerias de la nación pirenaica, todo esto para una buena pluma y a.ante de la región era un asunto que escritores como Villoslada no podían abandonar como estéril.

Doña Blanca de Navarra, no menos que *El Príncipe de Viana*, merecieron toda la atención de la historia y todo el cariño de la novela. En torno de ambos personajes se desarrollaban toda clase de ambiciones, y ellos, sin embargo, descollaban sobre todos, por sus infortunios la primera y por su cultura y nada merecidas desgracias el segundo. La raza judía con sus usureros, sus alquimistas y nigromantes, las razas degeneradas que con el nombre de *agotes* han ocupado á los historiadores más que á los novelistas, el predominio de los monjes de Hirache, de Lerín y de otras partes daban suficiente argumento y recursos para el adorno de las narraciones.

Había tipos como D. Juan II de Navarra, D.^a Leonor, la reina de *los quince días*; Gastón Phebo, que apareció como el sol, cuyo nombre llevaba, un momento sobre el horizonte de la historia, tentaban igualmente la pluma del que pretendiese continuar la obra de Walter Scott en nuestra Península. Villoslada conocía la parte de Castilla lindante con Navarra como Navarra misma y en general las Provincias Vascongadas, que siempre fueron como la *Meca* de los carlistas.

A la manera de Walter Scott, los novelistas de su escuela se complacían en describir las guerras más que las tenebrosas intrigas y negociaciones de la Edad Media, porque aquéllas les son más conocidas, á pesar de que la época de doña Blanca parte ya límites con la era de la diplomacia moderna. Los preliminares de una batalla ó de un asedio inspiraron siempre mayor interés que los de artículos de un tratado

en que tal potencia desempeña el papel del ratón y otra el del gato, que concluye por devorarlo. La novela histórica no puede menos de contar como suyo el privilegio de la historia, único género literario del que se ha dicho que siempre se lee con gusto, como quiera que se escriba.

Navarro Villoslada continuó escribiendo hasta sus últimos años; había pasado ya la edad del romanticismo, y como nunca fué tan adepto de su escuela como Vicetto y Gil, no podemos citar de él pasajes en tal estilo comparables á los de ambos novelistas. Quizá el haber repartido su atención entre las letras y la política, sin conseguir en ésta y sin pretenderlo siquiera los triunfos que en aquéllas, privó á la literatura de obras que hubieran dejado nombre en la suya y en posteriores épocas. Llegó en su avanzada edad á presenciar casi el término de la novela histórica, pues si bien ha renacido con Pérez Galdós, las formas de este renacimiento son tan diferentes de las antiguas, que el mismo creador del género no lo reconocería. El acostumbrado á las luchas de *daga florentina* ó de alfilerazos de hoy, no comprende las que se sostenían con el hacha de armas y el mandoble antiguo. Los que presencian hoy las huelgas y filosofan acerca de las mismas tampoco se explican los movimientos de la *Jacquerie*, de los *pastorcillos* y de otros rebeldes de la Edad Media.

La magia del estilo y el talento de los autores sostenían más de lo que parece el prestigio de la novela histórica. Los lectores perciben mucho más en la de costumbres que en aquélla. No se podrá aprender historia en la novela histórica; pero sin ciertos conocimientos de este género es difícil saborear las bellezas que aquéllas obras contengan.

V

Don Manuel Fernández y González.

Á este novelista, que no cultivó solamente el género histórico, sino todos los de *pane lucrando*, puede aplicarse el juicio que de sus propios epigramas formó Marcial, «*sunt*

bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura». En pocos hubo más desarrollada fantasía, condición de las menos adecuadas para el cultivo del género que nos ocupa. Ni largos estudios ni profesión literaria le habían preparado para escribir. Los autores mencionados pertenecen todos al Norte de España; éste es del Mediodía; pero como aquéllos se dedicó á los asuntos de historia española. Nuestros novelistas históricos no han escogido los de la extranjera; para ellos hubiera estado menos preparado el público de la Península. Al contrario de los anteriores, las novelas históricas de Fernández y González tienen tan complicada trama como las que escribió de costumbres; pero en la vivacidad de las escenas, en la caracterización de los personajes, reúnen prendas muy apreciables. *El cocinero de su majestad*, *Men Rodríguez de Sanabria*, *Los monjes de las Alpujarras* y en mucha parte *Martín Gil*, se leen con gusto é interés, siendo generalmente preferida la primera. Si de algo entendía el autor, era de ciertas épocas entre moriscas y cristianas de la historia granadina, sin llegar, sin embargo, á las que hizo Ginés Pérez de Hita objeto de su libro, que consideran algunos como preludeo de la novela histórica. Escribía Fernández y González cuando los editores habían sucedido á los anunciadores de Sociedades mineras en la tarea de engañar y beneficiar al público, los unos con acciones fabulosas é imaginarios dividendos y los otros con entregas por pliegos, que se deslizaban por las puertas de las casas ó por los folletines de los periódicos. El pueblo era en general muy poco exigente, y sigue siéndolo, y la norma de Lope de Vega de *hablar en necio para darle gusto* era una regla universalmente aplicada.

Aficionado Fernández á las épocas más turbulentas de la historia patria, la de D. Pedro el Cruel y la de Juan II con su D. Alvaro de Luna, verdadero héroe de novela, éralo más todavía del período de la dinastía austriaca. Los escritores contemporáneos no habían utilizado esta mina, que resultó intacta para los posteriores. En *El cocinero de su majestad* hay una prueba de lo que hubiera podido hacer, sin más ingenio que el que tenía, pero con más estudio, Fernán-

dez y González. Todavía hoy podemos decir que ningún escritor español ha escrito obra que comparable sea en lo histórico de aquel período al *Gil Blas de Santillana*. Lo picaresco y lo relativo á las costumbres llamaba la atención más que lo puramente histórico, y tal vez el temor al Santo Oficio, que de religioso habíase convertido en político, retraía de ciertas empresas á los ingenios más privilegiados. De aquellas minas sin beneficiar han querido sacar algo los extranjeros, Schiller su *Don Carlos*, Víctor Hugo su *Hernani*, y á pesar de lo brillante y glorioso de sus nombres, no han conseguido retratar los tipos de la época tan propiamente como lo habrían hecho escritores nacionales contemporáneos ó posteriores, si á tal obra se hubiesen dedicado.

Fernández y González, descuidando tal vez lo principal en el género histórico de la novela, consiguió, sin embargo, comunicarle aquella vivacidad y gracia que distingue á la de costumbres. Los tipos de Quevedo y de las actrices en *El cocinero* no están mal dibujados ni pintados. Pero la obra en general se resiente de lo que se resentirían las explicaciones de un profesor que únicamente estudiase la lección del día una hora antes de abrirse el aula.

Dícese de este autor que escribía tres y cuatro novelas á un mismo tiempo y de diverso género; esto de dictar ó escribir tres ó cuatro obras á la vez podrá ser elogio para César, como político y hombre de acción, no para un literato. Los famosos *Comentarios* es de creer que no fuesen escritos de este modo. Nada más cierto que el tiempo se venga de lo que se hace sin contar con él, y que el escritor ha de escoger, entre dos aspectos de la fama, el que se le presenta de ser leído por muchos en vida y cada vez por menos después de su muerte, ó el de arrostrar á veces aun la impopularidad, fiándose en el nombre póstumo. Y no era ni podía ser de la segunda clase nuestro Fernández y González.

VI

Espronceda y Larra.

Continuamos con los románticos, á los que parece vinculada en España la novela histórica. Larra y Espronceda pasan mejor á la posteridad por autores en otros géneros que por cultivadores de éste; como que el primero es, sobre todo, autor de artículos satíricos y de costumbres y el segundo poeta. Aquél se fija más que en los sucesos pasados en las flaquezas de lo presente, su aguijón no penetra en lo que está muy lejos, y escribe novelas históricas, por ser entonces género de moda, más que llevado de su vocación por ellas. Y Espronceda como poeta evoca, sí, el pasado, pero lo amolda no á su tiempo, sino á su fantasía, y la humanidad no es el Adán que él transforma á su albedrío; la imaginación poética no era el mejor elemento para la novela histórica. Crean uno y otro las situaciones poéticas donde no las encuentran, no hubieran ni aquél ni éste descrito como Walter Scott las conversaciones de un cuerpo de guardia en pasadas épocas; el Marqués de Villena, de Larra, no es siquiera el de la historia, ni el que pareció nigromante al Obispo D. Lope de Barrientos, hasta el extremo de destruir su biblioteca. Léense, sin embargo, con gusto *El doncel de D. Enrique el Doliente* y *El castellano de Saldaña*; pero de muy lejos se conoce que no hacían los autores profesión de novelistas. *El canto á Teresa*, de *El Diablo Mundo*, sea Teresa quien fuese, encierra acaso una historia, tan interesante, aunque no tan cándida, como la que desarrolla Isaacs en su preciosísima novela *Maria*; pero no es historia de grandes, ni se refiere á los *divi, puerique deorum*, que parecían destinados á sujetos de la tragedia y de la novela en su variedad histórica. La historia de Macías el enamorado es la leyenda de un poeta desgraciado por otro que no lo fué menos. Cuando la naturaleza no nos destina á cultivadores afortunados de un género literario, se aplaude el esfuerzo; pero no puede elogiarse la obra sin algunas reservas y reticencias.

También Larra para escribir sus artículos se olvidaba de lo romántico, y Espronceda para trazar sus coros en el espacio, como Goethe ó como Boito, había de rebasar necesariamente los límites del romanticismo. El que deja tan incompleta una gran obra poética, hasta el punto de que su prosecución es un problema, no podía presentar ni aun con la relativa exactitud del novelista una época de la historia. Y si Larra atisbaba una ridiculez ó un vicio social que combatir, contra él se ensañaba, importándole poco describir bien las virtudes y vicios de los que fueron. En los géneros literarios, como en todo, el dedicarse á varios es renunciar al primer lugar para la crítica en uno de ellos.

Terminada la era romántica, ridiculizada por Larra, aunque nada extraño á la misma, era indudable que debía transformarse la novela histórica. Lo que hoy es presente, mañana será pasado, y en cierto sentido el escritor de costumbres traza cuadros históricos, apreciados, mucho más que en su vida, después de su muerte. Quien acierte á describir bien las costumbres de una época, el autor de *Corte y cortijo*, por ejemplo, será citado, aunque no sean reyes ni personajes los protagonistas. ¿Cómo no, si aun se busca historia en el *Quijote* y aún quiere sacarse de esta obra, en que son imaginarios los actores? La novela histórica tiende, pues, á tomar otra forma en cuanto concluye el predominio del romanticismo. Entrelazad una historia de particulares con la de algún personaje histórico, á la manera de Pérez Galdós, y habréis dado con la novela histórica del gusto moderno. La tragedia y la novela histórica se admiran y se cultivan hoy poco; dícese de la primera que no hay actores para la representación: ¿se dirá de la segunda que no hay suficiente número de aficionados con la necesaria preparación para leerla?

Cuando brilla un nombre en un género científico ó literario y figura en otro, aunque con menos esplendor, en ambos se le cita. A Newton, por ejemplo, como eximio geómetra y físico excelente; pero también alguien recuerda que intentó comentar el Apocalipsis.

VII

Los dos Truebas.—Wiseman.

Un sentimiento de gratitud que no enfría ni siquiera entibian los años transcurridos nos impulsa á citar el nombre de D. Antonio Trueba entre los novelistas históricos españoles del pasado siglo. Sin conocernos más que por nuestros escritos dió al público su propia impresión, colmándonos de inmerecidos elogios; sin haberle nosotros conocido y tratado; pero deleitándonos con sus obras desde la niñez, atestigüamos hoy la correspondencia de nuestro afecto y el respeto á su buena memoria.

Trueba era poeta y escritor popular si los hay en nuestra literatura. Sentía como el pueblo y como el pueblo escribía. Si hubiera tenido intención política, nadie como él para ser el Beranger de su época. Religioso como se muestra siempre y sobre todo en su ternísima poesía á la *Cruz del camino*, que nos recuerda *A harpa do Crente*, de Herculano, hasta en el asunto de su composición, amante de su hermoso país vasco, patriota como indica la poesía *A la gorra de pelo*, que tanto enardeció los ánimos en la guerra de Africa, fué honrado por el Señorío con el honroso título de cronista de Vizcaya. Estos cronistas de hoy no escriben crónicas, ni enriquecen más que con monografías la historia. Si Trueba hubiera podido observar como las cosas contemporáneas las antiguas, él hubiera sido nuestro primer novelista histórico. A pesar de que su vida no le permitía detenidas investigaciones, ni pudo elevarse á grandes cargos, la Real Academia Española premió una de sus novelas de costumbres y *La Ilustración*, de Fernández de los Ríos publicó la titulada *La paloma y los halcones*, en que se describen perfectamente con el bello paisaje vizcaíno los bandos del pueblo y los excesos de los señores. Describe los hechos y dichos de los banderizos, tan bien como Vicetto; pero no conmueve tan profundamente las pasiones. El sentimiento más que la re-

flexión guió aquella pluma, que parecía prestada al escritor por el pueblo mismo, cuyos anales recorría y cuyas costumbres representaba.

Su homónimo, el otro escritor, fué uno de los españoles que mejor escribieron en lengua inglesa y de ideas muy opuestas á las del cronista de Vizcaya. Fijóse para escribir en la tristísima época de Simón de Montfort y del desgraciado príncipe Raimundo en su novela *El Conde de Tolosa*. Los cronistas de la Edad Media habían descrito bien aquel período de tan despiadada lucha, que un legado del Papa llegó á decir que los ortodoxos hiriesen sin piedad á cuantos habitantes de las ciudades proscriptas encontrasen, porque ya se encargaría Dios de hacer distinción entre los justos y los injustos, y Laurent recuerda que los caballos nadaban en sangre que les llegaba hasta las cinchas en aquellas extraordinarias matanzas. El viejo Conde Raimundo tuvo que desnudarse y sufrir la disciplina, si quiso conservar la vida. He aquí las escenas en que hubo de ocuparse Trueba. La obra no es tan conocida como por su mérito debiera esperarse.

La novela religiosa, anunciada ya en la *Blanquerna* de Raimundo Lulio, ha tenido que afectar necesariamente la forma histórica. Wiseman, como Trueba, aunque español y nacido en Sevilla, escribió en lengua inglesa, en ese inglés de formas clásicas latinizadas, su *Fabiola*. Como Manzoni en sus *Esposos*, que D. Gabino Tejado tradujo á nuestra lengua, se detiene en disquisiciones históricas, y en la descripción de las Catacumbas, como el autor italiano en la de la peste de Milán, que encierra las mejores páginas de su libro. La descripción de una casa de gentiles (*heathen household*); la conversión de Santa Inés, la muerte de San Sebastián y de San Pancracio son páginas inolvidables en la obra del Arzobispo de Westminster, que sostuvo siempre la teoría de que la literatura, aun la dramática, debe ayudar á la religión, apoyándose en la historia. En *Fabiola* palpita el mismo amor de Rossi á las investigaciones arqueológicas y su lectura es capaz de inspirar la afición á esta clase de estudios. En la misma Inglaterra, donde había florecido Lytton Bulwer, el restaurador literario de Pompeya, continuó Howard cultivando

ese género, y que no ha muerto la afición al mismo lo prueba la aceptación de las obras de Simkiewicz, sobre todo de su *Quô vadis*. Chateaubriand, Wiseman y Simkiewicz son el triunvirato de la novela histórica religiosa. Hay en el autor polaco tipos como el de Petronio, Urso, Nerón y San Pedro, bellísimamente dibujados, escenas tan hermosas y terribles como el incendio de Roma; pero la serenidad de la exposición de Wiseman parécenos todavía más hermosa. Obras son las de Trueba y Wiseman que honran nuestra nación, si no caben dentro de nuestra literatura.

VIII

Castelar y Cánovas.

In memoriam, como suele decirse, citamos estos dos nombres, que no habían de fundar su celebridad únicamente en las leyes, ni dentro de su círculo en el género de la novela histórica. El brillo de la oratoria ofusca todo resplandor en el primero, y en el segundo el de la política. El primero fantaseaba una historia de España, mejor que la más gloriosa de la edad pasada; el segundo hablaba mucho de *continuarla*, no de mejorarla ni engrandecerla, y sabemos ya cómo esta continuación ha sido. La literatura sedujo á los dos de jóvenes; la política en más avanzada edad, y ciertamente ni á Cánovas faltaban prendas de literato, ni á Castelar de político. En dos hechos se fundará el renombre de Cánovas: en haber presidido una restauración sin sangre—tampoco la revolución propiamente dicha la había derramado,—y en haber contenido cuanto pudo, teniendo la suerte de no llegar á presenciarse, aquella gran catástrofe colonial que teníamos tan vecina. Para borrar la nota de ideólogo que pudiera llevar en la historia el Castelar de sus mejores tiempos, tuvo unos cuantos meses de poder en que realmente manifestó que podía ser y era político. Pero nosotros en un artículo literario no hemos de considerar este aspecto.

Era muy joven Castelar cuando escribió, en colaboración

con nuestro querido D. Francisco de Paula Canalejas, una novela histórica: *Don Alfonso el Sabio*. No le falta una rueda de la máquina empleada por los románticos: agüeros, sortilegios, escondidos y tapadas, lances de corte y de campo, y aun la parte misma de Castelar no se presenta con el carácter que luego tomó su oratoria; se lee con gusto y corresponde el interés que excita á los grandes acontecimientos de la época. Años más tarde ensayó Castelar su pluma en narrar sucesos de aquella Italia que fué siempre, juntamente con Grecia, la meta de sus deseos, la señora de sus pensamientos. Recuérdense muchos pasajes de sus obras y sobre todo la bellísima descripción del Cementerio de Pisa, que, en verdad, todo lo merece. Vuelta la atención á la historia de las repúblicas, de las artes y del comercio, escribió otra novela, *Fra Filippo Lippi*; mas en ésta ya se ve la oratoria de Castelar al servicio de la historia y de la novela. Preparábase Castelar con estudios artísticos para razonar sobre determinadas épocas, y no es donde menos se conoce esa preparación en las páginas de *Filippo Lippi*. En la historia que últimamente escribió y quedó incompleta á la muerte del autor, desde la revolución francesa hasta sus días, también hay pasajes, como el relativo á los girondinos y á las humillaciones que hizo sufrir la plebe de Valencia á D. Pedro el del *Puñalet*, de Aragón, que son de novela histórica más que de historia propiamente dicho. Y esto era en Castelar antiguo, porque el mismo juicio podría formularse acerca de muchos pasajes de las explicaciones dadas en el Ateneo de Madrid sobre la *Historia de la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*.

Cánovas no era novelista ni poeta, pero joven se dejó llevar de la afición de su edad y de sus contemporáneos y compuso versos que en vano se ha tratado de resucitar, y la novela histórica *La campana de Huesca*. Cánovas, como el famoso Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), renegaba en una situación de lo que había escrito en otra, y libro hubo de su cosecha para el que hubiera ensayado un *auto de fe*, si fuesen posibles en nuestro tiempo. Dramático, y así pasó á una obra conocidísima en nuestra escena, fué el advenimien-

to al trono del rey Ramiro de Aragón, á quien llamaban *Cogulla* los mismos que le habían sacado de su diócesis para no caer en manos de las órdenes religiosas y militares, á las que Alfonso el Batallador había cedido el reino. Pero si la escena y la pintura han sacado partido de aquellas situaciones, no hizo lo mismo Cánovas en su novela cuando se publicó y después y ahora casi desconocida. Recordemos que en la *Historia de la filosofía* del cardenal González se cita como filósofos contemporáneos, todo por la benevolencia del historiador, á algunos á quienes conocimos y que no lo fueron.

¿Pensárase lo mismo de ciertos nombres que como de novelistas históricos citamos? Es muy posible. Pero se habla más de las manchas del sol, precisamente porque en el gran foco de luz aparecen, y porque no se da idea de lo que un género literario fué en determinada época, si no se enumeran los principales nombres que en él se han ocupado y distinguido más ó menos. Las campanas de Manzanares y de Sagunto sonaron más que las de Huesca: verdad que de más cerca podíamos oirlas.

IX

Don Benito Pérez Galdós.

La historia y la novela histórica son géneros afines; los materiales del primero pueden servir para el segundo, aunque los de éste no sean siempre aplicables á la narración imparcial y verídica de los hechos. Por eso grandes historiadores, como Cantú y Herculano, han escrito novelas de esta especie: *Margarita Pusterla* del uno y *El Monasticon, Arras por fuero de España* y alguna más del otro son una prueba de lo que decimos.

Generalmente las obras de este origen son buenas, curiosísimas y deben mirarse con respeto por el nombre de sus autores, pero son breves, y lo que menos se considera en ellas, si se exceptúa *El Eurico*, es el mérito puramente literario.

Género afín, igualmente, á la novela histórica es el de las *Memorias*, en que descuella sobre todas la literatura francesa; pero, al contrario de la novela histórica, tienen más de historia que de ficción, y eso las hace más apreciables. Son, por decirlo así, por un lado la miniatura y por otro la fotografía de la historia.

Concluída la época romántica y la afición al género novelesco-histórico, ya muy debilitada, continuaron algunos, sin embargo, como D. Alejandro San Martín, cultivándolo en obras de tan poco volumen como pretensiones. Otros, siguiendo las huellas de Cantú y Herculano, historiadores también, como Balaguer, á manera del labrador, que gusta de reunir á la cosecha principal otras accesorias, escribieron novelas de carácter regionalista muy marcado. El último es un autor de transición entre la novela histórica antigua y la moderna, si bien tenía muchas reminiscencias románticas el redactor de la *Historia de los trovadores*.

Andaba el tiempo, al parecer con más rapidez que en otras ocasiones; todo había cambiado en torno del escritor, y acontecimientos dignos de figurar en la tragedia y en la novela histórica sucedíanse sin interrupción unos á otros. Así como la catástrofe de Maximiliano en Méjico y la de Alejandro de Servia son argumentos de tragedia, á los que únicamente falta ser antiguos para reunir las condiciones que los preceptistas exigen, así otros sucesos históricos ocurren hoy que pueden ser utilizados por la novela. Un clasicista empedernido los rechazaría; pero no sucede lo mismo á los innovadores. Pérez Galdós representa esa reforma.

Conocimos también á este autor en una redacción de periódico á tiempo en que comenzaba á escribir para el público. Descubrimos en él, lo que no era difícil, agudo ingenio, y se le destinó á publicar las reseñas de las sesiones de Cortes y las semblanzas de los diputados. Pero entonces no se veía en Galdós más que al articulista político, no al que se complacía en seguir un plan de lento y prolongado desarrollo. Ese es el Galdós de la definitiva y segunda ó tercera fase; mejor diríamos de la tercera, porque antes hubo otra en que cultivó la novela de costumbres, pero con tendencias, como

ahora se dice, opinando sin duda que la literatura necesita, como si fuese acto de la voluntad, más que del entendimiento, determinados propósitos.

Nosotros, que no pensamos así y que además no estábamos conformes con las tendencias de *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*, y que no lo estamos ahora, nos vimos sorprendidos con la aparición de *Marianela*, en que desarrolla una tesis de sentimiento más que de partido, y comprendimos la ductilidad del ingenio de Galdós en medio de la rigidez de sus opiniones. *La Fontana de Oro* era ya una novela histórica de la historia que pudieron conocer nuestros padres y contar á sus hijos en las largas veladas del invierno en la cocina rústica ó en la tertulia urbana. La historia de nuestros días historia es, aunque ha menester más imparcialidad y más ingenio para narrarla. Lucano, Ercilla y Camoens rompieron los moldes de la épica respecto á la remota antigüedad de los argumentos, y el primero escribió además dejándose llevar del espíritu de un partido político, y no por eso dejaron de ser excelentes y muy celebradas sus obras. Galdós escribe novelas históricas de lo contemporáneo; la parte novelesca la da principalmente la intriga y la historia los nombres de los personajes. En el sistema antiguo era necesario que todo calzase alto coturno, las situaciones, las intrigas y los personajes.

Y cuando escribiendo de lo que puede excitar todavía las pasiones políticas se obtienen elogios, se prueba que se escribe bien, vencidas grandes dificultades,

A mediados del pasado siglo publicaba el Sr. Fernández Villabrilie, en el periódico *Museo de los Niños*, una serie de artículos titulada *Historia de España recreativa*, que, al contrario de lo que podría creerse por este epígrafe, nada tenía de parecido á los *Episodios nacionales*, principal obra de Pérez Galdós, ni era capaz de dar idea de esta última. Porque espigaba en distintas épocas, y si bien escogía tiempos y situaciones interesantes y pintorescos, no los relacionaba con ninguna acción particular, que son los caracteres distintivos de los *Episodios*. Sólo se refieren éstos al siglo XIX, de tantas peripecias y vicisitudes, adversas las

más para nuestra patria, y allí figuran varias series de personajes, casi siempre los mismos, en tanto que el transcurso del tiempo no hace inverosímil la permanencia de alguno. *Napoleón en Chamartín*, *Trafalgar*, *La valija de un rey* pertenecen á una época; sigue la interesante serie del reinado de Fernando VII, y después los sucesos de la Regencia hasta la mayor edad de Isabel II, y últimamente los de la guerra civil y tiempos que la siguieron. Los tipos son copias del natural, porque Galdós pudo conocer á determinados personajes y adquirir exactas y puntualísimas noticias de los que no estaban en el mismo caso, para lo cual nos consta y es notorio que no ha omitido diligencia alguna. Gracias á este cuidado, la fidelidad de algunos datos es tanta como la que se descubre en las *Memorias* del General Fernández de Córdova, que no tienen nombre ni forma de novela.

Hay volúmenes de todas las series compuestos en un mes, si se ha de dar crédito á la fecha estampada á su conclusión; pero esto no significa que la reunión de datos que concurrieron á su formación no hubiese sido anterior y muy detenida. Hemos oído á los hijos de algún personaje que en esos libros han encontrado respecto al padre datos que tienen por ciertos, pero que no conocían. En punto á minuciosidad, no puede llevarse más lejos la alabanza. Walter Scott, para conseguir la fidelidad en la descripción de armas y trajes de la Edad Media escocesa, habíase formado un museo que frecuentemente consultaba. Galdós ha tenido un museo viviente, sin duda muy aprovechado en sus escritos.

La trabazón entre las dos partes constituyentes de cada volumen de los *Episodios* no es tan íntima que la parte genuinamente histórica se confunda con la novelesca. En el libro *Zumalacárregui* y en el de *Montes de Oca* campea casi del todo la historia, y por cierto que ni por carlistas se habrán escrito elogios más imparciales y justos que los dedicados por Galdós á la víctima del asedio de Bilbao ni por moderados al romántico personaje que en segundo lugar citamos. La imparcialidad del autor queda probada diciendo

que si el retrato de Fernando VII es como obra de un liberal, el de D. Carlos María, el Pretendiente, obra de verdadero mérito y sorprendente parecido, pudiera atribuirse á un autor carlista. La descripción de la infancia de las regias niñas, del motín de la Granja, de las fiestas reales de la mayor edad, que se destacan sobre un cuadro de horrores, enfermedades y miserias y se presencian casi desde un lecho de muerte, pueden compararse á no pocas páginas de Dickens.

Expuesta lealmente nuestra opinión sobre los *Episodios*, que preferimos á todas las obras del autor, diremos con la misma franqueza en qué no son de nuestro agrado. La interrupción en volúmenes de hechos que no se ve por qué se suspenden, podrá responder mejor á exigencias editoriales que á razones literarias. Lo de expresar el tiempo de la redacción huelga para el que conoce la fecundidad del autor, y de cosas tales se ha dicho que jamás se pregunta el tiempo que cuesta hacer y perfeccionar obras que por sí solas se recomiendan. El novelista histórico debe expresar su opinión sobre acontecimientos y personas, lo que en Galdós pocas veces ó nunca descubrimos. En cambio, esto para nosotros se convierte en elogio, porque tal silencio nos hace olvidar obras del mismo autor, como *La familia de León Roch* y *Doña Perfecta*.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

ALGUNAS OBSERVACIONES

HECHAS DURANTE EL ECLIPSE DE SOL
DE 30 DE AGOSTO DE 1905.

Por pequeño que sea el esfuerzo hecho en favor de la ciencia por cada observador de un fenómeno natural, no debe retraerse de darlo á conocer, que en las suma de estos aportes, nimios muchas veces, hallan luego los sabios base y fundamento para sus grandes síntesis.

No de otro modo se hicieron los soberbios monumentos arquitectónicos que son ó han de ser admiración de las generaciones humanas que se suceden: espuestas de arena, terrones de cal, piedras cortadas ó labradas aisladamente por oscuros é ignorados obreros, y sin embargo, de todo ello, por las hábiles concepciones del artista insigne que la obra trazara y por la genial dirección del que la preside, resultan el palacio, el obelisco, el arco triunfal que perduran y publican el valor del pueblo y de la época en que surgieron.

Son éstas las consideraciones que me mueven para dar á la estampa algunas ligeras observaciones sobre el eclipse que nos ocupa, alentado también para ello por el prólogo de las instrucciones que para dirigirlas convenientemente publicó en el mes de Mayo el Sr. Director del Observatorio Astronómico de Madrid.

Elegido para sitio de mis trabajos Miranda de Ebro, hallé en él comfortable hospitalidad y apropiado lugar para hacerlos en el hotel Trocóniz, antes de Rámila, en una de cuyas huertas me instalé convenientemente, rodeado de cuantos elementos míos ó naturales creí necesitar para estudiar algo de lo que en la atmósfera, en las plantas y en los animales con el eclipse coincidiera.

No era muy favorable el tiempo: densos nubarrones amenazaban turbarnos la alegría del mágico espectáculo que Natura nos preparaba, y esto nos colocaba en condiciones de difusibilidad de luz y de irregularidades barométricas y termométricas que quitaban muchas buenas circunstancias para la observación.

El siguiente cuadro resume las notas que sobre algunos de estos fenómenos fuimos tomando:

Hora (1).	Presión atmosférica (2).	Temperatura (3).	Estado del cielo.
8	720	17 ⁰	Grandes cirrus.
9	720	18 ⁰	Idem.
10	720	18,5 ⁰	Idem, casi cubierto.
11	720	19 ⁰	Idem íd.
11 y 30 ^m .	720	20 ⁰	Idem íd. (4).
12	721	22 ⁰	Idem, sol casi libre.
12 y 15 ^m .	721	21 ⁰	Cirro-cúmulus, cubierto
12 y 25 ^m .	720,5	20 ⁰	Idem, casi cubierto.
12 y 35 ^m .	720,5	20 ⁰	Idem íd.
12 y 45 ^m .	720,5	19 ⁰	Idem, sol casi libre.
12 y 50 ^m .	720,5	19 ⁰	Idem íd.
12 y 55 ^m .	720,5	19 ⁰	Idem, sol cubierto.
13	720,5	18,5 ⁰	Idem, sol casi cubierto.
13 y 3 ^m .	720,5	18,5 ⁰	} Momentos de la totalidad en los cuales el sol estuvo en un claro de cielo libre de nubes, aunque quizás no de algo de bruma, pudiéndose observar el eclipse bastante bien.
13 y 5 ^m	720,5	18 ⁰	
13 y 10 ^m .	720,5	18 ⁰	} Cirro-cúmulus, sol velado y casi cubierto.

(1) Según el reloj de la inmediata estación del ferrocarril del Norte, que por lo que vimos atrasaba algo sobre las horas que la Memoria del Observatorio astronómico de Madrid marcaba para las fases del eclipse.

(2) Según un buen barómetro aneroide, de nuestra propiedad, comprado directamente en Londres en la casa Stewards, el cual al nivel del mar en la costa de Valencia marca como presión normal 766 milímetros.

(3) Termómetro centígrado, colgado de la rama de un árbol, á la sombra, lejos de toda pared.

(4) El primer contacto de los discos solar y lunar, que hubo de verificarse á los 11 horas y 33 minutos de Madrid, no pudo precisarse por el estado del cielo, como tampoco más tarde pudimos fijar el fin del eclipse.

Hora.	Presión atmosférica.	Temperatura.	Estado del cielo.
13 y 15 ^{m.}	720,5	19 ^o	Idem, sol casi libre.
13 y 20 ^{m.}	720,5	19 ^o	Idem, sol cubierto.
13 y 25 ^{m.}	720,5	19 ^o	Idem íd.
13 y 30 ^{m.}	720	19 ^o	Idem íd.
13 y 40 ^{m.}	720,5	20 ^o	Idem íd.
13 y 50 ^{m.}	720,5	20 ^o	Idem, sol casi cubierto.
14	720,5	20 ^o	Idem, sol casi libre.
14 y 10 ^{m.}	720	20 ^o	Idem, sol casi cubierto.
14 y 20 ^{m.}	720	20 ^o	Idem, sol cubierto.

La intensidad de la luz nos permitió durante la totalidad leer, aunque con mucho esfuerzo, en las páginas 14 y 15 de las Instrucciones de la Dirección del Observatorio; es para mí evidente que durante la del eclipse de 1900, que observé en Aspe (Véase la REVISTA CONTEMPORÁNEA de 30 de Junio de dicho año), la obscuridad fué mayor: ¿habrá influido para esta menor disminución de luz el que, estando el cielo cubierto, las nubes situadas en el horizonte fuera de la zona de totalidad nos enviaran por refracción y por reflexión parte de la luz que recibían? ¿Se deberá á que, situada Miranda cerca del límite Norte de la faja de la totalidad de este eclipse y Aspe en el centro de la del de 1900 y con atmósfera purísima, algo de luz refractada por ésta nos llegaba ahora y no podía llegarnos entonces? No entro á discutir estas hipótesis, pero debo consignar el hecho y tal lo hago.

Las bandas de sombra ni yo pude apreciarlas, ni ninguna de las personas que me ayudaban, ni de las demás á quienes pregunté entre las muchísimas que á Miranda vinieron para ver el eclipse. Entiendo que los celajes impidieron que se las pudiera observar.

Durante casi toda la totalidad, y sobre todo al concluir, pudimos observar perfectamente dos grandes protuberancias de color rojo cereza, situadas en el borde del disco de sombra, la una á unos 40° Norte del punto del primer contacto entre las imágenes de la Luna y del Sol, y la otra á unos 90° también Norte. Esta segunda me pareció apreciar que tomó en los momentos de la conclusión forma de inmenso y

múltiple surtidor de fuego, vertiendo hacia el Sur. El instrumento de observación, aunque poco eficaz, era unos gemelos de campo muy limpios, modelo antiguo de Stewards, que aumentarán unas doce veces.

No es posible olvidar á la corona, una vez vista; tengo aún fijadas en mis retinas la magnífica, la esplendente que en Aspe vi en 1900: no le llegó ni de mucho en belleza esta de 1905; aquélla era desigualmente radiante, ancha y desigualmente luminosa; ésta la he visto estrecha y casi uniformemente radiante y luminosa en toda su perifería. Tal vez el celaje, probable, aunque no apreciado en el momento de la totalidad, no permitió en Miranda apreciar otra cosa; pero he oído decir lo mismo á otros observadores de ambos eclipses, situados entonces y ahora en distintos sitios que yo.

Efectos sobre las plantas.

Habíamos elegido para nuestras observaciones lugar alrededor del cual teníamos varias especies espontáneas ó cultivadas, en las cuales pudimos apreciar los fenómenos que á continuación se relata:

Plantas de pimientos y Tomateras.—En unas y otras hubo durante el eclipse marcado doblamiento en las hojas jóvenes en el sentido de aproximarse las dos partes de la hoja, girando sobre el nervio medio: la aproximación no pasó, sin embargo, de un ángulo de unos 45°.

Zanahorias.—También sus hojas tiernas hicieron algún movimiento, aunque menos perceptible, en sentido análogo al observado en las anteriormente expresadas.

Malvas común y real.—En las flores de ambas se observó encogimiento de las corolas, que, sin llegar á cerrarse, se recogieron, disminuyendo bastante la abertura que en plena luz presenta la flor.

Corregüelas.—También medio cerraron sus blancas y embudadas flores.

Amargón ó Diente de león.—Las cabezuelas (flores para el vulgo) jóvenes se plegaron y cerraron casi por completo

por flexión de sus lígulas periféricas; las cabezuelas ya en maduración no efectuaron movimiento alguno. Lo mismo sucedió en algunas otras flores compuestas cultivadas, como el Ojo de buey.

Mielga ó Alfalfa silvestre.—Los foliolos opuestos de sus hojas compuestas se aproximaron algo entre sí en las ya adultas y mucho en las jóvenes, durante la parte ascendente del eclipse, volviendo luego con el retorno de la luz á tomar la posición abierta que habitualmente tienen durante el día.

Judías cultivadas.—Atacadas por una enfermedad criptogámica las nada jóvenes plantas que de esta especie había en las huertas de Miranda, no era posible hacer sobre ellas observación alguna; mas como esta dificultad ya la había yo notado los días anteriores y tenía interés por comprobar si obedecían rápidamente á la disminución de la luz durante el eclipse, comparativamente á los movimientos que efectúan del día á la noche, rogué á mi distinguido y muy ilustrado amigo el Sr. Marqués de Reinosa que hiciera que en su finca de Autol (Logroño) se observasen estos movimientos con arreglo á instrucciones que al efecto di.

Hecha la observación por el señor administrador de dicha finca, me ha comunicado su principal el resultado, en la forma siguiente:

«Cumpliendo el encargo de usted, se observaron las alubias verdes dos noches consecutivas á las once y se marcó en varios de los palos que se sostienen, señalando la posición de distintas hojas y plantas comparada con la que ocupaban de día, lo que dió un promedio de descenso de dos pulgadas del día á la noche. En el momento de la totalidad del eclipse se repitió la observación y acusaron un descenso de unos dos centímetros.»

Hay que recordar á propósito de estas observaciones sobre plantas más ó menos fototrópicas, ó sea movibles por la acción de la luz, que ésta, según he consignado más arriba, no sólo no desapareció completamente, sino que por los celajes no fué muy intensa durante la mañana, con lo que los vegetales no sufrieron en la intensidad de luz que recibían cambio tan grande como el que en los días claros experi-

mentan al atardecer, y como el que en el eclipse de 1900 sufrieron las que estudié en Aspe, bajo el espléndido cielo del litoral alicantino.

Efectos sobre los animales.

Marcadísimos fueron sobre las aves que pudieron ser observadas; nulos sobre los insectos y los mamíferos domésticos.

De aquéllas, las golondrinas se confinaron en sus nidos; las gallinas, de mala gana y silenciosas, se encerraron en su gallinero, aunque sin acostarse, saludando el gallo con su arrogante canturria la vuelta de la luz solar; las palomas se agruparon en grueso bando sobre el tejado de su palomar, silenciosas, inmóviles y evidentemente aturcidas, no levantando vuelo hasta muy avanzada la tercera fase del eclipse; los canarios metieron inocentemente su cabecilla bajo el ala, cerca de la totalidad y algo más que durante ésta, y á dormir; los pájaros de la huerta, entre los que distinguí no pocos del género *Sylvia*, se acogieron á los árboles abrigados, donde habitualmente pasan la noche, pitorreando algo al recogerse cerca del máximo de la sombra, y dispersándose luego, al aclarar, sin cánticos ni alegrías.

Los gorriones merecen capítulo aparte; yo los vi, asustados, dirigirse en pequeños bandos desde los cercanos rastros, en que rebuscaban el grano perdido, á las grandes marquesinas de la inmediata estación ferroviaria, donde se albergan por la noche á centenares, y donde desde lejos los vi meterse cuando la sombra era ya casi la máxima del eclipse; amigos míos á quienes pregunté sobre ello me contaron luego que, al llegar á sus guaridas bajo las planchas de zinc los pobres gurriatos, parecían grandemente sobrecoídos, hasta aterrados, trompicando unos con otros y contra las vigas armadas que sostienen la techumbre y semejando estar ciegos, tanto que creían los que lo observaban que á durar algo más el ensombrecimiento terrestre hubieran caído al suelo las pobres avecillas, atontadas.

Excusado es decir que los murciélagos hicieron una salida extraordinaria durante el cuarto de hora de menor luz solar.

De insectos sólo hube á mano para mi observación un hormiguero, que cuidadosamente habia yo buscado la víspera del día consabido; y á fe que de poco me sirvió, porque las señoras hormigas demostraron una indiferencia estoica ante el fenómeno celeste, cual si estuvieran en el secreto de su transitoriedad; como entraban y salían durante la mañana entera, siguieron saliendo y entrando durante las tres fases del eclipse, muy atareadas en la conducción de alimentos para su colonia. Ello parece contradecir lo que en 1900 observé y publiqué en mis notas ya citadas; mas si se tiene en cuenta que aquel eclipse fué en Mayo, época en que los hormigueros están llenos de larvas y de ninfas, que las hormigas obreras sacan muchas veces á tomar el sol y esconden entonces en cuanto éste se nubla, mientras que el hormiguero y la época en que ahora lo he observado no eran propicios para tal costumbre, el uno por parecer de reciente instauración y la otra por ser de fuertes calores estivales, y si se para mientes en que, por ser el día anubarrado, los insectos que trabajaban eran poco numerosos y se alejaban poco de su vivienda, no parece ya extraño que las de 1900 en tierra (Aspe) y época (Mayo) en que si se nubla llueve fuerte, se asustaran y guarecieran durante el eclipse, mientras que las observadas ahora contaban ya, sin duda, con el mal tiempo, lo corrían en la medida que lo necesitaban y sólo arriesgaban el recibo de la lluvia menuda que suele caracterizar á la región en que viven, al acercarse el fin del verano.

DR. EMILIO RIBERA,

del Museo de Ciencias Naturales.

HORACIANISMO

II

Notas críticas acerca de las Epístolas de Horacio.

Si bien las epístolas, como las sátiras ya estudiadas en el artículo anterior, pertenecen al linaje didáctico en cuanto á la substancia, difieren algún tanto respecto á la manera, la factura y el estilo, por lo cual las Epístolas del Venusino afectan una vestidura más severa, más reflexiva, así como son susceptibles de mayor corrección y elegancia. Pero Horacio, con muy buen sentido, incluyó unas y otras con el nombre genérico de *Sermones* (discursos), y á esta comunidad aludía La Harpe cuando decía: «Estas dos clases de obras se dirigen, no á que el hombre corra tras una perfección de que rara vez es capaz, sino á enseñarle á ser siempre *mejor* para sí y para los demás».

Entre las Epístolas de Horacio, como entre las Sátiras, las hay ligeras y profundas, festivas y serias, elegantes y desaliñadas, bien que unas y otras aparezcan marcadas con el sello del genio y muchas ó cuasi todas contengan documentos utilísimos, fruto del estudio constante de la filosofía, del de los hábitos del mundo y del de las inclinaciones humanas. Quedan dos libros de Epístolas: el primero contiene veinte, el segundo comprende tres, entre ellas la famosa *Ad Pisones*.

No consideramos de vital interés el hacer un análisis detallado de las contenidas en el primer libro; y solamente tendremos un *coup d'œil* sobre dichas piezas. La Epístola I, *Prima dicte*, llama la atención por su delicadeza, fuerza, amenidad del estilo y por su plan ordenadísimo. La II, *Trojani*

belli es notable por su sentido alegórico, revela ingenio prepotente y es un arsenal de reglas éticas. La III, *Fuli Flore*, en el reducido espacio de treinta y seis versos, encierra útiles consejos, su fondo es curioso, grata la vestimenta. La IV, *Albi nostrorum*, puede considerarse como un billetito trazado en un rato de buen humor, en diez y seis lindísimos versos. La V, *Si potes*, es de asunto baladí y de lo más flojo de aquella musa. En cambio, es preciosísima la VI, *Nil admirari*, en la cual brilla de tal modo el *nequid nimis* que raya en concisión extremada. La VII, *Quinque dies*, es de una ingenuidad adorable y su naturalidad revela al maestro de siempre. La VIII, *Celso gaudere*, sirve para bosquejar un retrato del propio poeta, en diez y seis versos, saturados de expresiva ternura, delicados y elegantes. La IX, *Septimius*, es una carta de recomendación muy fina y de excelente urbanidad. Es elegante á más no poder, purísima, grave y armoniosa en el ritmo y forma, encerrando magníficos consejos de moral y lecciones de sabiduría. La X, *Urbis amatorem*; la XI, *Quid tibi*, y la XII, *Fructibus*, son endebles de asunto y poco interesantes, sin dejar por eso de contener algunos versos buenos. En cambio la XIII, *Ut proficiscentem*, aunque ligerísima y encerrada en diez y nueve versos, es muy jocosa y bajo este concepto de lo más notable de Horacio. Una nueva descripción de los placeres de la vida rústica es el asunto de la Epístola siguiente, *Villice*; pieza escrita en la edad madura del poeta, siempre presentado el simpático tema con novedad, entraña buenos preceptos de una suave filosofía. La forma inimitable, las figuras retóricas, principalmente un atrevidísimo hipérbaton que dificulta la traducción, hacen muy digna de estudio y admiración la Epístola XV, *Quae sit*. Llama la atención de los doctos la Epístola XVI, *Ne percontaris*, por el sondaje profundo del corazón que revela en su autor, así como por su dialéctica incontrastable, su expresión enérgica y ritmo numeroso. La XVII, *Quamvis, Scaeva*, trata con gran talento ético y sociológico las irritantes diferencias de clase y condición; y al par que muestra una vez más la flexibilidad del plectro horaciano, prueba asimismo la flexibilidad de *espinazo* del vate inmortal, según indicamos

al hacer su esquema biográfico. El mismo asunto vuelve á tratarse en las dos sátiras siguientes, en las cuales hay cánones de gran altruismo, dos bellos retratos del hombre rígido y del adulador, amén de los primores de factura de que están esmaltadas ambas composiciones. Por último, la Epístola XX, *Vertumnnum*, fué dedicada por el autor *A su libro*: es muy útil por las discretas admoniciones que Horacio dirige á los escritores y recuerda al punto el *Pasve, liber, sine me ibis in urbem* del sulmonense, si bien es mucho más regocijada que la primera *Triste* de Ovidio (claro está que ésta es el prototipo de lo elegíaco).

Algún tanto mayor es el interés que ofrecen las dos primeras Epístolas del libro segundo. La primera, *Cum tot*, parece fué dirigida á Augusto, á petición de éste, y es tan agradable como instructiva ó docente: la cuestión sobre el mérito de los escritores antiguos, comparado con el de los modernos, está tratada de una manera completa, si bien Horacio juzga con excesivo rigor á los escritores anteriores á él; ese sistemático desprecio á los poetas preclásicos es muy censurable; en cambio, es magnífica la especie de ensayo histórico sobre el origen de la poesía latina, las observaciones sobre la utilidad de ésta y la protección que debe merecer á los príncipes: ¡qué hermosa mirada retrospectiva ofrecen á los amantes de la gaya ciencia los siguientes versos!

Cum speramus eo rem venturam, ut simul atque
Carmina rescieris nos fingere, commodus ultro
Arcessas, et egere vetes, et scribere cogas (1),

.....

At neque dedecorant tua de se judicia, atque
Munera, quae multa dantis cum laude tulerunt,
Dilecti tibi Virgilius Variusque poetae (2),

respecto de todo lo cual podemos decir que ahora ñan cambiado mucho las costumbres en cuanto á la protección dispensada por los príncipes á los literatos y poetas. No menos interesante es la Epístola II del libro II, *Flore*: de carácter

(1) Libro II, Epíst. I, v. 226 y sigs.

(2) Idem id., v. 245 y sigs.

también eminentemente literario, aparece, no obstante, el espíritu satírico del autor en toda ella; excusándose Horacio con Julio Floro, á quien va dirigida, de no haberle mandado algunas composiciones que le tenía ofrecidas, lo hace enumerando las molestias que los escritores le causan y el tiempo que le roban, con otra porción de causas que no le dejan escribir. Tiene gran utilidad didáctica porque da exacta idea del estado literario de Roma en aquella época y de la multitud de malos escritores que todo lo invadían; y encierra excelentes apotegmas sobre la moral y sobre la poesía, observaciones críticas muy atinadas é ironías de una fineza y perspicuidad incopiabiles.

La última obra de Horacio es, sin duda alguna, la más soberana y monumento imperecedero: aludimos á la famosísima Epístola III y última de la colección, que empieza por aquellas palabras universalmente repetidas: *Humano capiti* y fué dedicada, como todos saben á la familia Calpurnia (1) ó á los Pisones. Esta producción, una de las más áticas que nos ha legado la clásica antigüedad, á pesar de haber sido mirada con respeto y adoración por la posteridad, ha dado lugar también á controversias, á nuestro juicio, *esterilísimas* respecto al plan, método é integridad de dicha epístola; porque *esterilidad* y no floja es violentar los con-

(1) Familia muy ilustre en Roma; uno de sus primeros vástagos (ciento veintiún años a. de J. C.) hizo la ley *Calpurnia de repetundis*; su sucesor, *Caesoni*, señaló su consulado con el destierro de Cicerón; hijo de aquél fué el Pison, á quien y á cuyos hijos dedicó su Epístola nuestro poeta, y era, además de notable jurisconsulto como sus antepasados, hombre muy amante de las letras, cuya afición comunicó á sus hijos; fué muy celebrado de los historiadores por sus triunfos contra los tracios y haber desempeñado la prefectura de Roma. Débese advertir que la familia Calpurnia continuó siendo notable posteriormente en los reinados de Tiberio, Nerón y Galba; este emperador nombró *césar* (colega y sucesor) al último de la casa de los Pisones.— El ilustre traductor español D. Javier de Burgos dice equivocadamente que *Calpurnios* era el sobrenombre de los Pisones. (*Las poetas de Hor.*, segunda edición, t. IV, pág. 375.) Calpurnio era nombre de familia y de casa, y por consiguiente *nomen*, tanto más cuanto el fundador se llamaba *Calpo*.

ceptos primarios, totales y fundamentales de las cosas y sacar éstas de su cauce real, generalmente por el estúpido y pedantesco prurito de lucir una erudición fantochesca, farragosa é impertinente y una dialéctica no menos empalagosa y reventante. Mil y un escoliastas *ultra y citra-pirenaicos* que, sin duda, tenían la cabeza tan hueca como desocupada, embadurnaron las prensas de Plantino, los Aldos, Estéfanos y Elzeviro y acabaron con la paciencia de todos los lectores europeos desde que Escalígero puso en moda aquella especie de hermenéutica del género chico, petulante y huera como ella sola. Porque, señor, ¿á qué marearse los cascos sobre si Horacio intituló ó no su Epístola *Ad Pisones* con el nombre de *Arte poética*? En primer lugar, es más que lógico pensar que el inmortal poeta no dió tal denominación á su Carta, porque no venía á cuento; y da derecho á esta aseveración la ausencia total de armazón y andamiaje, de planteamiento que para que esta Epístola resultara un *Arte* ó un *Poema didáctico* (como conscientemente lo plantearon, *verbi gratia*, Boileau ó Martínez de la Rosa) era preciso observar, lo cual no ocurre al principio, al medio ni al fin de la adorable Carta; segundo, si Horacio hubiera enderezado su conato á hacer una verdadera pieza didascálica, no hubiera comenzado desde el primer verso á *entrar en materia*, sin proposición, invocación ni proemio alguno, como lo hace con conciencia de su empresa semidocente Virgilio al comenzar sus *Geórgicas*:

Quid facit laetas segetes, quo sidere terram
Vertere, etc.

y después de trazar el cuadro que se propone desarrollar, invoca á los dioses de ambos sexos (*Dique Deaque omnes*) y al César, nada de lo cual ni remotamente parecido se observa en esta afirmación, que igual que al principio pudiera estar en medio de una carta poética: *Credite librum persimilem isti tabulae*, etc., ó al final de la misma, haciendo como de síntesis, resumen ó recapitulación; tercero, la corta extensión de la Epístola, corta si se la compara con los poe-

mas didácticos de mayor celebridad, su falta de divisiones y homogeneidad en cada una de éstas, los raptos líricos en que abunda, abogan también en favor de que la obra es del género epistolar, y cuarto, que hasta las cualidades subjetivas, la predisposición especialísima y vocación invencible del poeta le llevaban á todo lo ligero, lo leve y lo superficial, siquiera fuera filósofo y razonador *á ratos*, pero á ratos muy breves, condiciones que se oponen ciertamente á hacer un poema didáctico, con los predicamentos y reglas con que Virgilio escribió el suyo. El epíteto, pues, de *Arte poética* con que, según unos, nombraba Quintiliano dicha Epístola, y, según otros, algún gramático desconocido, ni da derecho á considerar esta composición más que como una Epístola inspiradísima, atinadísima, código eterno del buen gusto, pero escrita con el ánimo de *deleitar* y no con el intento preconcebido de enseñar. Encerrada la cuestión en estos sencillos límites, debemos manifestar para nuestro propósito que sobre la inmortal *Epístola ad Pisones* se viene trabajando con universal elogio, pero con tan diversos puntos de vista que es muy arduo resumir lo dicho acerca de esta sugestiva obra y calificarla con el merecido juicio. El nuestro humilde es que, conociendo Horacio muy á fondo, no sólo la también imperecedera *Poética* de Aristóteles (1), sino la compleja y variadísima literatura de Atenas, donde, según dijimos en otro lugar, había estudiado el poeta, tuvo, como es consiguiente, á la vista aquellos preceptos y documentos al sentirse inspirado para escribir una festiva carta, dirigida exclusivamente á los hijos de Pisón y cuyo asunto, como se observa á simple vista, por una crítica sin convencionalismos, prejuicios y *parti juris*, es ni más ni menos que ofrecer á aquellos jóvenes un *cuadro* semilírico

(1) Los críticos, pocos afortunadamente, que han puesto en parangón la Epístola de que se trata con la *Poética* del filósofo estagirita, han incurrido en el crasísimo error de cotejar substancias heterogéneas: la obra peripatética es un tratado de Retórica magistral, y la obra horaciana es una poesía de reducidas dimensiones, relativamente exenta de todo método didascálico de una labor docente y fundamental y en la que huelga la integridad científica.

de las dificultades que tiene que vencer el poeta, presentando los escollos que rodean el camino que conduce al Parnaso y los cánones más vividos y maduros que sugirieron á Horacio los modelos griegos y su propia experiencia (1). Considerada, pues, simplemente esta producción como una Carta poética, como un cuadro festivo consagrado *por el momento* á deleitar, á la vez que enseñar, según el mismo poeta dice de sublime manera:

Omne tulit punctum, qui miscuit utili dulci
Lectorem delectando pariterque monendo (2),

no venía á cuento, como ya hemos indicado, elevarse á la entonación de un poema didáctico exclusivamente y de grande aliento, ni guardar con excesivo rigor el enlace *lógico* entre sus miembros; esto explica la diversidad de tonos que Horacio emplea en esta Epístola y la sucesión arbitraria, caprichosísima y antimetodológica con que *van saliendo* casi por ensalmo, por generación espontánea aquellos magnífi-

(1) Lo único que nosotros no hemos podido nunca penetrar de un modo satisfactorio es el objeto singularísimo que Horacio se propusiera en esta festiva Carta, consagrando una parte muy principal de la misma á la preceptiva dramática ó teatral, que esto y no otra cosa entraña el larguísimo trozo desde el verso 89, *Versibus exponi tragicis ves comica non vult*, hasta el 284, *Turpiter obticuit, sublato jure nocendi*, con pequeñas digresiones é interrupciones. ¿Sería porque los ilustres vástagos descendientes de Calpo y de Numa Pompilio (*Pompilius sanguis*) eran especialmente aficionados á la literatura específica de Sófocles, Esquilo, Aristófanes, Menandro, Plauto y Terencio? De cualquier modo, el fenómeno que hemos notado y no resuelto es un nuevo timbre de nuestro Horacio, quien, habiendo ejercido siempre la poesía lírica, se nos presenta en esta ocasión bajo un nuevo aspecto: como un *criticazo* de primera fuerza en punto á la literatura dramática. Véanse el verso 306, *Nil scribens ipse, munus et officium* y siguientes.

(2) *Ep. ad Pis.*, v. 343 y 344. Para la buena inteligencia del memorable dístico, conviene recordar que *punctum* alude á unas tabletas con las cuales se votaba en los comicios y en las que iban los nombres de los candidatos; se ponía un *punto* en el nombre de aquel á quien se otorgaba el voto; así, llevarse *todos* los puntos significa metafóricamente triunfar por lo que hoy llamamos unanimidad.

cos, hondos y sublimes preceptos; lo bien pensado y mejor escrito de sus versos, *specimen* eterno de toda buena estética y metrificación, explican á su vez la necesidad en que está la crítica de no exigir del poeta nada más que lo que contiene su obra. Los defectos de *omisión* no son tales defectos cuando el poeta no indica el *programa*, digámoslo así, que se promete desenvolver. Entre otros muchos pasajes que prueban el libérrimo estro y la facundia con que Horacio dejó correr el cálamo en la producción de que se trata, recordamos una digresión á guisa de fuga musical, bellísima como todo en dicha obra, para demostrar la superioridad científica y literaria de los helenos, haciendo *pendant*, como ahora se dice, con el materialismo epicúreo y *de cerda* y el amor á la diosa Aritmética (1) de los romanos:

..... . Dicat
 Filius Albini, si de quinque remota est
 Uncia quid superat?—Poteris dixisse: Triens.—Eu!
 Rem poteris servare tuam. Redit uncia: quid fit?
 —Semis (2).

Del fondo é índole de esta obra puede decirse lo que L'Harpe (3) escribía respecto del *Art poétique* de Boileau Despreaux: « Es una legislación cuya aplicación se encuentra siempre justa; un código imprescindible, cuyas decisiones servirán para saber siempre lo que debe ser condenado y aplaudido... Á Cicerón y á Quintiliano, añade, tocaba hablar de elocuencia, porque eran grandes oradores, y á Horacio y Despreaux de poesía, porque eran grandes poetas ». Sirvan también estas autorizadas palabras del eminente académico francés para combatir á los que opinan que los poetas no pueden ejercer el augusto ministerio de la crítica. Por lo demás, el tacto delicado, el finísimo gusto con que el Venusino da sus preceptos, la generalización con que están desenvuel-

(1) El nombre de esta deidad pagana no está en los mitógrafos más distinguidos: es *original* del autor de estas líneas.

(2) *Ep. ad Pis.*, v 326.

(3) *Cours de Litter.*, dos vol. fol.

tos sus axiomas derivándolos de la acertada imitación de la naturaleza, demostrando que los principios que rigen las bellas artes no son variables ni *ad libitum*, sino producto de la razón y del estudio, han dado á esta producción una vida imperecedera: he aquí por qué la Epístola *Ad Pisones* es la obra más importante de Horacio y de la cual la posteridad ha sacado más provecho; ella ha sido el germen de la ciencia Estética que, como cuerpo de doctrina, se formó en aquella primera materia horaciana, recibiendo solamente el nombre y la constitución extrínseca en manos de Baungartem, Hegel y otros á fines del siglo XVIII y principios del pasado; ella, en fin, ha merecido ser traducida á todos los idiomas modernos, habiéndose publicado con toda clase de ilustraciones, escolios y apostillas, notas y comentarios, y tantas veces que bien puede asegurarse que después de la Biblia ésta y las demás obras horacianas son las que se han impreso más de todas las de la antigüedad clásica; hasta se ha hecho una edición políglota de la famosísima Epístola *Ad Pisones*.

Por otra parte, esta poesía titánica ofrece gran obstáculo como todo lo gigantesco y *hors ligne*, no sólo para traducirla, sino aun para comentarla en sus distintos miembros é incisivos; tocar á ella en cierto sentido analítico es, por punto general, una torpe profanación; no cabe más que leerla, interpretándola mentalmente, y admirarla sintiéndola con corazón de artista ó al menos de ferviente *amateur* ó devoto *virtuose*. Así, pues, hallamos, más que arduo, imposible, descender á detalles, señalar lo mejor, porque en esta obra todo es inspirado, sobresaliente, óptimo, sublime y tan riquísimo que sus 476 versos ofrecen otras tantas bellezas y convidan á la meditación sobre igual número de profundos pensamientos. Sólo nos permitiremos, para presentar algún paradigma, para rendir culto á nuestro inimitable poeta, hacer las siguientes preguntas: ¿Queréis ver esculpida con incopiable cincel la Poesía *a*), sus Edades *b*), el culto é imitación de los escritores latinos hacia los griegos *c*), el elogio de éstos y del Príncipe de sus poetas *d*)? Pasad la vista por estas concisas estancias que entrañan una historia, una apoteosis y una tableta epigráfica:

- a) Silvestres homines sacer interpretesque Deorum
Caedibus et victu foedo deterruit Orphens (1),
.....
- b) Post hos insignis Homerus
Tirtaensque mares animos in Martia bella
Versibus exacuit: dictae per carmina sortes (2),
.....
- c) Níl intentatum nostri liquere poetae;
Nec nimium meruere decus, vestigia Graeca,
Ausi deserere, et celebrare domestica facta (3),
.....
- d) .. Ut speciosa miracula promat (4)
..... Vos, exemplaria Graeca
Nocturnâ versate manu, versate diurnâ (5).
.....
Grajis ingenium, Grajis dedit ore rotundo (6)
Musa loqui,.....

y en un solo dístico vereis cómo decae la Poesía, cuando se pone en contacto del hombre vulgar y del ignaro:

Indoctus quid enim saperet, liberque laborum
Rusticus urbanus confusus, turpis honesto? (7)

¿Consentís en asistir á un curso de filosofía de los poetas, cuyo festivo tratado pudiera dividirse en varios capítulos, á saber, el poeta honrado *a*), el poeta zafio *b*), el poeta hue-ro *c*), el parásito *d*), el poeta extravagante *e*), el poeta loco *f*), el poeta cínico *g*) y otros variedades? Leed:

- a) Natura fieret laudabile carmen an arte
Quaesitum est..... (8)
- b)Bona pars non unguis ponere curat

(1) *Ep. ad Pis.*, v. 391 y 392.

(2) *Idem*, v. 401, 402, 403.

(3) *Idem*, v. 285, 286, 287.

(4) *Idem*, v. 144.

(5) *Idem*, v. 268 y 269.

(6) *Idem*, v. 323 y 324.

(7) *Idem*, v. 212 y 213.

(8) *Idem*, v. 408 y 409.

- Non barbam; secreta petit loca, balnea vitat (1)

 c) Qui nescit versus tamen audet fingere. Quidni? (2)

 d) Assentatores jubet ad lucrum ire poeta (3)

 e) Vesanum tetigisse timent fugiuntque poetam
 Qui sapiunt..... (4)
 f) Sit jus, liceatque parire poetis (5)
 g) Utrum
 Minxerit in patrios cineres ... (6)

¿Deseáis saber lo útil que son las medianías en las ciencias y otros ramos de la humana actividad y lo inútiles que son en la poesía? Os bastarán dos citas:

-Certis medium et tolerabile rebus
 Rectè concedi..... (7)
 Mediocribus esse poetis
 Non homines, non Dî, non concessere columnae. (8)

¿Os place ver grabado en imperecedera tabla decenviriana cuanto de hermoso ha podido legislarse acerca del ideal del poeta *a*), de la problemática utilidad de las reglas *b*), de la imperfección humana en todo artista *c*), del precioso consorcio entre la ciencia y el arte *d*), de la aptitud especial *e*), de la elección del asunto *f*) y de los ilimitados horizontes del sujeto *g*)? Helo aquí:

- a) Cum semel imbuerit, speramus carmina fingi
 Posse linenda cedro, et levi servanda cupresso? (9)

(1) *Ep. ad Pis.*, v. 297 y 298.
 (2) *Idem*, v. 382.
 (3) *Idem*, v. 420.
 (4) *Idem*, v. 455.
 (5) *Idem*, v. 466.
 (6) *Idem*, v. 470 y 471.
 (7) *Idem*, v. 368 y 369.
 (8) *Idem*, v. 372 y 373.
 (9) *Idem*, v. 331 y 332

- b) Sic animis natum inventumque poema juvandis (1)

 Neve minor, neu sit quinto productior actu. (2)
 Nec quarta loqui persona laboret (3).
- c) Verum ubi plura nitent ni carmine, non ego paucis
 Offendar maculis. (4)
 Indignor, quando que bonus dormitat Homerus. (5)
- d) Scribendi rectè sapere est principiu n et fons. (6)

 Verbaque provisam rem non invita sequentur. (7)

 Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci, etc. (8)

- e) Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam
 Viribus.. (9)
- f) Cui lecta potenter erit res
 Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo. (10)

- g) Pictoribus atque poetis
 Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas. (11)

Ni echaréis de menos perennes sapientísimos cánones acerca de la unidad, variedad, armonía, sencillez y oportunidad, encerrados en aquel memorable monstruo pintado al comenzar dicha Epístola y resumidos después en principios estéticos tan grandiosos como éstos:

Sed nunc non erat his locus..... (12)

Denique sit quod vis, simplex dumtaxat et unum (13)

-
- (1) *Ep. ad Pis.*, v. 377.
 (2) *Idem*, v. 189.
 (3) *Idem*, v. 192.
 (4) *Idem*, v. 351 y 352.
 (5) *Idem*, v. 359.
 (6) *Idem*, v. 309.
 (7) *Idem*, v. 311.
 (8) *Idem*, v. 343.
 (9) *Idem*, v. 38 y 39.
 (10) *Idem*, v. 40 y 41.
 (11) *Idem*, v. 9 y 10.
 (12) *Idem*, v. 19.
 (13) *Idem*, v. 23.

Qui variare cupit rem prodigialiter unam
Delphinum silvis appingit, etc. (1)

Además la discreción para situarse en el justo medio *a*), el criterio para combinar lo verdadero con lo falso *b*), el decoro que debe presidir á toda obra artística *c*), la inmodestia pomposa que defrauda al lector y echa un abismo entre los Estásimos y los Homeros *d*), el acertar en el conjunto *e*), el tino del estilo *f*), la propiedad en el metro *g*), la frivolidad del adorno *h*), y, en fin, hasta la aplicación sabia de la filología *i*) y el más acabado concepto de la crítica *j*), todo lo encontraréis regulado de mano maestra en las siguientes frases:

- a*) Decipimur specie recti..... (2)
.....
In vitium ducit culpæ fuga si caret arte. (3)
.....
- b*) Atque ita mentitur, sic veris falsa remiscet (4)
.....
- c*) Non tamen intus
Digna geri promes in scenam..... (5)
.....
Incolumi gravitate jocum tentavit;..... (6)
.....
- d*) Nec sit incipies ut scriptor cyclicus olim:
Fortunam Priami cantabo et nobile bellum. (7)
.....
Quanto rectius hic, qui nîl molitur inepte?
Dic mihi, Musa virum captæ pos tempora Trojæ
Qui mores hominum multorum vidit et urbes (8)
.....
- e*) Infelix operis summa, quia ponere totum
Nesciet..... (9)
.....

(1) *Ep. ad Pis.*, v. 29 y 30.
 (2) *Idem*, v. 25.
 (3) *Idem*, v. 31.
 (4) *Idem*, v. 151.
 (5) *Idem*, v. 182.
 (6) *Idem*, v. 222.
 (7) *Idem*, v. 136.
 (8) *Idem*, v. 140.
 (9) *Idem*, v. 34.

- f) Brevis esse laboro
Obscurus fio: sectantem levia nervi, etc. (1)
.....
..... Tristia moestum
Vultum verba decent (2)
Intererit multum Davusne loquatur an heros; (3)
.....
Difficile est propria communia dicere (4)
.....
- g) Res gestæ regumque ducum et tristia bella
Quo scribi possent numero monstravit Homerus (5)
.....
Cur ego si nequeo ignoraque, pœta salutor? (6)
.....
Non quivis vidit inmodulata pœmata iudex (7)
.....
- h) Inceptis gravibus plerumque et magna professis
Purpurens, etc. (8)
..... Anfora cœpit
Institui: currente rota, cur urcens exit? (9)
- i) In verbis tenuis cautusque serendis
Dixeris egregie..... (10)
..... Usus,
quem penes arbitrum est et jus et norma loquendi (11)
.....
- j) Quintilio si quid recitares, *Corrige sodes*
Hoc, ajebat, et hoc..... (12)
Vir bonus et prudens versus reprehenderet inertes (13)
.....
Fiet Aristarchus, nec dicet: *Cur ego amicum*
Offendam in nugis? (14)

(1) *Ep. ad Pis.*, v. 25.

(2) *Idem*, v. 105.

(3) *Idem*, v. 114.

(4) *Idem*, v. 128.

(5) *Idem*, v. 73.

(6) *Idem*, v. 87,

(7) *Idem*, v. 263.

(8) *Idem*, v. 14.

(9) *Idem*, v. 21.

(10) *Idem*, v. 46.

(11) *Idem*, v. 71.

(12) *Idem*, v. 438.

(13) *Idem*, v. 445.

(14) *Idem*, v. 450.

Hemos dado una prueba, si no gallarda, al menos muy sincera de nuestra admiración hacia el príncipe de los poetas latinos, de aquel que con tanta razón se llamaba á sí mismo *Musis amicus*, del que adivinando el porvenir escribía *Exegi monumentum aere perennius* (1), de Horacio, en fin, oráculo del más grande de los siglos y del más pasmoso de los imperios, cuyo vate, si tuvo algún defecto grave, fué el no haber nombrado en sus obras al inmortal Cicerón, sin duda porque este nombre desagradaba á Augusto. Mientras haya hombres imparciales amantes de lo bello, mientras haya crítica seria, las obras de Horacio serán leídas y servirán para distinguir el vidrio ruin del diamante, el talco del oro macizo; y siempre habrá ahora y en las generaciones venideras, por mucho que impere el prosaísmo, quien diga con el cisne de Sulmona:

Et tenuit nostras numerosus Horatius aures
Dum ferit Ausoniâ carmina culta lyra (2)

ENRIQUE PRÚGENT.

-
- (1) HOR., lib. III, oda XXX.
(2) OVID., *Trist.* lib. IV, eleg. X.
-

ALGUNAS CONTESTACIONES

PARA

EL AVERIGUADOR POPULAR DE «EL LIBERAL»

XIII

528.—La piedra filosofal.

(Estudio histórico-crítico.)

II

LA PIEDRA FILOSOFAL EN LA ALQUIMIA

No toques la piedra Philosophal con tus manos; tú no eres de nuestra raza; tú no eres de la raza de Abraham (1).

MARÍA LA JUDÍA.

I

La Alquimia ó química de la Edad Media, como modernamente se la llama, es el arte quimérico por excelencia. Baste decir que uno de sus principales ideales consiste en hallar la manera de obtener el oro ó la plata por medio de la transmutación de los metales, cuyo procedimiento se llama Crisopeya; y se da el nombre de « piedra Filosofal » (2) á la deseada preparación metálica destinada á transformar con su auxilio,

(1) Del *Discurso sobre la Piedra Philosophal*. Ms. antiguo existente en la Biblioteca Nacional de París.

(2) « Materia con que los alquimistas pretendían hacer oro artificialmente. » *Diccionario de la Academia Española*; Madrid, 1899, página 778.

en el crisol, los metales ordinarios, en oro de ley ó plata fina cuando menos, al fundirse en ellos por medio de la acción del fuego (1).

El nombre de piedra metálica ó Filosofal venía á ser, entre los antiguos alquimistas griegos y judíos, sinónimo de Arte sagrado, arte que se ejercía á manera de culto, con ciertos respetos y miramientos, como así lo corrobora la frase de María la Judía que nos sirve de lema, y el siguiente pasaje del alquimista griego Zosimo: « Todo el reino de Egipto se » sostiene de sus artes psamúrgicas, á las cuales únicamente » pueden entregarse los sacerdotes. Se las interpreta confor- » me dicen los monumentos de los antiguos (2), y será cas- » tigado quien pretenda revelar su conocimiento, así como » también los obreros que acuñando moneda real traten de » acuñarla para sí. Los obreros que conocían los procedi- » mientos, trabajaban solamente por cuenta de los reyes cuyo » tesoro aumentaban. Tenían ellos sus jefes particulares y se » ejercía gran tiranía en la preparación de los metales..... La » ley prohibía en Egipto publicar cosa alguna á este res- » pecto ».

Y nos dice también Zosimo que el Arte sagrado, es decir la Alquimia, no podía enseñarse más que á los hijos de los reyes.

De acuerdo con lo que antecede dijo á su vez Clemente de Alejandría: « Los sacerdotes no comunicarán á nadie sus » misterios, reservándolos para el heredero del trono, ó para » los que, entre ellos, sobresalgan en virtud y en sabiduría ».

El libro en el cual guardaban los egipcios los secretos de las Artes sagradas, llamábanlo *Chema*, según Zosimo, nom-

(1) « Esta mezcla de azufre y azogue exaltados, en que reside la » virtud transmutativa, es la que llaman elixir, tintura del oro, y con » voz más vulgarizada, piedra Filosofal, aunque no está, á lo que ellos » dicen, en forma de piedra, sino de polvo », dice el P. Feijoó, como así han dicho otros. Paracelso la describe: sólida, vitriosa, oscura y transparente como el rubí, aunque flexible y frágil. Por esta misma razón Ramón Lull la denominó *carbunculus*, por semejarse á esta piedra preciosa. Flamel la llama « piedra roja », y Helvecio asegura que tiene el color del azufre.

(2) Obeliscos, pirámides, etc., de Egipto.

bre que aparece también bajo la forma *Chemi*, y así consta en un papiro de la dozava dinastía, como nos dice el sabio Maspero en su *Histoire ancienne des peuples de l'Orient* (1).

La palabra « alquimia » la formaron los árabes añadiendo á la voz elénica *chymia* (química) el prefijo *al*, y escribieron: *al-kuimia*. En alemán se dice *alchemie*, en inglés *alchemy*, en italiano *alchimia*, en francés *alchimie*, en provenzal *alkimia*, y en catalán y en castellano « alquimia ». Antiguamente los españoles llamaban *quimia* á la química. Y la voz griega *chymia*, en latín *chimia*, está tomada del *Chema* ó *Chemi* citados ya, vocablos que parece haberse formado con el *Cham*, nombre dado antiguamente al Egipto, que se supone fué la primera patria de las artes químicas, y lo corrobora saber que los hebreos tradujeron el *Chemi* (Egipto) por « tierra de Cham ».

Ese antiguo saber pasó á Europa con los musulmanes, y á él se entregaron, con indecible frenesí, árabes, hebreos y cristianos medioevales.

Las prácticas metalúrgicas y las primeras ideas de transmutación vinieron, pues, de Egipto, ó tal vez de Caldea, perdiéndose su origen en una antigüedad probablemente remota y más que nebulosa. Los griegos en Egipto transformaron esas prácticas en teorías científicas y místicas á la vez, de la misma manera que lo hicieron con la Astrología.

El huevo fué el símbolo de la Alquimia. Los antiguos egipcios, y aun los caldeos, le llamaban « huevo filosófico » ó « misterioso », reservándole papel preeminente como emblema y punto de partida de la Química y ciencias naturales. El « huevo filosófico » era á la vez signo de la obra sagrada y de la creación del Universo. Todas sus partes tienen una significación emblemática cuya enumeración parece haber dado forma á los primeros léxicos alquímicos (2). El huevo es, según los babilonios, el origen de la naturaleza y del hombre.

Dice la mitología egipcia que, un día, Khnoum, llamado

(1) Página 125, edición de París, 1875.

(2) Los alquimistas occidentales daban el nombre de *ovum philosophicum* al vaso en el cual colocaban los metales que debían servir á la operación de la « grande obra ».

por los griegos Chnouphis, queriendo realizar la obra de la creación, hizo salir de su boca un huevo, ó sea el Universo.

Representan igualmente en Egipto á la Creación y á la Alquimia tres circunferencias concéntricas y equidistantes, encerrando, en los dos anillos que forman, las siguientes inscripciones en griego. La del anillo exterior dice:

« Uno es el todo, y por él el todo, y en él el todo, y si él no contiene el todo, el todo no es nada. »

Y la del anillo interior:

« La serpiente es una, la que tiene el veneno. »

En el círculo hállanse los signos del mercurio, de la plata y del oro. Este emblema sustituye ó representa al « huevo filosófico » y también á la serpiente de tres matices llamada Uroboros, á la cual menciona como vemos. Es serpiente corta y robusta que se levanta encorvándose de derecha á izquierda hasta morderse la cola, simbolizando así, según reza el axioma:

« Uno es el todo »

escrito en griego en la superficie oval que encierra el Uroboros tomando la forma de anillo, la unidad de la materia y aun de la obra, demostrando de esta ingeniosa manera que ésta no tiene principio ni fin.

El Uroboros se adoraba en Hierapolis y en Frigia (Asia Menor) por las sectas ignotas de nasenianos.

Tanto las circunferencias concéntricas como el Uroboros con las correspondientes inscripciones griegas, hállanse en la *Crisopeya* de Cleopatra la Sabia, mujer alquimista émula de Teosebia (1) y de María la Judía, citada ya.

Al principio de la civilización, todo conocimiento afectaba una forma religiosa y mística á la vez, y la Alquimia, ciencia mixta ó intermediaria, ha pretendido ser, desde su infancia, una filosofía de la Naturaleza.

Los caldeos que vivían en Siria y Mesopotamia, eran los representantes de las religiones orientales y de las doctrinas

(1) Hermana del célebre Zosimo llamado de Panopolis.

secretas cultivadas en los templos, como se observa en todas las grandes ciudades de las orillas del Éufrates. Ellos fueron los verdaderos maestros en las ciencias ocultas, y llegaron á hacerse célebres é importantes en Roma. Tácito habla con frecuencia de los caldeos, mas siempre los coloca en el mismo lugar de los magos.

En Babilonia existían los mismos procedimientos industriales que en Egipto, con respecto á la fabricación de los metales, vidrios, colores, telas, etc., conservándose sólo por tradición, igualmente que entre los persas y los árabes.

El mítico parentesco que se advierte en Alquimia entre los metales y los planetas remonta á los caldeos. Decían éstos que el Sol producía el oro; la Luna, la plata; Saturno, el plomo; Marte, el hierro; Júpiter, el acemón (1) ó electrum; Venus, el cobre, y Hermes, el estaño. Por esto en la antigüedad, y aun en la Edad Media, los mismos siete signos y siete nombres que servían á los astrólogos para señalar los siete cuerpos celestes que conocían y sabían distinguir de entre las estrellas, servían á los alquimistas para nombrar los siete principales metales con los cuales operaban.

La idea de que « el hombre engendra el hombre, el trigo engendra el trigo y el oro engendra el oro », tan extendida en la Edad Media, idea que tenían ya los griegos y subsistía en Egipto, salió probablemente de Caldea. De los caldeos viene también la idea del « elixir de alargar la vida » y de la « panacea » ó « remedio universal » de los árabes, quienes fueron herederos de la cultura caldea y persa.

La Alquimia aspiraba á la vez al doble objeto de enriquecer al hombre con la fabricación del oro y de la plata, y preservarle de toda enfermedad, ofreciéndole para ello la deseada Panacea (2).

(1) Del egipcio *asem*; en francés, *asemon*. Aleación de oro y plata. Plinio decía que entraba en dicho metal la quinta parte de plata. Pronto dejó de tener aplicación, por preferirse utilizar puros el oro y la plata de que se componía.

(2) *Révélation des mystères des teintures essentielles des sept métaux et de leurs vertus médicales*, par F. Basile Valentin. Traduite par le

Los judíos contribuyeron no poco á la propagación de la Alquimia tan pronto estuvieron en contacto con los egipcios, griegos y caldeos, y jugaron importante papel en la fusión de doctrinas religiosas y científicas de Oriente que precedieron al nacimiento del Cristianismo. Ellos, en un momento dado, se colocaron á la cabeza del movimiento científico en la Escuela de Alejandría. La *Cábala*, obra caldeo-rabínica, estuvo unida á la Alquimia durante la Edad Media.

Pretenden los judíos tener tratados de Química y Magia atribuidos á Moisés; pero Zosimo declara que el Arte sagrado y la potencia del oro fueron revelados á los judíos fraudulentamente, y añade que éstos lo han dado á conocer al resto del mundo.

Los primeros cristianos creían que el arte transmutatorio de los metales lo enseñó Adán á Enoch, y que éste se lo enseñó á Moisés, quien se valió de sus procedimientos para derretir el Becerro de oro y hacerlo beber al pueblo idólatra que lo adoraba.

Efectivamente, en el *Libro de Enoch*, libro apócrifo de la *Biblia*, y el primero en que aparecen algunos conceptos alquímicos, se lee lo siguiente, refiriéndose á los ángeles pecadores que, prendados de las mujeres de la Tierra, aquí vinieron, dejando su celestial morada: « Ellos, —dice,—habitan con ellas y las enseñaron la brujería, el encantamiento, las propiedades de las raíces de los árboles....., los signos mágicos....., el arte de observar las estrellas..... » Y dice aún ese curioso libro, hablando de uno de esos ángeles humanos enamorado de una de nuestras beldades: « Él la enseñó también el uso de los brazaletes y adornos, el uso de la pintura, el arte de pintarse las cejas, el arte de emplear las piedras preciosas y toda clase de tintes; de manera que el mundo quedó corrompido ».

Entre pápiros alquímicos se ven composiciones ó recetas

sieur I. Israel, médecin allemand. Un vol. en 4.^o París, Jacques de Senlecque 1646.

La conservation de l'homme puisée dans la science hermétique ou l'art divin de prolonger la vie, par le Chevalier J. de St.-Germain. Un volumen en 4.^o de 79 páginas. París, 1847.

atribuídas á judíos, suscritas algunas por nombres conocidos en la historia de Judea. Cuéntase entre ellos á Oseo, rey de Israel.

II

La historia de la Alquimia, no obstante los laudables trabajos de Hoghelande, Schmieder, Kopp, Hoefer, etc., y de las importantes obras del ilustrado químico Berthelot, continúa siendo bastante obscura, sobre todo en sus orígenes; sin embargo, todos los historiadores están conformes en reconocer oriundos de Egipto los primeros conocimientos que de Alquimia tuvimos en Occidente, sin que esto quiera suponer en modo alguno que allí haya nacido dicha ciencia primera, ó Arte hermético (1), como suele llamarse también, puesto que ignoramos si los egipcios, á su vez, la aprendieron de otros pueblos. No olvidemos que los caldeos conocían la Alquimia al mismo tiempo que los egipcios, y es probable que los fenicios, residentes en país intermedio, la conocieran también.

Sin embargo, una tradición constante de Egipto nos está diciendo que la Alquimia se debe á Hermes Trimegisto (2), tenido por el inventor de todas las artes y de todas las ciencias en el país de los faraones, quien la enseñó á sus sacerdotes.

Zosimo nos dice á este respecto que existía en Egipto una tradición metalúrgica secreta á la cual atribuían los adeptos la riqueza de su nación en otros tiempos y el poder de sus antiguos reyes. Estas opiniones han dejado su huella en la historia y las encontramos apoyadas por los cronistas bizantinos.

Diodoro de Sicilia atribuía á Hermes Trimegisto la inven-

(1) Del dios griego Hermes, al cual llamaron Mercurio los romanos. Esto ha producido confusión en algunos textos alquímicos y se ha dado equivocadamente el nombre de mercurio al estaño, metal que ya se ha dicho que simbólicamente se le llamaba Hermes en tiempo de los griegos.

(2) Alquimista mítico, por supuesto, como Isis y Agatodemón.

ción del lenguaje, de la escritura, del culto á los dioses y la de los músicos, como también el descubrimiento de los metales, el del oro, de la plata y del hierro.

Tertuliano cita igualmente á Hermes Trimegisto como el maestro de todos los que se ocupan de la Naturaleza.

Mas lo que comprueba de un modo fehaciente el origen egipcio de la Alquimia es, sin disputa, el hallazgo de los papiros de Leide (1), procedentes de una sepultura de Tebas (2).

Hasta el presente no se tiene noticia de que nadie haya hablado de Alquimia antes de la era cristiana. La más antigua alusión que se conoce es la siguiente frase de Dioscórides, médico y botánico griego (3), y contemporáneo ó algo anterior á Jesús. Dice: « Algunos aseguran que el mercurio es una parte constituyente de los metales ».

Y los más antiguos monumentos escritos que conocemos tratando de Alquimia, son los citados papiros de Leide (Hollandia), escritos en griego en el siglo III de nuestra era, en cuyos papiros aparece el Uroboros que, grabado, hallamos también en las piedras talismanes ignotas.

Esos papiros de Leide tan importantes y que tanta luz han proyectado sobre el obscuro origen de la Alquimia, revelan la alianza que había en aquella época entre dicho arte y la Magia, alianza que se nota en todos los pueblos que cultivaron la Alquimia. En Roma existía también, y en vista de los abusos y malas consecuencias que ello traía, se prohibió terminantemente la Magia, la Astrología y la Alquimia, y la posesión de sus libros. Cuando se encontraba alguna de esas

(1) *Lettre à Letronne sur les papyrus de Leyde*, par Renvens. Leyde, 1830.

(2) Capital del alto Egipto, ó Tebaida, hasta que se construyó Menfis. Tebas, edificada en ambas orillas del Nilo, era la ciudad santa por excelencia, siendo el centro de Amnón y célebre por sus cien puertas.

(3) Se le cree nacido en Sicilia. Conocemos su *Materia medicinal y los venenos mortíferos*, obra traducida del griego, ilustrada con claras y substanciales anotaciones por el Dr. Andrés Laguna, un volumen en folio, Amberes, Juan Latio, 1555. Primera edición en castellano entre las varias de que tenemos noticia. Hay una, en folio también, hecha en Valencia, 1677.

obras, se quemaba y se deportaba á su poseedor, y si éste era de baja condición, solía dársele la muerte.

Mas examinando las diversas recetas contenidas en los pápiros de Leide,— que son el monumento más seguro que tenemos con respecto á las investigaciones hechas por los egipcios en pos de la transmutación de los metales,—vemos que unas son reales y otras quiméricas.

Entre las primeras hállanse la purificación, temple, combinación, soldadura de los metales, modo de dorar, platear y escribir en oro y en púrpura, la manera de fabricar el vidrio y piedras preciosas artificiales. Entre los segundos se encuentra el arte de duplicar el peso del oro, la manera de multiplicar dicho metal y de hacer plata y acemón, es decir, la « piedra Pilosofal ».

Zosimo de Panopolis (1) es el más antiguo y célebre alquimista de quien poseemos escritos, los cuales se conservan en la Biblioteca Nacional de París (2). Zosimo expuso los orígenes de la Química en su libro titulado *Imouth* (dios egipcio), dedicado á su hermana alquimista Teosebia. Ese griego vivía en Egipto á últimos del siglo III de nuestra era, y cita con frecuencia pasajes de la famosa alquimista María la Judía, inventora del « baño María » (3). El siglo III es, pues,

(1) Panopolis es una antigua ciudad del alto Egipto, hoy llamada Akhmin.

(2) Suidas dijo que Zosimo el Panopolitano había compuesto 28 libros de Alquimia, cuya mayor parte se ha perdido. He aquí el título de algunos que se conservan: *Sobre el Tribicus*, alambique con tres puntas.—*Sobre la evaporación del agua divina que fija el mercurio*.—*Libro de la virtud, sobre la composición de las aguas*. Una de las obras más importantes de Zosimo.—*Escritos auténticos de Zosimo el Panopolitano, sobre el Arte sagrado y divino de la fabricación del oro y de la plata*.—*Libro sobre la virtud y la interpretación*.—*Libro de la verdad de Sophé el egipciaco*. Libro místico de Zosimo el Tebano.—*El primer libro de cumplimiento de Zosimo el Tebano*.—*Tratado de los instrumentos y de los hornos*.

(3) Era contemporánea de Zosimo y fué iniciada para los misterios del Arte hermético, en el templo de Menfis, por Ostanés, en cuyo acto asistieron varios filósofos, entre los cuales se hallaban Demócrito de Abdera y Pamenés. El nombre de esa sabia mujer no consta en ninguno de nuestros Diccionarios biográficos.



la época más remota á que pertenecen los primeros escritos alquímicos que conocemos, y cuando más floreció dicho arte en Egipto, y aun cuando principió la Química á introducirse en China.

Hállase, en efecto, en la grande enciclopedia china *Pei-ven-yun-fu*, que goza allí de incontestable autoridad, este claro concepto relativo á los orígenes alquímicos que han tenido lugar en el Celeste Imperio: « El primero que purificó » el *Tan* (voz técnica usada para decir « buscar la transmutación de los metales ») fué un tal *Ko-hong*, que vivió en » tiempo de la dinastía *Ou* ». La citada dinastía reinó del año 222 al 277 de nuestra era. Fué, por tanto, á mediados del siglo III cuando los chinos empezaron á ocuparse de Alquimia.

Los alquimistas chinos intentaron la transmutación del estaño en plata y de la plata en oro.

También nos legó algunas importantes noticias sobre la Alquimia en Egipto el filósofo griego Olimpiodoro, que vivió á comienzos del siglo VI. Entre sus obras que en manuscrito conserva la Biblioteca Nacional de París, hállanse algunos comentarios sobre el Arte sagrado, y otros relativos á la piedra Filosofal; en ellos habla mucho de Zosimo y de sus reputadas obras. Ambos filósofos son los primeros autores alquímicos que existieron en Egipto, aunque de nacionalidad griega. Olimpiodoro dice lo mismo que los alquimistas que le precedieron: que el secreto del Arte sagrado está encerrado en los jeroglíficos de los obeliscos egipcios (1), y da precisas noticias con respecto á las inscripciones del templo de Isis.

La primera operación alquímica practicada públicamente y que registra la Historia, parece ser el acto del emperador romano Calígula (2), quien, obedeciendo á un pasaje de Pli-

(1) Por ende fingíme la Esphinge Tebana,
y dentro de cifras propuse verdades,
y dixé lo cierto, por ende sepades
que las sus verdades no es cosa vana.

El Tesoro, octava 8:

(2) Fué nombrado emperador el año 37 de J. C.

nio que dice « existe un procedimiento para extraer el oro del oropimente » (sulfuro de arsénico), hizo calcinar una cantidad considerable de dicho sulfuro, sin alcanzar resultado.

Y el nombre de *alchimie* hállase por vez primera en un tratado de Astrología escrito por Julius Firmicus en el siglo IV de nuestra era. El prefijo *al* créese que obedece á un error del copista, pues no se había unido todavía á la citada palabra en aquel siglo anterior á la cultura árabe.

III

Cuando tanto iban progresando la Alquimia y las demás ciencias en las fértiles márgenes del caudaloso Nilo, tuvieron lugar los desgraciados acontecimientos que todo amante del saber deplora: la destrucción de las Bibliotecas de Alejandría, guardadoras de los textos alquímicos, y otras muchas obras de verdadero interés.

Por las Crónicas bizantinas sabemos que Diocleciano hizo quemar, hacia el año 290 de Jesucristo y de acuerdo con el Directorio romano, los antiguos libros de química relativos á la producción del oro y de la plata que existían en Egipto, con objeto de que dicho país no pudiera enriquecerse con tales procedimientos y evitar que los egipcios tuvieran medios para sublevarse contra los romanos, que les habían invadido y les dominaban. La dominación romana en Egipto tuvo lugar durante los siglos III y IV.

La nueva capital de Egipto, Alejandría, fundada por Alejandro *el Grande*, trescientos treinta y un años antes de J. C., poseía dos famosas Bibliotecas. La primera, creada por Tolomeo I en el barrio de Bruquion, llegó á poseer 700.000 volúmenes y se incendió cuando César tomó dicha capital. La segunda, instalada en el templo de Serapis, y que muy pronto alcanzó 300.000 volúmenes, aumentada más tarde con la Biblioteca de los reyes de Pérgamo, regalada por Antonio á Cleopatra, fué destruída al estallar el cisma en el año 390 de J. C.

Para comprender la ferocidad con que se entregaron los

cristianos á la destrucción de la ciencia y de la filosofía antigua en Egipto, basta hacerse cargo de la manera como obraron entonces los monjes, capitaneados por Senuti, el profeta, en aquella feroz y despiadada cruzada, demostrando el exclusivismo y tiranía que más tarde debía informar el espíritu de los religiosos cristianos al convertirse en inquisidores, y que tanto ha dado que decir con justificada razón.

Revillout (1), ilustrado profesor de Egiptología en el Louvre, dice que los cristianos en Egipto iban sublevando por todas partes los pobres contra los ricos, maltratando á los magistrados enviados con objeto de restablecer el orden, cortando diques del Nilo para inundar los terrenos de los egipcios no conversos, matando y quemando sacerdotes, filósofos y ciudadanos en sus propias casas, las cuales saqueaban y se apropiaban después. El iconoclasta Senuti destruía también templos é ídolos con ferocidad increíble, movido por el atroz fanatismo cristiano de aquel profeta, cuya naturaleza vigorosa y resistente le aseguró la vida por más de cien años (2).

Perseguidos tan despiadadamente los filósofos en Egipto y destruído su Laboratorio y la Escuela de Alejandría, fundada por Ammonius Saccas en 193 de nuestra era, los hombres estudiosos que había en aquel devastado país, decidieron refugiarse en Atenas, otro centro de estudios donde enseñaba entonces el Alejandrino Siriano, sucedido después por su eminente discípulo Proclo, nacido en Constantinopla el año 412, y los pocos adeptos al arte de Hermes que escaparon con vida de aquella espantosa oleada del « fervor cristiano » y no pudieron ó no quisieron abandonar la sombra de sus

(1) En un minucioso y documentado estudio intitulado *Les origines du Schisme égyptien*; le précurseur et inspirateur Sénuti le prophète, publicado en la *Revue de l'Histoire des religions*, tomo VIII, 1883, y más tarde reunido en un volumen, denominándolo *Recits historiques sur les origines du Schisme égyptien*.

(2) Su biografía, tan bien trazada por su discípulo y perfectamente ilustrada por Revillout, no consta en los Diccionarios enciclopédicos ni biográficos.

pirámides queridas, trabajaron escondidos y escribieron bajo el velo del seudónimo y aun anónimamente.

Por fin la ciencia y la filosofía antiguas quedaron también proscritas en Atenas, como lo habían sido en Alejandría, debido á un escrúpulo ortodoxo del emperador Justiniano, y en virtud de su famoso Decreto del año 529.

Mas perdido ya el Arte hermético en el misterioso país del Esfinge, lo mismo que en el del celebrado Partenón, y quemados sus textos, consérvase empero latente en Grecia, para renacer más tarde entre los árabes y alcanzar luego su mayor grado de esplendor al pasar con ellos á Occidente.

Una vez restablecido el orden en Egipto, después de los disturbios que allí promovió la introducción del naciente cristianismo, poco á poco fué formándose otra Biblioteca en Alejandría, en la cual se reunieron cuantas obras habían conseguido escapar de sus perseguidores, y las demás que fueron adquiriéndose, llegando á ser también de mucha importancia. Abulfaradje, obispo de Alep (Siria), muerto en 1286, refiere que al apoderarse los árabes de Alejandría en el año 641 dicha tercera y famosísima Biblioteca fué entregada á las llamas por disposición del califa Omar, quien dijo, al dar tan bárbara disposición, esa conocida frase: « Si esos libros están » conformes con el *Corán*, son inútiles; si son contrarios al » *Corán*, son perniciosos. Por lo tanto, vale más destruirlos ». Cuentan las historias que con aquellos libros se calentaron por espacio de seis meses los baños de la ciudad de Cleopatra.

Con el incendio de la tercera Biblioteca de Alejandría, no sólo se destruyeron las obras de Alquimia que habían escapado del furor del cristiano Senuti y sus secuaces, sino cuantas otras se habían escrito desde entonces de Arte hermético y de otras ramas del saber en Oriente, perdiéndose, por lo tanto, una civilización entera con la orden del más bárbaro de los califas.

IV

Nótase, en efecto, verdadera laguna entre la Alquimia griega y la Alquimia árabe-latina, sabiendo, como sabemos, que los árabes no han conocido directamente á los griegos, sino por mediación de los sirios.

Á mediados del siglo VI obsérvase una corriente intelectual que se extiende por Oriente, dejando sentir sus efectos al unísono entre Constantinopla, Siria y Mesopotamia, corriente que origina, sin duda alguna, la cultura árabe en los siglos VII y VIII, cultura que se propaga por Occidente con la invasión de España por los árabes en el año 711, y con ellos vino más tarde la Alquimia.

Fueron los sirios quienes primeramente tradujeron á los sabios y filósofos griegos en lengua oriental. Sergio de Resaina, en el siglo IV, inauguró tan ardua como provechosa tarea. Las ciencias naturales, sobre todo, fueron muy estudiadas en Siria, y llegaron á bastante esplendor durante los siglos IX y X, en la célebre Escuela de Medicina de Bagdad, protegida por los califas. Por eso el origen griego en la Alquimia de los árabes no ofrece ya ninguna duda. Los mismos nombres de *alquimia*, *alambique*, *alquitara*, etc., los tomaron de los griegos, adicionándoles sólo el prefijo ó artículo consabido.

Las doctrinas y las prácticas de los árabes son, desde luego, las de los griegos, como puede cerciorarse uno leyendo á Geber, el más ilustre maestro de los alquimistas árabes (1). Las obras de Geber, *Suma de perfección* y *Tratado de los hornillos*, encierran la descripción de procedimientos y de operaciones enteramente conformes á los medios que se emplean en nuestros días para las investigaciones químicas. La ingenuidad en ciertos pasajes de sus escritos demuestra

(1) Nació en Harán, ciudad de la Mesopotamia, y vivía aún al finalizar el siglo VIII. Dejó escritas varias obras tratando diversos asuntos, pudiendo decirse que son un resumen de los conocimientos de su tiempo.

lo sincero que era y el convencimiento profundo que tenía de su arte. Y, sin embargo, Geber, « el Maestro de los maestros », como algunos le llaman, tanto por su método y paciencia en operar como por su habilidad en exponer, no creía en la transmutación de los metales. Decía que esto era tan imposible como transformar el buey en una cabra.

Sabemos que los árabes no han sido originales en nada, todo lo han tomado de otros pueblos; pero es notoria su inteligencia y laboriosidad. Su Literatura no ha producido ninguna obra de trascendencia, exceptuando los cuentos de *Las mil y una noches* (1). En Arte es en lo que quizá han sido más originales, fácilmente se trasparenta el germen del arte de los indios y de los persas en el suyo; sin embargo, visto al través de su rica fantasía y extremada voluptuosidad, ha tomado, en España sobre todo, variadas formas y deslumbrantes colores, siempre dentro de la proporción y de la armonía, desbordándose á veces en verdaderas cascadas de lindísimo encaje, que constituyen aún nuestro mayor deleite al visitar Granada, Córdoba y Sevilla.

En la Edad Media los conocimientos químicos importados por los árabes fueron propagándose por la Europa occidental de dos modos muy distintos: por las doctrinas alquimistas propiamente dichas, y por las tradiciones técnicas de las artes industriales; es decir, las prácticas del trabajo de los metales, de los colores, de los ceramistas, vidrieros, alfareros, tintoreros, pintores, orfebristas, etc., pudiendo agregarse también los conocimientos médicos y farmacéuticos. Estas prácticas iban unidas por ciertas teorías científicas y míticas á la vez, según hemos dicho ya, teorías que subsistieron sin interrupción desde el Imperio Romano hasta más allá del

(1) Se han hecho varias ediciones de esta celebrada obra, que tradujo Galland al francés hace más de dos siglos, mutilándola sobremedida, de cuya versión se hicieron traducciones en castellano, algunas más compendiadas todavía. Pero en vindicación de ese atropello de lesa literatura árabe, el Dr. J.-C. Mardrus, célebre arabista francés, acaba de publicar en París su excelente edición de *Le Livre des Mille nuits et une nuit*, première traduction littéraire et complète du texte arabe, en 16 volúmenes en 4.^o

siglo IX. Entonces fué cuando principi6 á desarrollarse la ciencia hermética entre los adeptos europeos, y tradujéronse al latín las obras de Alquimia que nos trajeron los árabes y las que aquí mismo escribieron los musulmanes españoles.

V

La época de verdadero apogeo de la Alquimia fué, pues, la que va del siglo IX al XVI. En ella se contagia la Europa occidental, y surge ese desmesurado afán de hacerse rico en medio de aquellas interminables guerras políticas y religiosas. Se multiplican los adeptos y prosigue la Alquimia en un mar de símbolos y misterios, sin salir, por eso, de los límites de doctrina oculta y perseguida. Los sabios y filósofos se vuelven también alquimistas y se confunden con los alucinados, codiciosos y charlatanes. Hasta los reyes se hacen adeptos y gestionan, convencidos, con los fabricantes de piedras filosofales.

Ya hemos dicho que el emperador Carlos V poseía una « piedra Filosofal » que fué inventariada á su fallecimiento.

Pedro IV de Aragón, Juan I y Martín *el Humano* solicitaban y apoyaban á los alquimistas para que les enseñaran la manera de producir el oro, según se ve por algunas cartas suyas, de las cuales damos razón y extracto en la tercera parte de este estudio; y sabemos que el emperador de Alemania Rodolfo II era alquimista decidido, y se le llamaba *El Hermes alemán*.

En el siglo XIII aparecen los grandes alquimistas: el sabio alemán Alberto el Grande, el docto monje inglés Rogelio Bacon, el célebre escritor mallorquín Ramón Lull (ó los que en su nombre escribieron) y el famoso médico catalán Pedro Arnaldo de Vilanova, que viene á ser el *non plus ultra* de los alquimistas (1).

(1) Mas los modernos que les sucedieron,
y entre ellos Arnaldo, famoso nombrado,
camino nos deja, y tan alumbrado
que nunca acertaron los que no lo vieron.

CENTELLAS, copla 20.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha publicado un excelente estu-

Éstos fueron sustituidos por el francés Nicolás Flamel, que, según cuentan las crónicas, se hizo rico produciéndose él mismo el oro necesario. Los dos alquimistas conocidos con el mismo seudónimo de *Cosmopolite*, ó sean el escocés Alejandro Sethon y el austriaco Miguel Sendivogius, éste mucho más notable que su homónimo y predecesor; y luego aparece el incógnito é ilustrado escritor *Philalethe*, nacido en el año 1612, ignorándose empero su nacionalidad por escribir en latín, como todos ellos, aun cuando algunos le creen inglés.

Mas la difusión de lo poco que en realidad se sabia entonces hacíase imposible, y los que se dedicaban al estudio de la Naturaleza veíanse obligados á trabajar para sí, aislados y en el interior de sus casas, con reservas y privaciones, y miras puramente egoístas muchas veces, puesto que el objeto de los más no era ya el amor al saber ni el deseo laudable de enseñar, que tanto caracteriza nuestros tiempos, sino la pura codicia.

Puesta en esas condiciones la ciencia, los que la cultivaban habían de ser fanáticos ó egoístas por precisión, salvo honrosas excepciones.

El alquimista trabajaba secretamente, ocultando sus libros y escritos (1) é instrumentos, afanándose incesantemente por dar con la deseada « piedra Philosophal ».

En aquellos siglos de verdadero entusiasmo alquímico se escribía algo de ese arte, pero en general con prevención y enigmáticamente, desde luego. Á veces, más con ánimo de engañar (2) ó despistar, que con el propósito de ilustrar á sus semejantes.

dio acerca de este célebre alquimista, intitulándolo *Arnaldo de Villanova*, médico catalán del siglo XIII. Madrid, 1879.

- (1) Mas esto ocultaron los sabios que fueron con mucho cuidado en sus escripturas, que apenas las puertas abrir no quisieron y así nos trajeron á ciegas y á obscuras.

CENTELLAS, copla 20.

- (2) Como parece había costumbre de hacerlo y lo demuestran los siguientes versos:

É no vos parezca que en algo he mentido.

El Tesoro, octava 7.

Y de esta una parte con diez, no te miento.

CENTELLAS, copla 23.

Los adeptos europeos en la Edad Media continuaron nombrando los metales como los nombraron los egipcios y caldeos, salvo ligeras variaciones, y haciendo igualmente uso de los signos astronómicos, sin duda para no llamar la atención de los profanos en el arte (1). Al morir dejaban sus lucubraciones herméticas á sus hijos, quienes continuaban con igual preocupación y tenacidad la obra acariciada de su padre, esperando siempre llegara el momento anhelado de recoger el oro purísimo del crisol. Pero morían también sin haber conseguido su deseo, y sucedíanles igualmente sus hijos, los cuales seguían trabajando en los secretos de su padre y de su abuelo, y haciendo prueba tras prueba, pasaban el tiempo y gastaban el dinero, si además no perdían el tino (2).

Mas ¡cuántas persecuciones y privanzas no sufrieron aquellos, alucinados alquimistas, viviendo en medio de una sociedad tan ignorante como supersticiosa y capitaneada por un clero enemigo de toda luz y adelanto, como lo es aún en nuestros días!...

Recordemos al ilustrado Marqués de Villena, contemporáneo del Rey D. Juan II. Fué hombre superior á su época por los varios conocimientos científicos y literarios que poseía; mas su afición á las ciencias naturales, que no podían cultivarse entonces sin mucho riesgo personal, hizo que se le tuviera por nigromante y hechicero, creyendo además que tenía pacto con el diablo. Murió D. Enrique de Villena en 1434, y fué tal la adversión que inspiró su numerosa y escogida biblioteca á los imbéciles que le rodeaban, que decidieron quemarla, como asimismo sus varios escritos. Bien poca cosa é insignificante por cierto nos ha quedado de tan ilus-

(1) Y el otro secreto no quiero callar
que han encubierto los sabios que fueron,
pues en lo mucho que se detuvieron
lo menos de aquello quisieron mostrar.

CENTELLAS, copla 9.

(2) Porque es un secreto el más singular
do muchos prudentes perdieron el tino.

CENTELLAS, copla 8.

trado escritor (1), de quien dijo el famoso poeta Juan de Mena en sus *Trescientas coplas*:

126

Aquel que tú ves estar contemplando
 el movimiento de tantas estrellas,
 la fuerza, la órden, la obra de aquellas,
 que mide los versos de como y de cuando
 y ovo noticia filosofando
 del movedor y de los conmovidos
 de fuego de rayos, de son de tronidos,
 y supo las causas del mundo velando.

127

.....
 es Don Enrique, señor de Villena,
 honra de España, y del siglo presente;

128

Perdió los tus libros sin ser conocidos,
 y como en exequias te fueron ya luego
 unos metidos al avido fuego,
 y otros sin órden no bien repartidos,

Y agrega el sesudo Marqués de Santillana:

Sabida la muerte d'aquel mucho amado,
 mayor de los sabios del tiempo presente,
 de dolor pungido, lloré tristemente
 é maldixé Antropus, con furia indinado (2).

Natural era que poco á poco menguara el frenesí alquímico, como así sucedió en efecto, lo que demuestra claramente que la piedra Filosofal seguía siendo aún la x del difícil problema tantos siglos planteado y no resuelto después de haber trabajado en él la humanidad entera.

(1) Véase el laborioso estudio de D. Emilio Cotarelo y Mori sobre *D. Enrique de Villena, su vida y sus obras*, 1 vol. Madrid, 1896.

(2) *Defussion de Don Enrique de Villena*.

Esa temeridad fué decayendo á medida que la humanidad avanzaba en conocimientos varios, aun cuando los adeptos, cada día en menor número, no dejaron de existir y persistían todavía en sus trece, por estar convencidos de que la piedra Filosofal se logró antiguamente y que á fuerza de reiteradas pruebas habían de dar con ella. Recordemos que Valentín Andrea, sabio teólogo alemán y de la sociedad de paracelsistas denominada *Rosæ-Crucis*, publicó un entusiasta manifiesto á comienzos del siglo XVII, en pro de la transmutación metálica, en el cual se dijo: « Prometemos más oro del que » saca el rey de España de las Indias; la Europa está preñada y parirá un robusto hijo ».

No omitamos tampoco consignar el hecho que, ya en el siglo XVIII, algunos alquimistas, desesperados sin duda de no haber sacado nada en claro de las prácticas y escritos por sus antecesores, recurrieron á la aberración de buscar la piedra Filosofal en los productos animales. Decían ellos que el agente que ennoblecía á los metales ordinarios había de encontrarse necesariamente en el cuerpo humano, que tenía la propiedad de ennoblecer los alimentos, toda vez que los convertía en órganos. Á este intento probaron la carne, el hueso, la sangre, la saliva, etc., hasta los orines, á los cuales la humanidad ha atribuído, y atribuye aún en nuestros días, tantas propiedades médicas y ocultas. Pero, por desdicha de los obstinados alquimistas, fueron siempre estériles cuantas combinaciones intentaron en pro de su sueño « dorado », digan lo que quieran los optimistas antiguos, medios y modernos.

Fuerza es decir también, aunque parezca extraño, que hasta en el siglo décimonono se ha ido á la zaga de la deseada piedra áurea ó Filosofal. Pueden citarse, en prueba de ello, varios casos y aun escritos, bastando, empero, para atestiguar la existencia del hermetismo en la pasada centuria, decir que los adeptos Kortüm y Baehrens emprendieron en 1802 la publicación de un periódico alquímico, el cual prosiguieron con vivo entusiasmo hasta el año 1819, en que, desengañados de sus locas ilusiones, dejaron de publicarlo.

Más tarde otros alucinados emprendieron el derrotero de

sus predecesores, y lo mismo en Alemania que en Francia, como en otras naciones, no ha faltado ni falta aún quienes cultiven la ciencia ignota de obtener oro en lingotes fundiendo en sus crisoles la « piedra Filosofal ».

Existen todavía adeptos en el extranjero, como lo prueba la escuela de Douai, fundada por Jollivet-Castelot, Eduardo de Hooghe, Giroux, Delassus, Delobel, etc., y en París operan aún varios alquimistas, entre los cuales descuella, por su excelente laboratorio y lo convencido de su arte, el Dr. Alfonso Jovert, quien dice muy seriamente que « ha fabricado ya el oro » y que « conoce varios procedimientos para producirlo ».

Y, finalmente, á primeros de Agosto de 1903 vimos con sorpresa (puesto que teníamos ya esbozado el presente trabajo) que el Suplemento semanal ilustrado de *The New York Herald*, de 26 de Julio del citado año, decía en caracteres muy grandes y con profusión de dibujos y colores, ocupando toda la primera página:

TRANSMUTING SILVER IN TO GOLD

R. M. HUNTER, INVENTOR, OF PHILADELPHIA CLAIMS TO HAVE SOLVED THE PROBLEM OF THE ALCHEMIST OF OLD.

Siguiendo extensa reseña del descubrimiento y otra porción de majaderías que no vale la pena de reseñar, porque todo fué un *canard* norteamericano, país de las invenciones, extrañezas y novedades de circo ecuestre.

Algunos periódicos españoles se tragaron la noticia como verdadera, descolgándose hasta con explicaciones « científicas », demostrando que la transmutación de la plata en oro es la cosa más natural del mundo, y tan factible como los cambios de ministerio en nuestra deliciosa y admirable nación.

Sin embargo, la noticia no se ha confirmado ni mucho menos, y á aquellos que de buenas á primeras creyeron en el descubrimiento de la « piedra Filosofal » por el adepto yanqui Rodolfo Hunter, ingeniero de Filadelfia, y les pareció fácil, diciéndonos que para ello « basta desintegrar los átomos que

» se quieren transformar dando libertad á sus electrones y
 » haciendo que éstos se agrupen de nuevo en las condiciones
 » y número que correspondan á otros átomos, etc. », les con-
 testaremos en las propias palabras del eminente químico fran-
 ces Marcelino Berthelot: « Sabemos con toda certeza que la
 » transmutación de los metales no se realiza en el transcurso
 » de ninguna de sus operaciones. No hay operador moderno
 » que haya visto el estaño, el cobre, el plomo convertirse á
 » sus propios ojos en plata ú oro, valiéndose de la acción del
 » fuego ejercida por las más variadas mezclas, conforme Zo-
 » simo y Geber habían imaginado hacerlo. La transmutación
 » no tiene aún lugar, no obstante la influencia de las fuerzas
 » de que disponemos hoy día, fuerzas mucho más poderosas
 » y sutiles que los agentes conocidos por los antiguos » (1).

No olvidemos que el P. Atanasio Kirker docto jesuíta ale-
 mán, dijo ya, en su tiempo, « que la cuadratura del círculo,
 » las lámparas inextinguibles, el movimiento continuo y la
 » piedra Filosofal han ocupado durante muchos siglos la
 » mente de los sabios, sin conseguir ningún resultado » (2).

Pero éstos son casos aislados en medio de la verdadera
 decadencia alquímica de nuestros tiempos, decadencia que se
 ha acentuado cada vez más en los pueblos europeos á medi-
 da que han ido abandonando sus rañcias preocupaciones y
 se han inspirado en nuevas ideas, despertándose en ellos el
 verdadero amor á la naturaleza y á la verdad, que es el úni-
 co camino del progreso.

VI

Terminó por fin el lúgubre período de la Edad Media,
 dando al traste con los alquimistas y sus maquiavélicos pa-
 peluchos y misteriosos laboratorios, apareciendo á mediados

(1) *La Grande Encyclopédie*, artículo «Alchimie», París, s. a. (recien-
 temente publicada).

(2) *Mundus subterraneus in duodecim libros digestus*, 2 vol. en fo-
 lio. Amsterdam, F. Fansonium et E. Weyerstraten, 1665.

del siglo XVI las obras ya científicas de Jorge Agricola, Bernardo Palissy (1) y Aurelio Paracelso. El primero, célebre naturalista alemán, estudió las principales aplicaciones de la Química á la Metalúrgica. El segundo, artista, escritor y filósofo francés de imperecedera memoria, creó una verdadera industria con sus tierras cocidas, metales y esmaltes, siendo el primero que aplicó la Química á la Agricultura. Y el otro, eminente médico, químico y filósofo suizo, dió grande impulso á la Medicina, haciendo uso de la Química, apartándola de ciertos principios erróneos en que se apoyaba. Los tres iniciaron, con verdad sea dicho, el derrotero de las ciencias y las artes en el Renacimiento.

En el siglo XVII vemos ya á Van Helmont atareado en el estudio de los gases y sus constituciones; á Roberto Boyle lo hallamos aplicando el método experimental en las investigaciones de la Química, y Juan Rey nos aparece estudiando cuidadosamente los metales.

Sucédele el siglo XVIII, siglo de verdadera transición en todo, y la gran figura de Lavoisier se encumbra y da impulso considerable á la Química, convirtiéndola en verdadera ciencia. Lavoisier establece los principios de los elementos simples resistentes al análisis químico; estudia la composición del agua y del aire; clasifica los metales por categorías de cuerpos simples; descubre la constitución química de los óxidos metálicos; advierte la analogía de la respiración y de la combustión, y se persuade de la identidad que existe entre el carbón y el diamante.

Y, por último, aparece el esplendoroso é incomparable siglo XIX, que, en Química, Física, Ciencias naturales y Artes industriales, ha adelantado... más de lo que realmente deseaba, y termina, si no con el descubrimiento de la anhelada transmutación metálica, con la fabricación del verdadero diamante, encerrando el carbón puro en un horno eléc-

(1) El notable escritor francés Anatolio France, publicó *Les Œuvres*, de Bernard Palissy, d'après les textes originaux, avec notice historique et bibliographique, en París, 1880. Un vol. en 4.º; única edición completa.

trico á la temperatura de unos 4.000 grados, aun cuando, según afirma la Química modernísima, sea el diamante

lágrima, al parecer, de alguna estrella,

como dijo, con algunos años de anticipación, el malogrado pensador y poeta catalán Joaquín María Bartrina.

*
* *

La Alquimia es, sin duda alguna, la parte menos conocida de la historia de las ciencias. La obscuridad de los escritos herméticos y la opinión generalmente sustentada por los hombres ilustrados de los tiempos modernos de que la piedra Filosofal y la transmutación de los metales, de que nos hablaron los pasados, son un atajo de absurdos y locuras, ha hecho que se mirasen con verdadero desprecio los afanes de tantos siglos de prácticas alquímicas, afanes no siempre estériles y que tanto influyeron en la manera de pensar y de vivir de una infinidad de generaciones esparcidas en los distintos pueblos del Antiguo Continente, en que halló verdadero arraigo la idea de la producción artificial del oro.

Muy cierto es que la Alquimia ha ocupado á muchos locos y ha arruinado á buen número de cuerdos, pero algo ha hecho al fin para su sucesora la Química, puesto que á aquélla se deben algunos descubrimientos importantes, como el ácido sulfúrico, el ácido clorhídrico, el amoníaco, el fósforo, el alcohol, los álcalis, el sublimado corrosivo y el agua fuerte, que también se la llamaba « agua filosófica ».

Imposible es ya negar que los alquimistas fueron los primeros en hacer uso del método experimental, es decir, del arte de observar y de inducir, deseosos de llegar á la solución de un problema científico que tanto les preocupaba, método preconizado ocho siglos después por Galileo y Francisco Bacón. La Alquimia, pues, ha sido una ciencia intermediaria ó de transición á la ciencia positiva.

Por tanto, esos devaneos de los ambiciosos alquimistas, aun cuando no dieran con la deseada « piedra Filosofal », han

servido de cimiento al soberbio y utilísimo edificio de la Química, que, con la Mecánica, han transformado el mundo en que vivimos.

Respetemos, pues, la memoria de aquellos infatigables alquimistas que supieron sacrificar hacienda y vida en pos de su quimérico ideal, y celebremos el que D. José Ramón de Luanco haya puesto la primera piedra al monumento de los « adeptos españoles ».

EL CURIOSO BARCELONÉS.

(Concluirá.)

ESTUDIO SUCINTO DE LAS AVES EN GENERAL

Y PARTICULARMENTE DE LAS DE ESPAÑA

POR

D. A. DE SEGOVIA Y CORRALES

(CONTINUACIÓN)

Especies españolas.

Papa-moscas ó cerrojillos.—GÉNERO MUSCICAPA.—
Al género *Muscicapa* pertenecen ciertas especies españolas llamadas vulgarmente *cerrojillos* ó *papa-moscas*, caracterizados por su pico aplastado horizontalmente, puntiagudo, ganchudo y provisto en su base de algunas barbas ó pelos tiesos. Estos pájaros se alimentan de insectos que persiguen en el aire con viveza y agilidad extraordinaria, comiendo también algunas veces *orugas* y *hormigas*. Son taciturnos y viven solitarios, ya en los bosques, ya al borde de las aguas entre los juncos y los cañaverales. Vuelan como ondulando para perseguir á las *moscas* y *mosquitos*, que los alcanzan con muchísima destreza. Cantan solamente en la época de los amores y construyen su nido con descuido, sin atender á ocultarlo de las miradas de sus enemigos. Colócanlo, según las especies, sobre los árboles chaparros, huecos de las paredes y techos de las casas. La hembra pone en el nido tres ó seis huevos por año en Europa y hasta tres veces en las otras partes del mundo. Como todas las *aves insectívoras*, no suelen estar en nuestros climas más que en las mejores estaciones.

En España tenemos las especies siguientes: El *Muscicapa grisola*, Lin., *papa-moscas* ó *aletillo*, pardo por encima y blanquecino por debajo; es abundante y sedentario en algunas de nuestras provincias. El *M. collaris*, Bechst., ó *papa moscas*

de collar (fig. 93), negro por encima, blanco por debajo y un collar de este color á los lados del cuello, como es la mancha que tiene en el ala; se presenta de paso en las regiones templadas de nuestra Península, donde permanece el verano. También podemos citar el *M. nigra*, Briss., que no deja de ser común en los huertos de algunas de nuestras provincias.

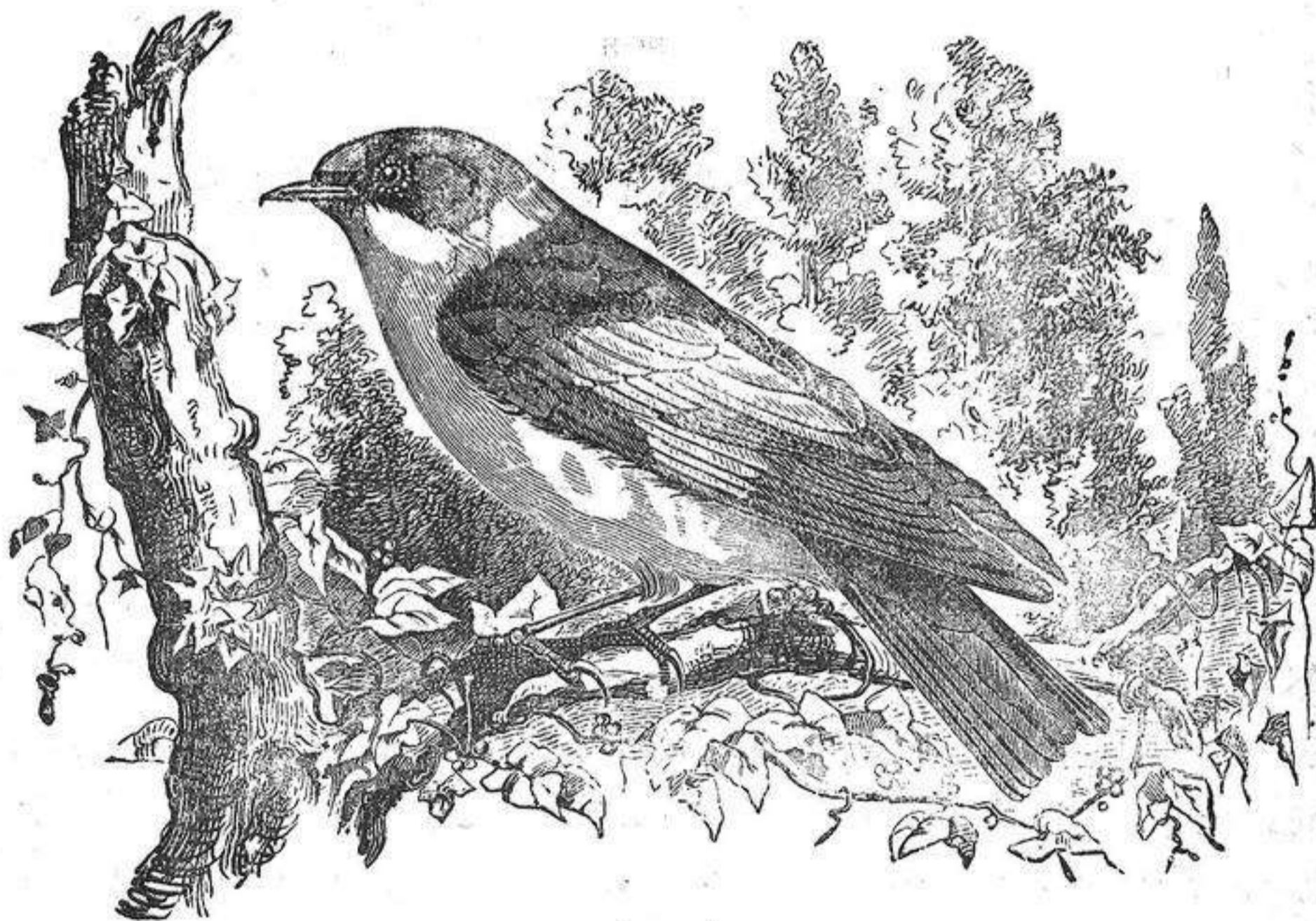


Fig. 93.—Papa-moscas de collar ó *Muscicapacollaris*, Bechst.

B. DENTIRROSTROS MARCHADORES. — *Aves esencialmente marchadoras, con el pico variable y algunas veces no escotado.*—De este grupo son las familias *Túrdidos* y *Aláuidos*.

F. Túrdidos.—La familia de los *túrdidos* contiene á pájaros arborícolas y marchadores, como lo son las especies del género *Turdus*—*mirlos*,—que al mismo tiempo figuran como cantadores, de plumaje ordinariamente más ó menos pardusco, y cuyas principales especies son: el *T. merula*, Lin., ó *mirlo*; el *T. pilaris*, Lin., ó *tordo*; el *T. viscivorus*, Lin., ó *charla*, y el *T. musicus*, Lin., ó *zorzal*.—De esta familia es igualmente el género *Cinclus* ó *mirlos de agua*, los cuales entran en los ríos, marchan sobre el fondo y vuelan entre dos aguas para procurarse los animales acuáticos pequeños de que se alimentan.

Dedicaremos algunos renglones más á las especies citadas.

GÉNERO TURDUS.—El género *Turdus* ya hemos dicho que

comprende las especies conocidas vulgarmente en España con los nombres de *tordos*, *zorzales*, *charlas* y *mirlos*, que están caracterizados por su pico comprimido, arqueado y ligeramente dentado en la punta. Dicho género, sumamente numeroso, comprende más de 150 especies, repartidas con profusión en toda la superficie del globo.

Generalmente, las *aves* que constituyen este grupo son emigrantes y viajan en bandadas más ó menos numerosas. Se

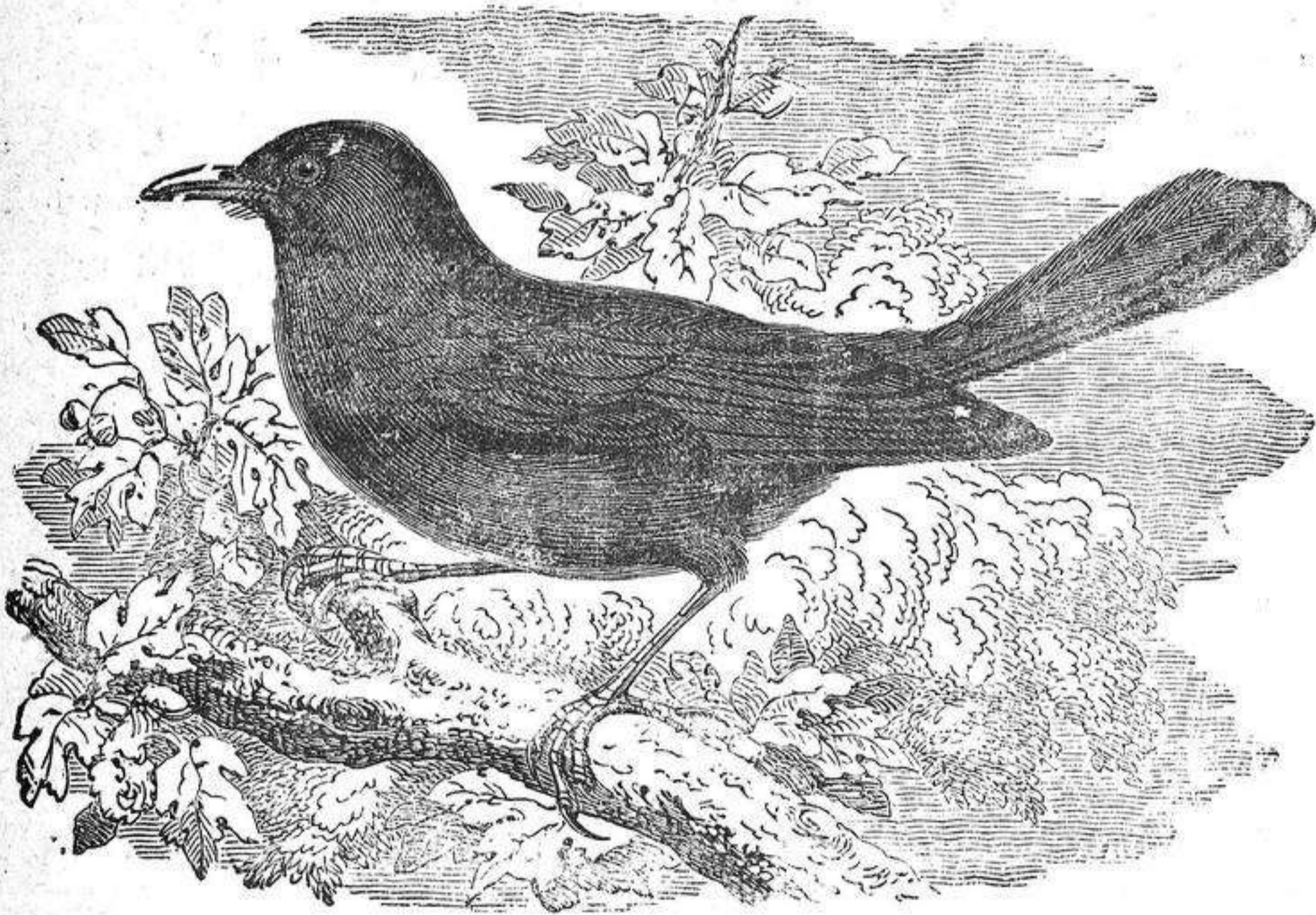


Fig. 94.—Mirlo, mirlo negro ó *Turdus merula*, Lin.

alimentan de insectos ó frutos, especialmente de bayas, como las del *muérdago*, *enebro*, *uvas*, etc. Son melancólicos y solitarios, pero de canto muy armonioso. Se les ha dividido en dos grandes secciones, diferenciadas en las particularidades de sus colores. Estas secciones son las de los *mirlos propiamente dichos* y las de los *tordos*. En la primera se incluyen todas las especies cuyas plumas tienen el mismo color, y en la segunda se colocan las de plumaje marcado de puntos pequeños sobre el pecho.—De los *mirlos* tenemos en España el *T. merula*, Lin., *mirlo* ó *mirlo negro* (fig. 94), porque su color general es negro y el pico y párpados amarillos. Es *pájaro* muy comunísimo y sedentario en muchas de nuestras provincias, anidando en los terrenos poblados de árboles ó

entre las malezas, poniendo la hembra cuatro ó cinco huevos de color verdoso azulado con manchas rojizas. Cuando se les coge jóvenes se acomodan fácilmente á la cautividad é imitan el canto de otras *aves*, así como aprenden á silbar algunos trozos de música, sobre todo si los han oído de la flauta. —También el *T. saxatilis*, Lin., *espantadizo* ó *solitario*, pertenece á la primera agrupación, pero no es de color uniforme, pues la cabeza y cuello son azules agrisados, la espalda negra y el pecho y abdomen rojo-ocráceos; es abundante, habita los montes y sierras, emigrando al África en Septiembre.—Por último, el *T. cyanus*, Lath., *solitario* ó *mirlo azul*, se hace notar por su plumaje azulado de acero; se halla, aunque escaso, en todas las cordilleras de la Península, anidando en las hendiduras de sus rocas y presentándose por parejas ó individuos aislados.

De la agrupación de los *tordos* podemos recordar como especies españolas: El *T. musicus*, Lin., *tordo* ó *zorzal*, pardo por encima y con manchas amarillas encima del ala, amarillento por debajo y con manchas redondeadas y negras. Esta especie es muy abundante en algunas provincias de España durante el invierno, de donde se retira por la primavera á la región central, para criar en parajes frescos. Hace la puesta en Abril, construyendo su nido entre los matorrales, para poner la hembra cinco ó seis huevos verde-azulados. Constituye una caza delicada que debe su gordura á la alimentación de *uvas*, *higos* y *aceitunas*, que comieron hasta adquirir increíble obesidad. En invierno se ve en los olivares, y desde Febrero en adelante en las huertas. Otra especie de *tordo* es el *T. viscivorus*, Lin., *charla* ó *tordo real*, de color aceitunado superiormente y amarillento por la parte inferior, con manchas pardas en el pecho y abdomen; es muy abundante en España; anida en los montes y se alimenta como la especie anterior. *Tordo* también es el *T. pilaris*, Lin., *zorzal* ó *tordo zorzal*, de color de ceniza superiormente y la inferior rojizo claro con manchas lanceoladas; no es muy abundante, y solamente se le ve en el invierno. Por último, el *T. iliacus*, Lin., *tordo* ó *malvis*, es aceitunado en el dorso y el pecho, con manchas alargadas pardas; esta especie en la

Península es muy abundante por el invierno, sobre todo en las provincias meridionales y orientales.

F. Aláudidos.—*La familia de los Aláudidos, caracterizados porque la uña de su dedo pulgar es excesivamente larga, comprende los siguientes géneros: aguza-nieves—Motacilla,—de cola larga que se balancea sin cesar; tordinos ó alondras de los prados—Anthus,— con balanceamiento de la cola igualmente que las anteriores y cantando como las alondras, pero pudiendo volar más que éstas, y las alondras—Alauda,— con la uña del pulgar casi derecha.*

Daremos algunas noticias de las principales especies españolas.

GÉNERO MOTACILLA.—El eminente Cuvier colocaba en una agrupación, llamada de los *Picos finos*, á los pájaros que actualmente incluimos en el género *Motacilla*, atendiendo á que su pico, parecido á una lezna, es más delgado y débil que el de las *alondras*, y porque carecían al mismo tiempo de aquella uña tan larga de su dedo posterior que llevan las *alondras*.

En este género de *Motacilla* figuran, en las clasificaciones modernas, las especies de los pájaros conocidos vulgarmente en España con los nombres de *pajaritas de las nieves*, *agua-nieves*, *aguza-nieves*, *pastorcitas*, *lavanderas*, *pipitas* y *neverillas*. Todos esos nombres corresponden á unasavecillas encantadoras é inofensivas, de formas elegantes, delicadas y esbeltas, listas y simpáticas, cuyos tonos de voz son en extremo dulcísimos. Encuéntranse ordinariamente en las márgenes de las aguas, en las tierras húmedas ó removidas recientemente, y mientras duran sus emigraciones, en las praderas y caminos, buscando su alimento constituido de gusanos, insectos y moluscos pequeños. Las posturas que toman son graciosas: en vez de marchar corren, levantando y bajando la cola con movimientos continuos. Vuelan como saltando y muy corto. Nidifican en hoyos cerca del suelo, en los ribazos, en los zarzales y algunas veces en las simples espesuras de las hierbas. Inclinas estas aves á la emigración, marchan á las regiones cálidas del África y del Asia durante el invierno, para después volver á la primavera y verano á los países del Norte.

Las que habitan las regiones templadas meridionales son sedentarias. También algunas son tan familiares que se introducen en nuestros jardines, corren á lo largo de sus paseos y se complacen en estar en las praderas acompañando á los animales domésticos.

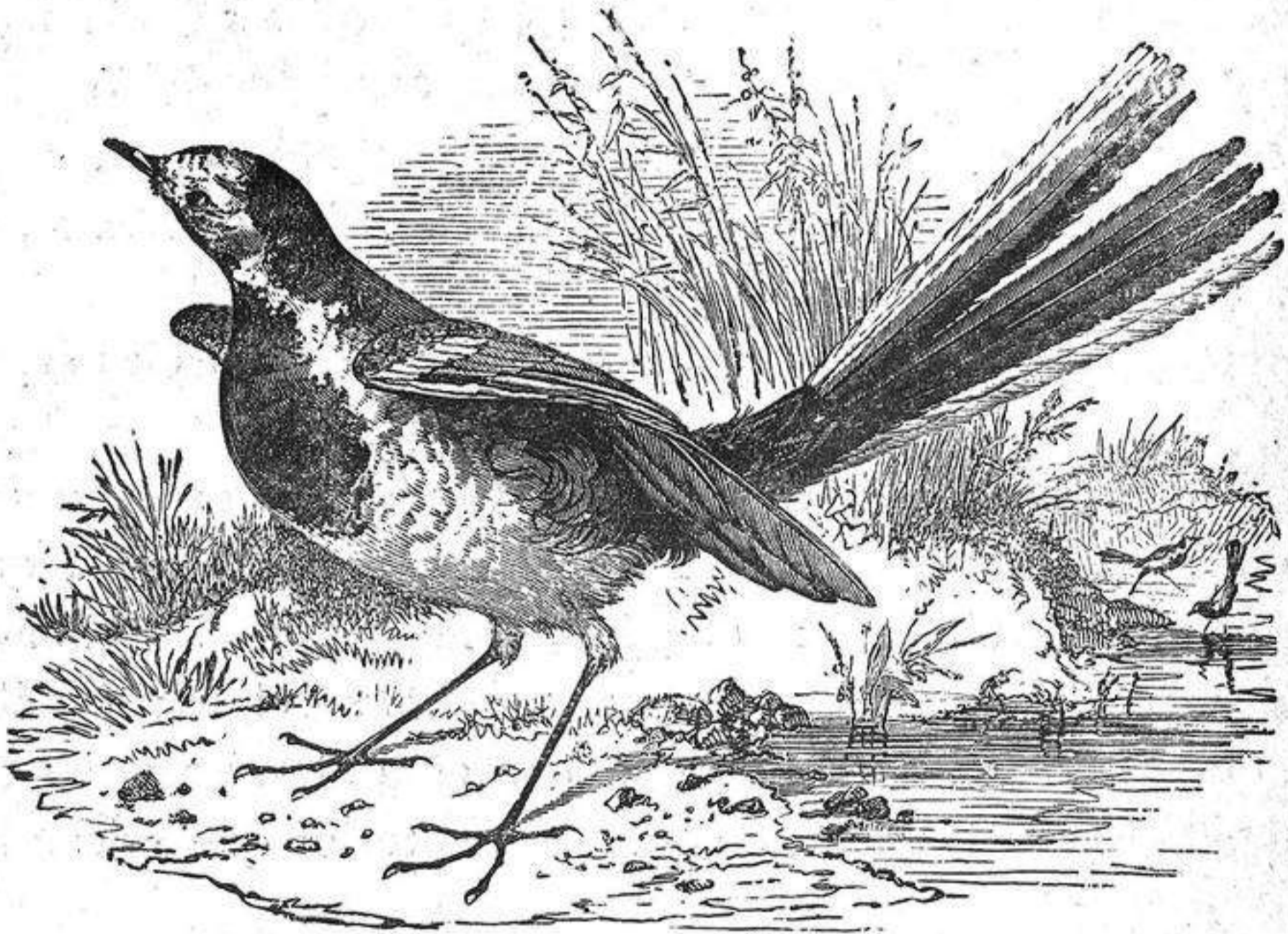


Fig. 95.—*Motacilla alba*, Lin., pajarita de las nieves ó aguza-nieves.

Especies españolas.—La pajarita de las nieves ó aguza-nieves —*M. alba*, Lin.—(fig. 95), con el dorso ceniciento, cabeza y vientre blancos, occipucio, alas y cola negros, se halla abundantemente en toda la Península, sobre todo durante el invierno, en las provincias del Mediodía y Levante.—La nevadilla—*M. lugubris*, Temm.,—más escasa, se la ve también por el invierno en las regiones templadas.—La aguza-nieves ó pepita amarilla—*M. sulphurea*, Besch.—(fig. 25), verdosa por encima, amarilla por debajo, alas, cola, garganta y cuello negros, es abundante en la región central, donde se halla por la primavera en los pueblos de la sierra, viéndosela con frecuencia donde hay rebaños de carneros.—También es *Motacilla* el género *Budytes*, cuya especie *B. flava*, Bp., ó nevadilla, (fig. 96), tiene la cabeza de color plumizo en el macho, ceja blanca, garganta amarilla y rabadilla verdosa: es muy abundante en España por primavera y otoño; en el invierno se ven algunos individuos en los jardines.—Otras

especies se citan además en España, como la *B. rayi*, Bp., ó *pepita real*; *B. cinereocapilla* Bp., y *B. melanocephala*, Menest.

GÉNERO ANTHUS.—Con los nombres vulgares de *pit-pit*, *tordillas*, *tordinos* ó *alfarferos* se conocen en España algunas especies que poseemos de este género. En la clasificación de Linneo y de otros naturalistas se colocaron dichos animales

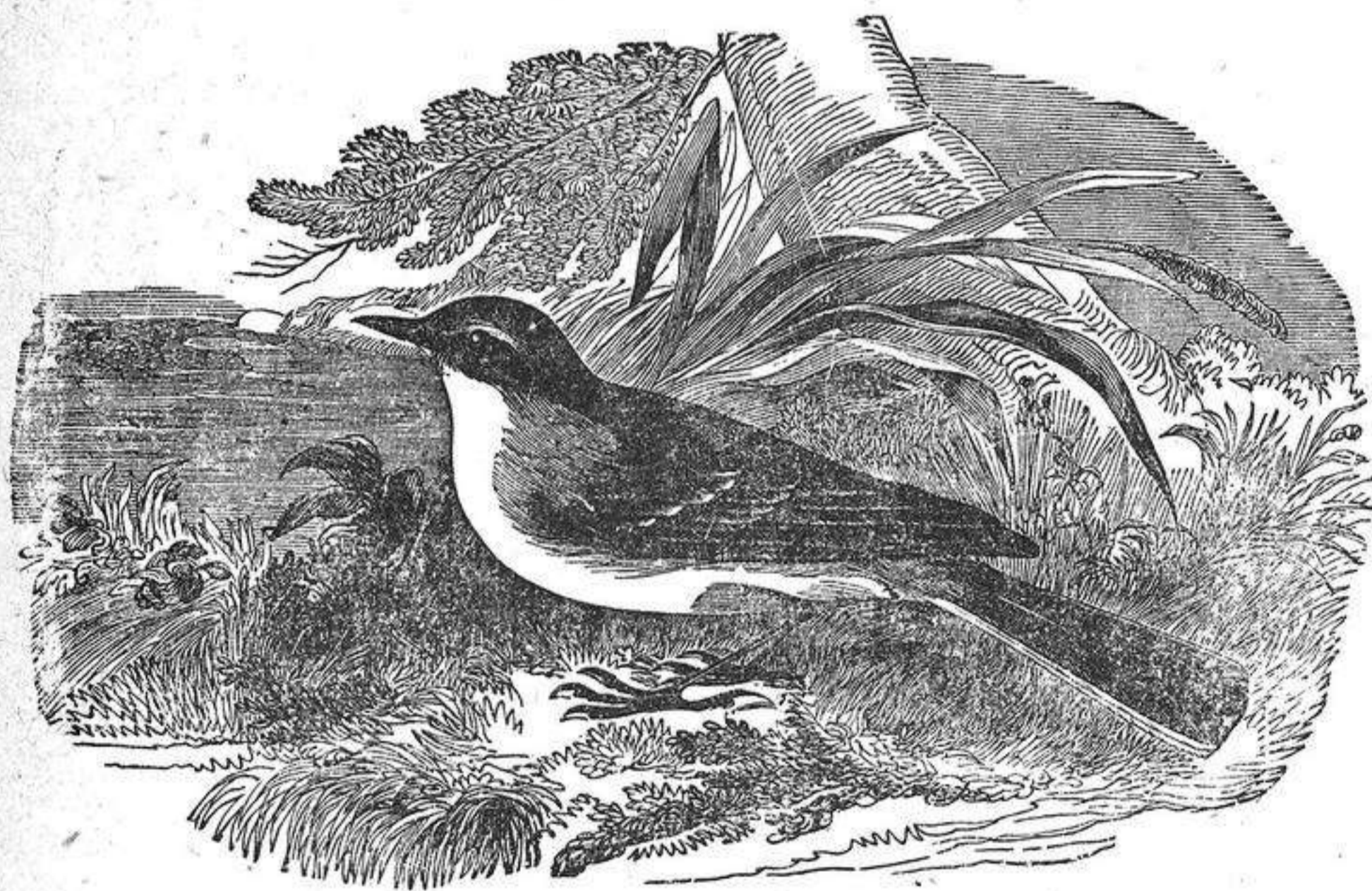


Fig. 96.—*Budytes flava*, Bp., ó *nevatilla*.

con las *alondras* ó las *silvias*. Separados después, distingúense porque, á más de no desdeñar las semillas pequeñas para alimentarse, utilizan los gusanos, *pulgones* y *hormigas aladas*, poco más ó menos como las *currucas*. Los *pit-pit* son vivos, graciosos y ágiles cuando corren, anunciándose por sus gritos dulces, á los cuales acompañan el balanceamiento de la cola, como lo hacen las *aguzanieves*. Algunos cantan y vuelan como las *alondras*, y los que se suben á los árboles y chaparros son sumamente golosos de los frutos blandos y jugosos. El plumaje de cierto número de ellos es jaspeado ó manchado como el de los *tordos*, si bien la mayoría tiene tintas uniformes. Estos *pájaros*, mejor vagabundos que emigrantes, viven aislados ordinariamente. Algunas especies reunidas en otoño recorren el país á vuelecitos, gustándoles las tierras frescas y removidas; otras andan por los barbe-

chos posándose sobre los terrones, y á cierto número de las mismas les gustan los ribazos ó collados pedregosos de las montañas, ó bien los lugares húmedos, en donde se esconden entre las hierbas. Por último, como particularidades genéricas de dichos pájaros agregaremos que sus patas son delgadas y largas; el pulgar también largo y delgado, con una encorvada y larga uña; las plumas laterales de la cola



Fig. 97.—*Anthus spinoletta*, Bp., ó tordino ó alfarfero.

marcadas de blanco; el macho y la hembra semejantes; y como en el otoño adquieren gordura, se hacen perezosos, vuelan tan poco, y casi se les puede coger con la mano.

Entre las especies españolas podemos citar el *Anthus spinoletta*, Bp., tordino ó alfarfero (fig. 97), que se distingue por su uña del pulgar más larga que el dedo, siendo además muy comprimida y arqueada; rectriz lateral, blanca en el borde externo; cuello, pecho y lados rosáceos con manchas pardas y una mancha blanca encima del ojo que se extiende del pico al oído, etc. Esta especie abunda durante el invierno en algunas de nuestras provincias, en otras es sedentaria; anida entre las piedras.—El *A. pratensis*, Bechst., tordilla, pasita ó titit, es también abundante; y el *A. arboreus*, Bechst., bisbita ó alfarfero, es común y sedentario igualmente en la Península.

GÉNERO ALAUDA. — En el género *Alauda* figuran las especies de pájaros conocidas vulgarmente con el nombre de *alondras*. Todas son más bien *granívoras* que *insectívoras*, prefiriendo semillas que puedan engullir sin despojarlas de sus plumas. Vivas, ágiles y corredoras, caminan tanto como vuelan, encontrándose repartidas en todo el globo, sí bien



Fig. 98.—Alondra común ó campestre.—*Alauda arvensis*, Lin.

cada país cuenta las suyas. No se hallan en los bosques, pues habitan las comarcas rasas como las llanuras ó campos de labor, las praderas, los collados ó ribazos pedregosos, los eriales, las landas y los desiertos. Algunas son sedentarias en España y otras vagabundas, según los climas, y nidificando todas en el suelo. Siempre gruesas y rollizas, constituyen las *alondras* una caza pequeña, pero muy buscada por lo deliciosa en algunas localidades, asombrando las estadísticas el número que se consume de las mismas. Por lo que se refiere á sus caracteres particulares, las *alondras* tie-



nen pico largo, bastante fuerte y á propósito para utilizarlo en su alimentación granívora; pies indicando que son *aves* marchadoras sobre todo, lo mismo que su pulgar plano, terminado por larguísima y delgada uña no encorvada. Nunca se las ve encaramadas en lo alto de los árboles, acostumbrándose siempre á tomar vuelo perpendicularmente con mucha velocidad al mismo tiempo que cantan en lo alto, pues son cantoras matinales que se las toma como tipo de la vigilancia. Por lo común, son grises con manchas pardas.

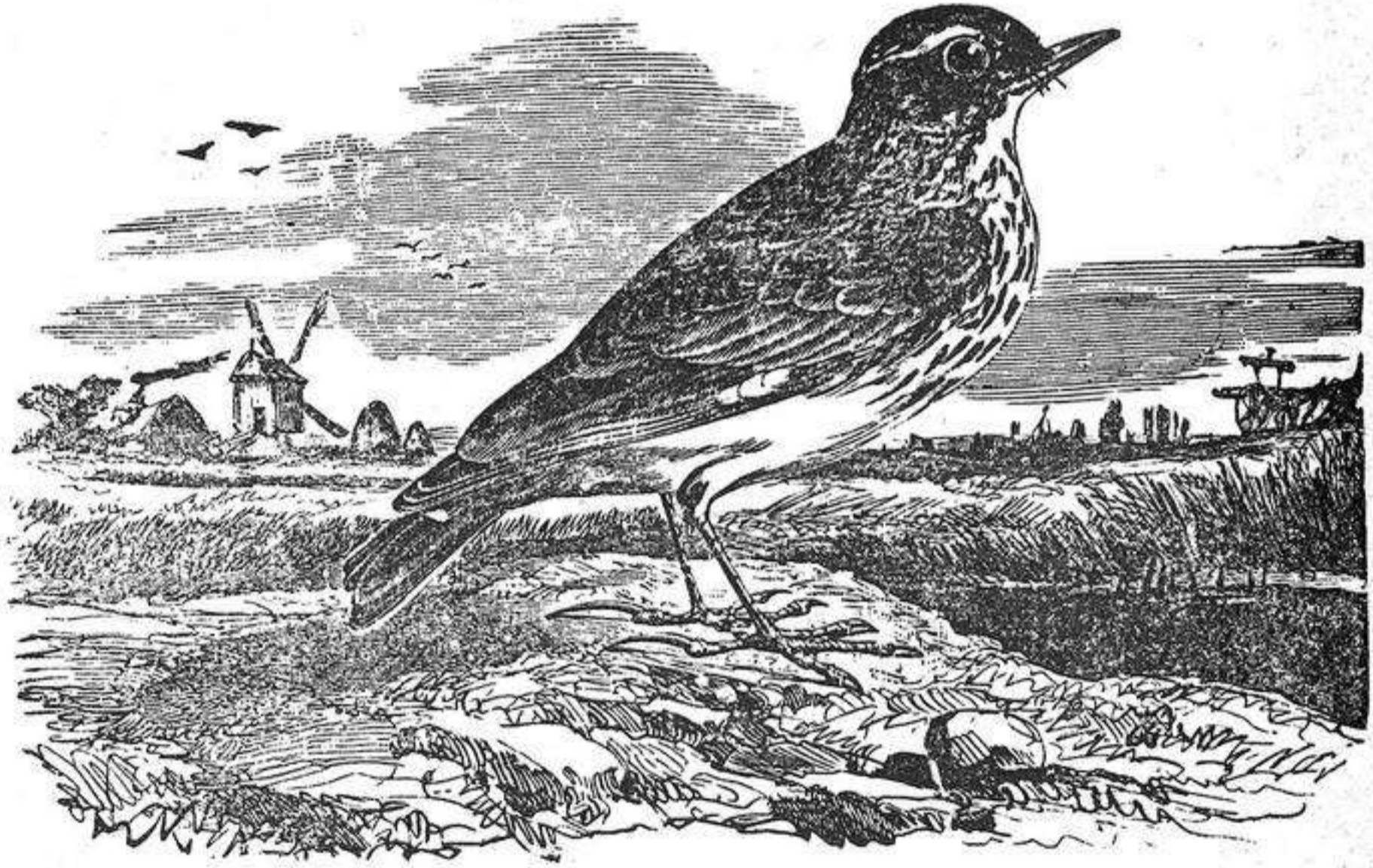


Fig. 99.—Alondra ó calandria de los montes—*Alauda arborea*, Lin.

Alguna especie citaremos en España del antiguo género *Alauda*, ya que no es posible en un estudio de esta naturaleza recordar á todas las que se conocen. *Alondra común ó campestre*—*A. arvensis*, Lin.—(fig. 98), gris leonada clara con manchas pardas, cola más obscura con plumas externas blancas por fuera y las de la cabeza largas sin formar moño. Abunda mucho en los campos, es sedentaria en la Península; su nido lo hace de hierbas secas mal entrelazadas y verifica dos crías al año, poniendo la hembra de cuatro á cinco huevos. La matan para comerla. *Alondra de monte ó calandria de los montes*—*A. arborea*, Lin.—(fig. 99), color de aceituna, matizado con negro por encima, pecho amarillento, especialmente en los machos, y cejas blanquizcas. Es abundante, pero no tanto como la anterior. *A. brachydactyla*, Kaup,

ó *terrerueta*, *A. calandra*, Lin., ó *calandria*. Por último, la *cogujada* — *A. cristata*, Lin. — (fig. 100), gris por encima, parda y blanquizca por debajo, pecho con manchas pardas y en la cabeza una cresta de plumas eréctiles. Es muy abundante y sedentaria en España, haciendo la puesta por Mayo y Junio, consistente en cuatro ó cinco huevos.

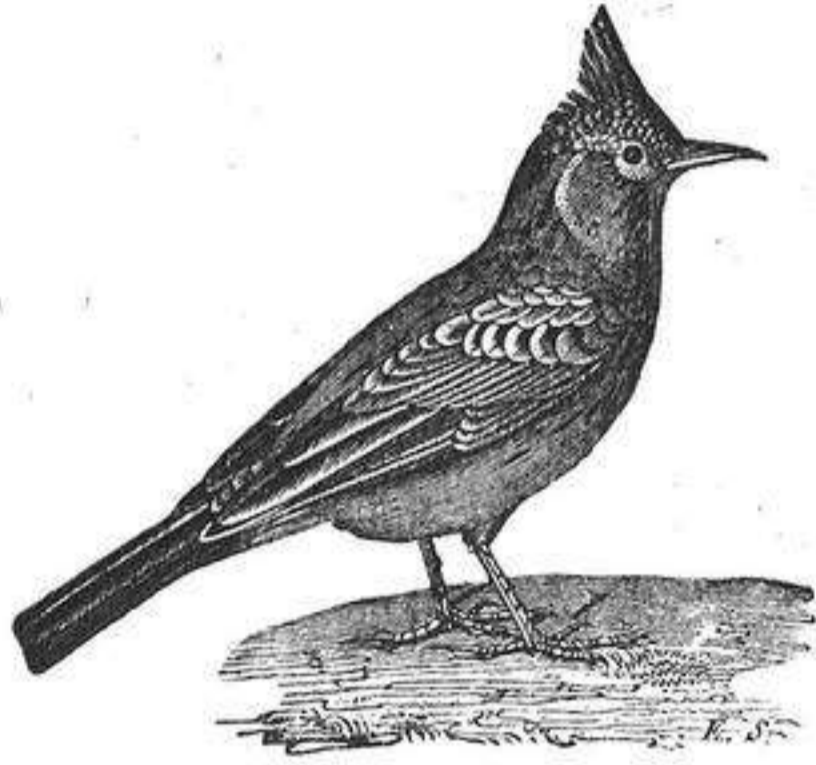


Fig. 100.—Cogujada ó *Alauda cristata*, Lin.

III. TENUIROSTROS (*tenuis*, delgado).—*Pico delgado afilado* (figura 101), *derecho ó arqueado, sin diente ó escotadura, ó ligeramente dentado en la mandíbula superior. Casi siempre insectívoros.*

Dividiremos los *Tenuirrostrós* para su estudio en *T. marchadores*, *T. arborícolas* y *T. aéreos*.

A. TENUIROSTROS MARCHADORES.—*Estos pájaros vuelan poco, saltan en el suelo ó de rama en rama, y nidifican en la tierra ó próximo á la tierra, en los huecos de los árboles ó de las paredes viejas.*

A los *Tenuirrostrós marchadores* pertenecen los géneros *Ruticilla* ó *colirrojos*, *Rubecula* ó *gargantirrojos* y *Cyanecula* ó *gargantiazules*.

GÉNERO RUTICILLA.—En este género se incluyen los pájaros que se conocen en España con los nombres de *culirrojos*, *carboneros*, *colirrojos*, *rui señores de paredes* y *solitarios*, de los cuales podemos citar dos especies.—La primera, ó *R. phænicura*, Bp., es cenicienta por encima; garganta, cuello y pechos negros; las demás partes inferiores rojizas, lo mismo que la rabadilla y cola. Abunda en la Península, habitando las regiones templadas por el otoño, y en ellas permanece

hasta la primavera en que se traslada á las altas montañas y sierras para criar. Anida en los árboles y paredes viejas; se alimenta de insectos.—La otra especie, *R. tithys*, Brehm., ó

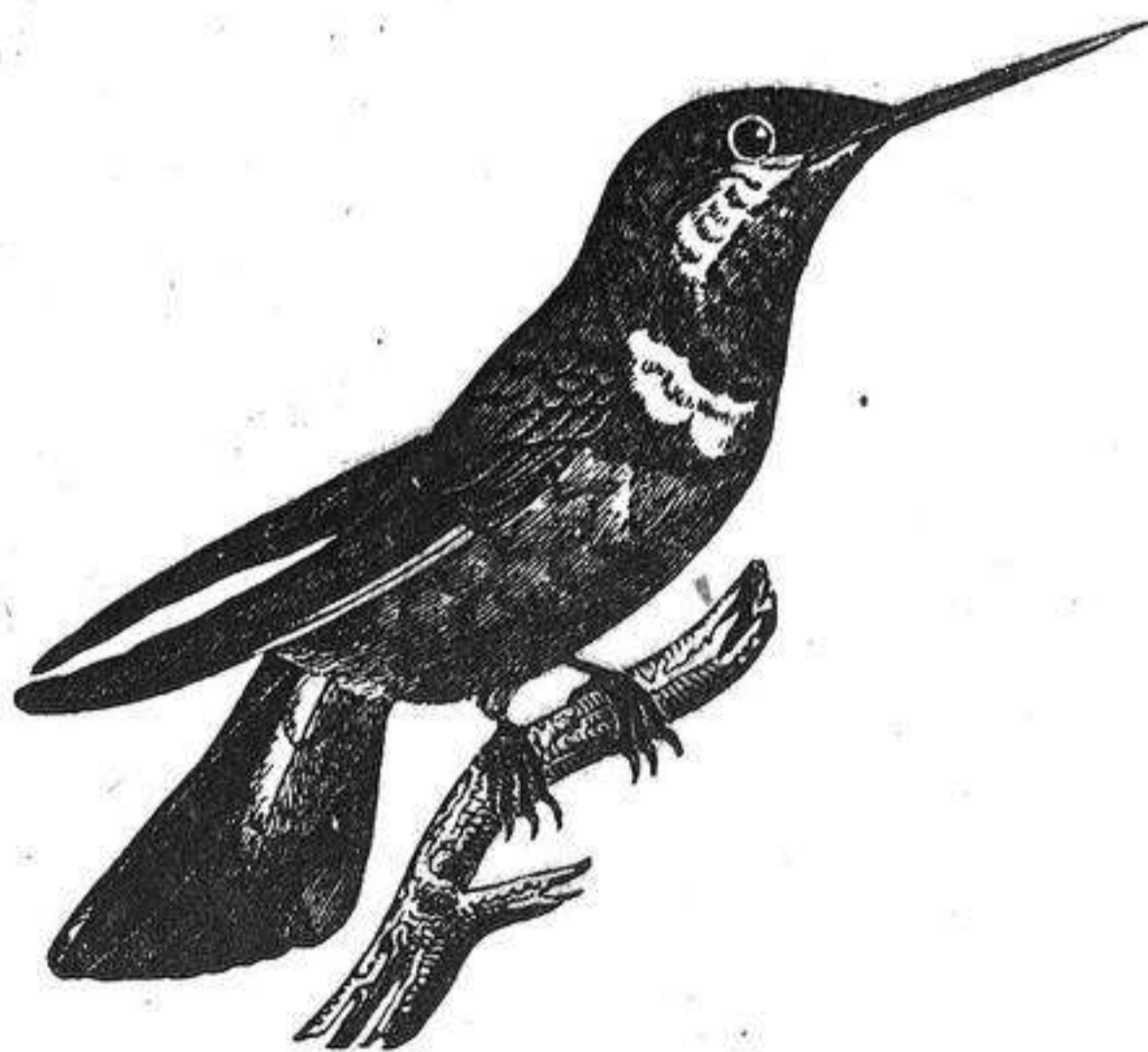


Fig. 101.—Pájaro-mosca, como ejemplo de TENUIROSTROS.

solitario, es también abundante y sedentaria en las regiones meridionales y oriental del NO. de España. Anida en las sierras y come insectos.

(Continuará.)

EL DELINCUENTE NATO-PROFESIONAL

CAPITULO III

El criminal nato-profesional según la literatura española del género picaresco.

I

El tipo del criminal *nato-profesional*, de cuyos caracteres nos hemos ocupado, se remonta á las civilizaciones más lejanas; pero en nuestros días, por las causas indicadas, es cuando se ofrece más perceptible, alcanzando extraordinario desarrollo. Es un tipo criminal que apenas se ha modificado en su esencialidad. Tal como hoy se manifiesta se presentaba ya entre nosotros en la época del mayor florecimiento literario. Para demostrarlo nos basta dar á conocer algunos de los personajes de Solorzano, Mateo Alemán y Quevedo.

Aun cuando comenzamos esta parte de nuestro estudio con el novelista Alonso de Castillo Solorzano, no es porque con relación á la moderna *sociología criminal* haya sido entre los literatos del género picaresco, de su época, el que más minuciosamente haya marcado en sus escritos, ciertamente dignos de no ser olvidados, la psicología y la que podríamos llamar fisiología del verdadero malhechor. Con efecto, en este particular, como en otros, se encuentra por bajo de Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, etc. Sin embargo, en *El bachiller Trapaza* y en *La garduña de Sevilla, anzuelo de las bolsas*, donde se agitan y se sacan á la superficie los bajos fondos sociales, se hacen muy apreciables indicaciones antropológicas y sociológicas relacionadas con la historia de sus personajes; indicaciones que sirven

muy bien para una fructuosa comprobación de lo que se establece por los criminólogos alejados del *clasicismo liberalista*, respecto á la génesis del delincuente *nato* y á sus caracteres fisio-psíquicos.

Tal acontece en todo cuanto se refiere á la *Garduña*, al padre de ésta, ó sea al célebre *Trapaza*, ladrón profesional que desde niño comenzó su vituperable y dañoso oficio, á Crispín, bandido temible disfrazado de ermitaño, á Garay, tipo notabilísimo del criminal *nato*, y á otros varios que da á conocer.

Comienza Castillo Solorzano su novela haciendo breves indicaciones acerca de la *garduña*, «animal que, según escriben los naturales, es su inclinación hacer daño hurtando, y esto siempre de noche», y que «donde anda no hay gallinero seguro, tapia alta ni puerta cerrada, porque por cualquier resquicio halla por donde entrar». Enlazándola con estas cualidades que atribuye á la *garduña*, hace á continuación el retrato psicológico de su heroína, retrato que basta para dar á conocer su falta innata de sentido moral, determinada principalmente por la herencia mórbida auxiliada por el medio ambiente, y dice: «El asunto de este libro es llamar á una mujer *garduña*, por haber nacido con la inclinación de este animal, de quien hemos tratado; fué moza libre y liviana, hija de padres que cuando la faltaron á su crianza, eran de costumbres que no enmendaran las depravadas que su hija tenía; salió muy conforme á sus progenitores, con inclinación traviesa, con libertad demasiada y con despego atrevido. Corrió en su juventud con desenfrenada osadía, dada á tan proterva inclinación que no había bolsa reclusa ni caudal guardado contra las ganzúas de sus cautelas y llaves maestras de sus astucias».

Como se ve, en la formación del carácter y de las inclinaciones criminales de la *Garduña* obraron principalmente dos factores, la herencia y la educación, que son también los que con otro actúan sobre los delincuentes *natos-profesionales*. Hija de padres también criminales instintivos y de profesión, recibió de ellos con la vida sus morbosidades físicas y morales, y criada en un medio pernicioso, éste ayudó á la natura-

leza, cuya acción tal vez otro ambiente hubiera contenido.

¿Quién era el padre de Rufina, ó sea de la Garduña? Un criminal *nato*, convertido por el hábito de delinquir en profesional, que pasó la vida entre los latrocinios y las galeras y que murió en un desafío. Libertado de la servidumbre del remo por la madre de la Rufina, «como un mal natural difícilmente se enmienda, y más como el de Trapaza, que era incorregible, la ociosidad, fundamento de todo vicio, brindó-le para que volviese á ejercitar el juego, piélagos donde tantas haciendas y honras se van á pique; comenzó por ser entretenimiento, desmandándose de allí á pocos días á mayores excesos, de suerte que por desquitar pérdidas que no eran considerables, hizo otras de mayor consideración». Reanudada de este modo su antigua vida, pues del juego y para el juego volvió á los hurtos, muerta su mujer y quedando al cuidado de la muchacha Rufina, «con sus necesidades acudía á los *garitos*, no á jugar, que se hallaba aún pobre, sino á que le pagasen los *baratos* que había dado, correspondencia que falta en los tahures, porque nunca atienden á más que al tiempo que ocurre, á quien ven con dineros agasajan y á quien los tuvo y carece de ellos desprecian. Con la ausencia que hacía Trapaza de su casa, comenzó su hija á tener libertad para dejarse ver á la ventana y á ser vista, de suerte que á la fama de su hermosura ya transitaban la calle muchos pretendientes; bien lo conocía su padre; mas, aunque pudiera atajarlo con sus reprensiones, viéndose necesitado y á su hija hermosa, halló que para reparo de su necesidad no había más próximo remedio que hallar un novio rico; esto era lo más honesto que pensaba... pero entrándose á mayores fondos, quisiera que su hija fuera una red barrendera de las bolsas de la juventud que la festejaba.»

Así se formó la *Garduña*, y Solorzano, al bosquejar su génesis, tuvo indudablemente á la vista, como los han tenido todos nuestros literatos cultivadores del género picaresco, los múltiples ejemplos que la gente *maleante*, que la *hampa* de su época ofrecía. Desprovista de sentimientos morales y muy pertrechada de torpes y malévolos instintos exaltados por perniciosas lecciones, lanzada á la vía del mal, que tanto se

correspondía con sus inclinaciones naturales, avanzó en ella sin reparo y sin escrúpulos, haciendo portentosos progresos. Su vida fué una serie continuada de hurtos, robos, estafas y otros delitos. Criminal por nacimiento y hábito, la presenta el autor con todos los caracteres que los sociólogos criminalistas atribuyen á los de tal clase. Su mundo lo fué el del crimen, y criminales de igual especie sus compinches, Garay, Crispín, etc.

Proponiéndose la *Garduña* burlar y robar al avariento Marquina, « se valió para ello de un personaje muy semejante á ella: era el tal un antiguo amigo de su padre Trapaza, hombre que había en Madrid hecho algunos delitos cuando mozo y hacía poco que se había retirado á Cádiz, y de allí á Sevilla; éste andaba encubierto en aquella ciudad, valiéndose de un dinerillo que en buena guerra había ganado; era único en esto del arte de rapiña, como que, temeroso de que le acumularan, si cayese en manos de la justicia, hazañas pasadas, que había hecho bastante cantidad, así andaba recatado ».

Bastan las anteriores ligeras indicaciones para persuadirse de que, bajo el nombre de Garay, presentó Solorzano á sus lectores el tipo del delincuente *profesional* que casi desde la infancia comienza su carrera por predisposición congénita, que la prosigue sin interrupción y que concluye malamente.

No se destaca y puntualiza menos el que personifica en el ermitaño Crispín, y cuyo carácter moral retrata uno de los bandidos de su amistad, con los que tropezó Rufina. He aquí las palabras que pone en sus labios: « El ermitaño de la ermita del cerro se habrá cansado en balde de habernos aguardado para facilitar nuestro robo.—Único hombre es, dijo el otro, y la capa de serlo es de nuestros latrocinios, y ha sido excelente modo el con que ha sabido granjear la voluntad de los que le han dado á su cargo aquella ermita.—Él sabe también fingir con su estudio de hipocresía, que engañará á cualquiera, replicó el primero, y así lo ha hecho, acreditándose de virtuoso varón por toda esta tierra, siendo el mayor bellaco facineroso que habita en ella.—Doce años ha que le co-

nozco, dijo el segundo, usar el trato del *Graño*, y en todo este tiempo ha tenido tanta dicha que nunca puso pie en cárcel, habiendo otros que al primer hurto son castigados.—Es el amparo de los de nuestro trato, y su ermita, con aquella cueva que hizo debajo de ella, el depósito de nuestros hurtos, dijo otro ».

Corresponde también á la misma clase de malhechores, de los que el autor presenta, y el último de que haremos mérito, el valenciano Jaime, á quien se refieren las siguientes líneas: « Era hijo de un alpargatero de Valencia, y por traversuras que había hecho con alguna cantidad de ropa, de que se descuidaron sus dueños, andaba fuera de su patria; era de edad de veinticuatro años, blanco, rubio, de gentil disposición y sobre todo de vivo entendimiento ».

En los personajes de la *Garduña de Sevilla* es indudable, como ya hemos indicado, que Solorzano copió tipos de los que la *hampa* ofrecía. En todos ellos se descubre al criminal *instintivo*, al que lo es por morbosidades congénitas y que, influido por el medio ambiente social, llegó á convertirse en gran *criminal de profesión*. No son creaciones de un ingenio selecto: son realidades, son ejemplares escogidos, y que la *sociología criminal* no debe desdeñar.

II

Si en dicha novela aparecen esos tipos de delincuentes *nato-profesionales*, en los que, por decirlo así, se esbozan los caracteres que Lombroso, y con él muy distinguidos antropólogos, asignan á los malhechores de tal especie, en el *Estebanillo González* se presentan también, y en ambas producciones literarias sus autores, inconscientemente tal vez, dan á conocer cómo el degenerado predispuesto entra y avanza en la senda del crimen, donde las condiciones especiales del medio determinan el estallido de la criminalidad latente. Los novelistas del género picaresco se anticiparon á los antropólogos y sociólogos modernos: vieron que en el verdadero criminal, no en el *criminaloide*, hay una predisposición con-

génita; vieron que esta predisposición puede contenerse respirando un ambiente de moralidad, y vieron que ese malhechor no surge de pronto con toda su plenitud de desarrollo, sino que va formándose poco á poco. Como prueba de lo que decimos del *Estebanillo González*, copiaremos algo de tan interesante libro.

« Era mi nacimiento tan feliz, dice Estebanillo al comenzar el relato de su vida, que venciendo á mi mala inclinación, que siempre ha sido lo que al presente es, supe leer y escribir y contar, lo que me bastara á seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para continuar el *arte que profeso*, pues puedo asegurar á fe de pícaro honrado que no es oficio para bobos. Cuidó mi padre de darme estudio. Llegado á la filosofía, salí tan buen bachiller que puedo leer cátedra al que más blasone de ello. Tenía tan enredados á los maestros como á los discípulos con *trapazas*, que todos me llamaban el Judas Españolito. Compraba polvos de romero y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendía á real á todos los estudiantes, dándoles á entender que eran polvos de la *anacardía*, y que tomándolos por las narices tendrían feliz memoria, con lo cual hacía yo caudal para mis golosinas y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas. Escapáronse pocos libros de mis manos y pocas estampas de mis uñas, sobre lo cual cada día andaba al morro ó había quejas á mi madre y hermanas. Reíame yo de todos estos disparates (lo que acerca de su linaje le decía su hermana), y por un oído me entraba su reprensión y por otro me salía, y finalmente, fueron tantas mis *rapacerías* é inquietudes, que me echaron del estudio poco menos que con cajas destempladas. »

En esta forma, por tales pasos y desde la infancia, y por predisposición congénita, sin que la educación pudiera contrarrestarla, se confeccionó, por decirlo así, la viciosa naturaleza moral de Estebanillo. Nació el pícaro, el truhán, y de los garitos y de otros lugares de la misma índole salió el verdadero malhechor. Entonces comenzó su vida vagabunda, y al par de ella la de aventuras, estafas, robos y otros delitos; el criminal nato se hizo profesional.

III

Mucho más precisados y puestos de relieve que los anteriores, y ofreciendo bastante mayor número de datos característicos de los que establece la ciencia antropológica criminal, se manifiestan los tipos de las inmortales producciones de Cervantes, Quevedo, Hurtado de Mendoza, Rojas, Zavalleta, Chaves, etc. Tan eminentes literatos, como todos cuantos, removiendo los bajos fondos sociales, sacaron á la superficie sus *detritus*, no hicieron sino adornar con las galanuras de su estilo cuanto de la realidad tomaban. Sus personajes—y permitásenos que en este particular insistamos—no son, pues, producto exclusivo de su imaginación, no son seres puramente ideales. El *Buscón ó Gran Tacaño*, de Quevedo, por ejemplo, es una fiel y magistral representación de lo que eran el *golfo* el *pícaro* y el *criminal nato profesional* de aquella época ya tan lejana, siéndolo asimismo del tipo que estudiamos, con lo cual en cierto modo se demuestra la persistencia de los tipos en sus caracteres físico-psíquicos: en su vida, en sus costumbres, en sus procedimientos, en todo, con poquísimas diferencias, parecen retratados sus similares de nuestros días.

La herencia mórbida, y la no menos mórbida educación familiar determinan á la generalidad de los verdaderos malhechores. Á esas mismas causas atribuyó Quevedo el que su *Buscón* fuera como le pinta y su vida como la refiere.

¿Quiénes fueron sus padres? ¿Cómo se crió? Quevedo nos lo dice en los siguientes pasajes: «Mi padre—refiere el *Buscón*—fué, tal como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que no quería que le llamasen así... Estuvo casado con Aldonza Satorín. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados, afirmaba que descendía del Triunvirato romano. Padeció grandes trabajos recién casados, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre *metía el dos de bastos por sacar el dos de oros*. Probósele

que á todos los que hacía la barba, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba muy á su salvo los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre por ser tal que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras miserias estuvo preso, aunque, según á mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino ninguno llamábase señoría. Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía ser tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban; sólo diz que le dijo no sé qué de un cabrón... Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos encubriendo canas. Unos la llamaban uncidora de gustos, otros algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagüeta».

Después de estos apuntes que pueden decirse psicológicos de los padres del Buscón, y en los que se revela la naturaleza del *criminal nato*, pone Quevedo en boca de su héroe otros pormenores, tal vez de mayor interés. «Hubo grandes diferencias entre mis padres, sobre á quién había de imitar en el oficio, más yo, que siempre tuve pensamientos de caballero, desde chiquito, no me apliqué ni al uno ni al otro. Decíame mi padre: «Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal», y de allí á un rato, habiendo suspirado, decía de manos: «Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque no haya llegado el día de nuestro santo, no lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habían bataneado las costillas), porque no querrian que donde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo manda la Santa Madre Iglesia, y así, con esto y mi oficio, he sustentado á tu madre lo más

honradamente que he podido. — ¿Cómo me habéis sustentado?—dijo ella con gran cólera (que la pesaba que yo no me aplicase á brujo).—Yo he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria y mantenido en ellas con dinero».

No seguiremos copiando, pues por una parte, el *Buscón* es cuasi la producción de Quevedo más leída aún por el vulgo, y, por otra parte, es suficiente á nuestro propósito. La psicología, y sobre todo el carácter moral de los ladrones del *Buscón*, resultan clarísimos. Eran verdaderos criminales de la peor especie; sus ideas, sus sentimientos, sus instintos, sus inclinaciones, sus hábitos, tales como el inmortal autor de los *Sueños* los presenta, coinciden con los que asigna la escuela criminológica positivista al malhechor *instintivo* y *profesional*.

Nacido el *Buscón* de tales padres, heredó y su morbosidad psicológica, y viviendo en pernicioso ambiente, en él encontró el *caldo* apropiado para que los gérmenes del mal se desarrollasen y ejercieran su funestísima influencia. La herencia, el ejemplo, el espíritu de imitación, obraron sobre él en los términos que no podían menos de hacerlo: de niño, ya comenzó con sus *raterías* á manifestarse tal cual había de ser; de muchacho, unió á las granujadas las hediondecas del vicio; de hombre, buscó su *modus vivendi* en los hurtos, en los robos y en las estafas. Tal fué su génesis; tal su carácter moral. Quevedo indudablemente tuvo á la vista, y por eso pueden considerarse sus pinturas como verdaderas copias, á malhechores *profesionales* de los que abundaban en España en aquellos tiempos de decadencia. Á más del *Buscón* vienen muy especialmente á confirmar estos asertos que, lejos de aminorar, confirman el juicio formado del gran ingenio de Quevedo, muchos de sus romances, entre los cuales sobresale el de *Montilla*, del que recientemente ha hecho el Sr. Salillas un análisis de no escaso mérito. El autor del *Buscón*, como todos los novelistas y poetas que dieron vida al llamado *género picaresco*, no eran antropólogos y sociólogos en el sentido que hoy se da á estas palabras; pero lo eran, por decirlo así, *instintivos*. Así es que muchos de los criminólogos de las modernas escuelas han buscado, con razón,

en sus obras datos para poder estudiar á los delincuentes de aquellas sociedades. Y por eso también nosotros, al hacerlo del *nato-profesional*, nos hemos permitido hacerlo de los tipos culminantes en *El Buscón*, en *La garduña de Sevilla* y en *El Estebanillo González*.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

LA DESPEDIDA DEL ESTUDIANTE

Y llegó el mes de los preparativos estudiantiles: estamos en Septiembre.

Por esta época, las familias en cuyo seno existe algún abogado, algún obispo en agraz ó algún médico incipiente, preparan con afán el ajuar del estudiante, procurando con cuidadosa solicitud cubrir todas sus necesidades venideras, para de este modo atenuar en lo posible lo doloroso que es para los pobres chicos tener que separarse de sus queridos papás, el verse obligados á perder, durante el curso, las delicias con que siempre convida el hogar doméstico.

Y estos laboriosos preparativos terminaron la otra noche en la casa del tío Ronchamigas, acaudalado vecino del pueblo de Aldeanueva y padre del futuro albéitar Pafuncio.

La madre de éste, en consejo privado con su marido, resolvió, después de muchas vacilaciones y de bastante dimes y diretes, que el chico saliera para Madrid al día siguiente por la mañana.

—Oye, tú: ¿tendrá el muchacho verdadera vocación por la carrera de veterinaria?—preguntaba la madre.

—¡Pues no la ha de tener, habiéndose criado, como quien dice, entre las caballerías!..—replicó, convencido, Ronchamigas.

El acuerdo de los padres se lo participaron éstos llenos de emoción al interesado, quien recibió la noticia con muestras de júbilo, dando zapatetas y reventando de un cachete el lobanillo que en usufructo disfrutaba la madre en el carrillo izquierdo (detalle importantísimo para una información *reporteril*).

Y empezó la amonestación de rigor en estos casos.

—¡Hijo mío!—esclamó la tía Mamerta, que no se acos-

tumbraba á la idea de la separación.—Ha llegado la hora de que muestres tu buen juicio, portándote con arreglo á tu educación, no faltando á los deberes que tiene todo buen cristiano y viviendo siempre bajo el santo temor de Dios, porque...

—Sobre todo, huye de las malas compañías, como son las de las mujeres...—interrumpió el tío Ronchamigas.

—Y no te olvides nunca de nosotros, ni de tus pobrecitos hermanos, ni de tus primos...

—Eso no; no te olvides de la parentela y... ¡las malas compañías! Las mujeres principalmente, que son muy largas—volvió á insistir el padre.

El chico juró seguir al pie de la letra tan buenos consejos, y se retiró la familia á descansar.

*
**

El pueblo de Aldeanueva estaba sumido en el mayor silencio; todos los vecinos dormían tranquilamente, reparando las fuerzas gastadas en las faenas del día anterior, cuando el reloj de la casa consistorial anunció con doce campanadas la llegada de la media noche.

El eco vibrante del metal resonaba aún en el espacio, cuando se oyó en la casa del estudiante el ligero chirrido que produce una puerta al girar cuidadosamente sobre sus goznes.

En el umbral se presentó un joven; era Pafuncio, que antes de marchar quería despedirse de su adorada.

Noticiosa ésta de la partida de su novio, le esperaba impaciente en la ventana, que, á modo de marco, estaba adornada de plantas trepadoras y de algunas macetas rebosando flores.

La joven, apoyada en el alféizar, recibía el suave beso de los rayos de la luna, que se quebraban entre las ramas de las enredaderas como deseosos de acariciar el bello rostro de la amada del estudiante.

Bien pronto se entabló el diálogo entre los novios, cruzándose expresivos suspiros, poéticos galanteos, protestas de un

amor sin límites y juramentos de no olvidar nunca la pasión que en aquel momento sentían y enlazaba sus corazones.

La aurora les sorprendió en esta actitud, anunciándoles había llegado el cruel momento de separarse, y antes de realizarlo la joven regaló á Pafuncio, como recuerdo mientras durara la ausencia, un bonito medallón, que el estudiante aceptó entre cariñosas muestras de agradecimiento, entre juramentos de no separarse de él aquella joya, delicado obsequio de su prometida.

Poco después, se oyeron gemidos, sollozos entrecortados y las palabras «¡Adiós! ¡No me olvides!», pronunciadas por una voz femenina y repetidas por un joven que se alejaba.

*
* *

Pasados unos días á la escena anterior, el estudiante Pafuncio se instalaba en Madrid, y fiel á las promesas que hizo á su novia la noche de despedida... ¡empeñó el medallón en cuatro pesetas!

BRAVO Y LECEA.

Guadalajara.

COSAS DE ANTAÑO ⁽¹⁾

Ya en la Junta de festejos del día 5 de Marzo se presentaron trazas y modelos para las tres noches de fuegos artificiales.

Dos trazas se eligieron. Cada noche se dispararían trescientas docenas de cohetes voladores de diferentes géneros, quedando ajustado el precio en 63.000 reales vellón, al respecto de 31.500 en cada una de dichas dos noches.

Para la tercera noche se eligió la traza que presentaron otros maestros polvoristas de la Villa: se dispararían doscientas cincuenta docenas de cohetes voladores y mudarían los juegos de fuegos por otros distintos, todo en precio de 33.000 reales vellón.

También se dispuso por la Junta de festejos en esa reunión el revoco y pintado de la Plaza Mayor en precio de 37.000 reales vellón. Consistía la obra, según parece, en dar de verde cardenillo á todos los balcones de las casas de la plaza.

Al día siguiente vió la Junta otras trazas y modelos: la de los arcos y adorno de la Puerta del Sol, calle de Alcalá, fuente de la Puerta del Sol, Puerta de Guadalajara, Santa María, calle de las Carretas y la del Prado, y se acordó encargarse la construcción de estos arcos de adorno. El de la calle de Alcalá en 53.000 reales vellón, bajo la dirección de D. Ventura Rodríguez; el adorno de la fuente de la Puerta del Sol y Arco de la de Guadalajara se harían bajo las plantas hechas por el mismo arquitecto, y el adorno de una casa en la esquina de Santa María la Real de la Almudena de esta villa, con el pintado y recortado de tablas según el diseño del repetido don Ventura, se ajustó con los rematantes en 67.000 reales vellón,

(1) Véase la pág. 365 de este tomo.

á este tenor el adorno y arcos primeros en 55.000 y el segundo, de una cara, en 12.000 reales.

Los arcos de las calles de las Carretas y del Prado, el primero bajo el diseño que ejecutaría el mismo maestro y el segundo de otro que estaba ya hecho, y se ajustarían en 63.000 reales.

En otra reunión de la Junta de festejos celebrada á 10 de Marzo se hizo presente el resultado de los oficios practicados cerca de los cinco gremios mayores de esta villa, para ver de conseguir de ellos el anticipo de dinero que se considerara iba á faltar para satisfacer los gastos que ocasionase la entrada de S. M., á empeño y con el interés sobre el nuevo cuartillo de real en arroba de vino, todo con arreglo á lo ya resuelto por el Rey sobre este particular. Los gremios anunciaron que responderían con la mayor estimación, por desear quedara Madrid con todo lucimiento en tan plausible y obsequiosa función como era la exaltación de S. M. al trono de las Españas y su entrada al público en la villa y corte. Por eso darían desde luego á Madrid la cantidad que necesitase sin ningún interés, para que así fuese por menos tiempo el empeño del cuartillo y que el público gozase de este beneficio.

La Junta no pudo menos de dar las gracias al individuo de ella D. Ambrosio Josef de Negrete, que fué el que la dió á conocer tan buenas nuevas.

El empeño del nuevo cuartillo empezaría desde 1.º de Junio del año que corría, pero dando todas las seguridades, circunstancias y requisitos que se necesitasen y correspondieran.

Concurrieron á la Junta los caballeros comisarios de toros, y se acordó que se les dieran todas las mayores facilidades para el desempeño de su misión.

Los diputados de los escribanos de provincia y los comisarios del número de esta villa adornarían y compondrían las fachadas de sus edificios; y los primeros, además, la fuente de la plazuela de Santa Cruz, y los segundos la fuente de la Villa, todo conforme lo habían ejecutado en otras ocasiones. Á unos y á otros prevenía la Junta que se valieran de D. Ventura Rodríguez, que dirigiría la construcción de los arcos y

adornos de la carrera, «*para que todo este uniforme y sin el menor defecto*».

También la Junta llamó á los diputados de la Congregación de San Eloy, abogado de los plateros, para hacerles presente que deberían adornar la Platería el día que S. M. hiciese la entrada, en la mejor forma que les fuera posible, ya que así lo hicieran otras veces, «*con el zelo y amor que siempre han mostrado en servicio del Rey, esperando Madrid lo continúen con mayor esmero en esta próxima y plausible funzi3n*».

Inteligenciados de ello, expresaron los plateros que celebrarían junta, haciendo lo que se les mandaba.

Por último, se trató en la Junta del adorno de las Casas Consistoriales, al igual que se hizo en la entrada de Fernando VI.

Á 20 de Marzo se reunió otra vez la Junta para tratar del reconocimiento practicado á los edificios y casas de la Plaza Mayor y á la escalerilla de piedra que salía á la Cava de San Miguel, y pensaron que con la mayor brevedad se pusiera en ejecución el apeo nuevo de la escalerilla, librándole al maestro que lo iba á ejecutar 2.000 reales de vellón, caudal que se reintegraría al fondo del de las próximas fiestas, por el embargo que se haría del sitio de la casa, así como de sus alquileres.

Las declaraciones del reconocimiento de la Plaza Mayor y de la carrera se enviaron al maestro mayor y á los otros cuatro nombrados por la Junta, para que certificaran por su cuenta y riesgo de la seguridad y comodidad del público.

Y se presentó en esta Junta un diseño hecho por D. Ventura Rodríguez para el adorno de la galería y puerta del Angel y real sitio del Buen Retiro y se acordó se ejecutara la obra por distintos artistas, pero todos bajo la direcci3n del mismo Rodríguez, todo en precio de 31.000 reales de vellón.

D. Ventura Rodríguez, á quien tanto bueno tiene que agradecer Madrid, bien se le puede llamar en esta ocasi3n el alma de los trabajos de adorno, decoraci3n y ornato de la villa, hizo que en la Junta celebrada á 28 de Marzo se variase el acuerdo tomado ya para dar de pintura verde á todo el bal-

conaje de la Plaza Mayor; se pintarían imitando al color dorado.

Además, D. Ventura Rodríguez era el designado para el reconocimiento de los adornos de la Casa Panadería, donde estaba instalada la Real Academia de San Fernando, ya que desde este edificio habrían de asistir SS. MM. y AA. á las funciones que se dieran en la plaza.

El Rey libró á las compañías de cómicos y farsantes de ir en la mojiganga, y la Junta libraba por sí de asistir á los tahoneros; mediante esta concesión sería mayor la gente forastera, « *pues de lo contrario se experimentaría tan sensible falta que tal vez perturbaría el gozo pacífico de las funciones* » .

A 27 de Marzo participó el Duque de Medinaceli que S. M. había provisto que para las fiestas de toros que se habrían de tener en la Plaza Mayor se eligieran los mejores de las castas que S. M. tenía en su real sitio de Aranjuez; de la de Villarrubia de los Ojos, pertenecientes á Tijones, y de algunas otras de tierra de Salamanca.

El número de toros que según esta disposición habría que escoger podría llegar hasta 60, de cinco á seis años, y entre ellos algunos de cuatro á cinco.

La Junta, en su vista, acordó el día 12 de Abril pedir al Gobernador de Aranjuez 24 toros de la vacada de S. M., ocho de cuatro á cinco años y todos los demás de cinco á seis, puesto que 20 toros pasados de cinco años se traerían de los de la casta de los Tijones, 12 de Castilla, de tierra de Salamanca ó Benavente y que tendrían seis años.

Y acordóse escribir una carta al Gobernador ó corregidor de la ciudad de Málaga para que permitiera venir sin perjuicio de su empleo « *á Diego de el Álamo (alias el malagueño)* », y encargar á los caballeros comisarios de toros practicasen todas las diligencias correspondientes á fin de que vinieran « *Josef Candido el Mulato y Diego, el que asiste en el madero de Granada* », y asimismo el que buscaran otros nueve toreros de los más sobresalientes para que con los tres referidos se completara el número de 12 que se necesitaban.

También al Gobernador de Salamanca se le escribió á fin

de que permitiera venir á la corte á Pedro Marchante, para que picase de vara larga, y por último los caballeros comisarios de toros se las arreglarían para disponer que tomaran parte en la fiesta Josef Daza y Francisco Sánchez.

* * *

La Junta celebrada á 16 de Abril trató con los diputados de los gremios mayores del adelantamiento de dinero preciso para subvenir á los gastos de los festejos, y, con desprendimiento que les honró dijeron los diputados que estaban prontos á facilitar cuantas cantidades fueran necesarias sin interés alguno, en atención á que hacían tal servicio en honor del Rey y obsequio á Madrid, y tomando en empeño únicamente el segundo nuevo cuartillo de real en arroba de vino.

La Junta dió las gracias á dichos señores representantes por la buena correspondencia que tenían para con la Villa, acordando á su vez el otorgamiento de la pertinente escritura de cesión del nuevo cuartillo de real en arroba de vino á favor de los cinco gremios mayores, que empezaría á percibir estos derechos desde el primero de Junio de aquel mismo año de 1760, y continuando hasta la total extinción del débito percibido por Madrid en los adelantamientos que le hicieran.

Como ya hemos dicho antes de ahora, la parte económica de los festejos era directamente intervenida por el tesorero y contador nombrados por S. M.

La escritura se otorgó. En ella se hacía constar la orden del Rey dando á Madrid la facultad para el empeño, así como el compromiso en que la Villa quedaba con sus propios y bienes para la evicción y saneamiento.

En la Junta de referencia se acordó asimismo dar 6.000 reales por de pronto al encargado de la iluminación y pintado de las mutaciones que hubieran de servir para la comedia que se representase ante SS. MM. en el coliseo del Buen Retiro.

Fueron los deseos del Rey que en la función de mojigangas no hubiera carro triunfal; de ahí el por qué el gremio de maestros de coches se comprometía á contribuir en su lugar con 500 ducados de vellón.

El gremio de cereros, por su parte, solicitaba se le libertara de salir en la mojiganga, y los tratantes de madera se convenían con la Junta para librarse también de la salida.

De esta manera quedaban exentos de salir en la mojiganga los gremios de maestros de coches, los cereros y los mercaderes de hierro, mediante los 500 ducados que daba el primero y los 3.500 reales vellón que daban cada uno de los otros, cantidades que se pondrían á disposición del señor tesorero de la causa pública.

Las reuniones de la Junta de festejos se sucedían con gran rapidez. Todos los días se juntaban para tratar de los adornos y arcos de la carrera, ó bien para la mascarada de cómicos, etc., etc. Así, habría que adornar con arcos la Puerta de Guadalajara, calle de las Carretas, fuente de la Puerta del Sol, arco de la Carrera de San Jerónimo y Puerta del Angel y adorno de su galería en el real sitio del Buen Retiro y encarregar á los maestros que corrían con la obra la mayor brevedad en la ejecución, y que dijeran la cantidad y clase de cera necesaria para el iluminado de los arcos y adornos.

El diseño para revocar y pintar la Casa Panadería, ó sea la hoy segunda Consistorial, que está, según es sabido, en la Plaza Mayor ó de la Constitución de esta villa y corte, se encargaba á D. Ventura Rodríguez; recientemente ha sido revocada la fachada de que tratamos, pintándola al fresco el artista D. Arturo Mélida, del que acaso sea, si no la última, una de las últimas obras.

Las iluminaciones de la carrera desde la iglesia de Santa María hasta el real sitio del Buen Retiro la dirigiría el mismo D. Ventura.

Las dos compañías de cómicos hicieron presente en un memorial que estaban dispuestas á salir en una mascarada de diez y ocho parejas vestidas á la *Chamberga*, haciendo diez de ellas, en el tablado de antemano preparado en el Retiro, una especie de loa que formarían en un combate de espadas y broqueles con la mayor visualidad que cupiera.

Otro memorial del gremio de yeseros iba encaminado á que se rebajaran las parejas de la mojiganga, pero no tuvo suerte tal pretensión, que se hubo de ver desestimada.

Los tratantes de maderas, por fin, se avinieron á dar 2.000 reales vellón para evitarse salir en la mojiganga, cantidad que, como las entregadas por los gremios de confiteros y tratantes de pescado y frutas, de otros 2.000 reales el primero y 2.200 el segundo, pararían en la contaduría de la causa pública.

*
* *

Desde Aranjuez contestaba el Gobernador el 20 de Abril á propósito de la carta que se le escribió pidiendo toros de la real vacada. Y dice que los veinticuatro que se le habían pedido estaban á disposición de la Junta de festejos para cuando quisiera disponer de ellos.

La iluminación de la carrera se haría colocando hachas en cornucopias y palos, teniendo cada hacha tres libras de peso y cuatro pábilos.

Para mayor lucimiento de la carrera se pondrían en las bocacalles vallas en lugar de palenques.

El gremio de hosteleros se excusaba de salir con cinco parejas en la mojiganga y suplicaba se le rebajasen dos, y el acuerdo de la Junta fué de no ha lugar; y los roperos de la calle Mayor daban 6.000 reales para no salir tampoco con sus doce parejas.

Para que llegara á conocimiento de todos, pensábase en anunciar públicamente que iba á darse una fiesta de toros en la Plaza Mayor de Madrid, aunque á la verdad no era para que así sucediera por las noticias recibidas de Granada, á donde se mandó en busca de un torero, pues el mozo *Diego* que asistía en aquel matadero, y se deseaba torear en la Plaza Mayor de Madrid, no estaba reconocido en aquella ciudad como hábil torador, «*sin embargo de lo qual le hize llamar—*escribe el Gobernador Sr. Marqués de Campo Verde—*intimándole la orden de que marchase á esa Corte á los festejos de toros á que ha de asistir S. M... y hallándole repugante é inobediente á ello, me ha sido preciso ponerlo en la Cárcel donde lo mantendré hasta que busque persona que lo abone asegurando presentarlo en esa Corte á disposición de V. S.—*del Corregidor de Madrid—*ya que no fué suficiente*

el medio suave que con él usé, ni la oferta que le hice de los dineros que necesitase para el viaje».

Lo cierto es que la actitud del torero era justificada. No ya hoy, que casi, casi hacen lo que quieren en punto á torear, cuando desean y los toros y en las condiciones que quieran, nunca se ha obligado á ninguno por la fuerza á llevar á término su arriesgada labor; se les podrá pagar más ó menos, pero forzar á ello seriamente es digno de censura, y más teniendo en cuenta que se trataba en este caso de quien no era, según la opinión de los granadinos, torero de habilidad. Nos parece esto poner á un hombre en las astas de los toros, y perdonémos la frase.

Más humano Madrid, contestó al Marqués de Campo Verde, dándole las gracias por la diligencia y esmero que hubo de tener en servir á la villa y corte, y expresándole además dejara en libertad al mozo *Diego* y suspendiéralo de ponerle en camino, ya que, según los entendidos, no era sujeto de habilidades en el torear.

La opinión de los aficionados, que diríamos hoy en lenguaje taurino, libró al pobre *Diego* de una desgracia. Todo parece presumir que Madrid no quería presenciar desastres en una función real.

De Málaga se recibían noticias poco satisfactorias. *Diego del Álamo*, que era otro de los toreros, estaba enfermo «*de un gran mal que le acometía á la más leve agitación*», por lo cual decía que si en doce ó quince días se hallase en disposición de ir á la corte, lo haría en un coche, poniéndose puntualmente en camino; «*pero que sabiendo yo—el Gobernador de Málaga—lo que ha padecido no puede asegurar lo que ofrece, y desea cumplir*».

La Junta acordó poner un «*Visto*» al oficio del Gobernador de Málaga, á la vez que tomó otros acuerdos, cuales eran los de que se engalanaran todas las casas de la carrera, incluso los conventos, y los reparos que hubiera que hacer en la casa panadería.

Hecha la correspondiente súplica al Patriarca para que permitiese la asistencia de la música de la capilla real á la comedia que se representara, contestó no ser de su incumbencia

por no tener facultades para ello, por lo que se solicitó de S. M., que concedió el pedimento.

El 7 de Junio se anunció al público el propósito de S. M. de que se diera una corrida de toros en celebridad de su entrada en público en Madrid.

La Junta, *previsora de las contingencias y desgracias que pudieran ocurrir*, acordó se dijeran 300 misas por las ánimas del purgatorio, á fin de que nada anormal sucediera en la próxima fiesta de toros y además por los buenos temporales en las funciones.

Una orden del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli, fecha 10 de Junio, hace presente la resolución de S. M. el Rey de entrar en Madrid.

Mientras, los acuerdos de la Junta de festejos y del apuntamiento para que las fiestas resultasen solemnes eran constantes, ya para que hubiera carpinteros el día de los toros en previsión de cualquier desaguizado, ya para el escogido de los toros en Aranjuez, ya sobre el lugar donde debieran asistir los tribunales el día de la entrada, ya para que no anduviesen ni entrasen galeras en ese día en la villa, etc., etc.

Y repartieron las trescientas misas que Madrid acordó que se dijeran por las ánimas y buenos temporales entre nueve conventos de la villa.

Llegó el señalamiento de día para la entrada del Rey en la noble y leal villa de Madrid. El Sr. Marqués del Campo de Villar prevenía á 6 de Julio al Sr. Obispo de Cartagena y éste al Consejo que, habiéndose enterado el Rey por la representación que elevaron á sus reales manos los individuos de la Junta de festejos, que éstos estaban ya preparados y dispuestos «*le han merecido toda aceptación y gratitud el celo y actividad de la Junta*», mandando lo manifestara así. Hubo de significar igualmente el deseo de hacer su entrada el día 13 de aquel mes, y que en los dos días siguientes, 14 y 15, y el 19 se ejecutaran las fiestas prevenidas.

El programa de las aprobadas por el Rey era éste:

Que el día 13 hubiera la iluminación de la Plaza Mayor y fuegos artificiales en el Retiro.

El 14, comedia en este coliseo y fuegos.

El 15, corrida de toros en la Plaza Mayor.

Y el 19, mojigangas y fuegos en el Retiro.

Además, en estos cuatro días habría luminarias.

Una orden posterior, la dada en 8 del mismo mes, dispone que el día 13, en que iba á hacer su entrada, y el 19, en que sería su juramento, lo mismo que en los dos días anteriores, 14 y 15, en que se ejecutarían las fiestas y corridas de toros, se vistiera la corte de gala y se pusieran luminarias.

Los días 10 y 11 se procedió al reparto de los balcones de la Plaza Mayor, para ver los toros, y este último día se elevó al Rey un memorial, á fin de que concediera permiso para dar otra corrida de toros, puesto que el darla era el único medio de que Madrid se resarciese de los gastos y pérdidas que iba á tener en la primera, ya que, tanto los balcones de las casas de la Plaza Mayor, como los tablados que hubo que levantar en las bocacalles, no produjeron nada, sin duda por efecto del número de personas que hubo que colocar, y por lo que saldría Madrid empeñado en la fiesta.

Y el Rey dispensó á Madrid tal gracia. La corrida, pues, sería en los mismos términos que cuando S. M. concurría por la tarde y se había ya dado otra corrida por la mañana, y todos los rendimientos serán para Madrid, y además, manda que por entero, así el aprovechamiento de los alzados de las bocacalles como de los tendidos y nichos y los balcones principales de las casas, fuera para la Villa, quedando para los dueños de las casas los cuatro actos siguientes:

La corrida se daría cuando quisiese Madrid.

Por tal concesión quería S. M. que se sacasen fondos y no se gravara más el cuartillo de real en arroba de vino.

La carrera que se señaló para el recorrido de las mojigangas en el día 19 era: « *Plazuela de Armas junto á la Orden Tercera de San Francisco, donde se formaría; Carrera de este nombre; Puerta de Moros; Plazuela de la Cebada; calle de Toledo; Plaza Mayor; Santa Cruz; calle de Atocha á la de las Carretas; Puerta del Sol y calle de Alcalá á entrar por la Puerta Verde del Real Sitio del Buen Retiro* ». Desde este lugar iría por la carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle Mayor, de Bordadores, Descalzas Reales, San Martín,

plazuela de Santo Domingo, pasando por delante del convento de este nombre, calle de las Rejas, de la Bola, Encarnación, Caños del Peral, calle que fué de las Monjas de Santa Clara y finalizando en la plazuela de la Villa.

Era, como vemos, toda una *carrera* la que iba á recorrer la mojiganga.

Una lista de los individuos de ésta, por el orden riguroso de su antigüedad, se remitía al Rey, expresando el número de parejas que cada gremio llevaría. Los *toreadores de á pie*, ó sencillamente los toreros, que decimos hoy, para la segunda corrida eran: Joseph Cándido (*el Zurdo*), Juan Romero, Juan Castel, Manuel Palomo, Antonio Campos, Sebastián García y Thomás García (*el Capón*).

Mediante una orden que el Obispo de Cartagena pasó á Madrid para que le dijeran todos los festejos con que la Villa celebró la entrada del Rey, para publicarlos en la *Gaceta*, sabemos nosotros con exactitud lo que sucediera en tal ceremonia, que tuvo lugar el día 13 de Julio. Y era que resolvió S. M. hacer su entrada dicho día.

Madrid adornó la puerta verde del Retiro en un orden de arquitectura de dos columnas y sobre ellas un ático, en cuyo plano había un bajo relieve figurado.

A la entrada de la calle de Alcalá estaba construído otro arco proporcionado de la mejor arquitectura y con tres puertas; tenía dos cuerpos y dos fachadas en un todo iguales, cuyo arco, por su magnitud, elevacion, anchura, adorno de estatuas, medallas y columnas excedía por sus alusiones á las acciones heroicas de S. M. y á los arcos que en ocasiones semejantes se habían ejecutado.

La fuente de la Puerta del Sol se la compuso, y parecía un edificio circular de ocho columnas coronado de otras tantas estatuas de ninfas que sostenían festones de laurel formando una especie de corona.

En la Puerta de Guadalajara estuvieron armados dos arcos con dos intercolumnios que los unían y franqueaban el paso á las calles Mayor y Nueva, con adornos de estatuas y medallas pintadas, y que eran manifestación también de algunas glorias de S. M.

La Platería estuvo adornada por los artífices plateros de Madrid, con el primor y esmero que acostumbraban, dejando ver muchas alhajas de plata, oro y diamantes y variados jero-glíficos.

JOSÉ RINCÓN Y LAZCANO.

(Continuará.)



POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

Poco y... no digamos malo, pero tampoco bueno. Ni á regular llega siquiera lo que hay que contar. Soso, insípido... ¡tiempo perdido para España todo el transcurrido desde la última crónica!

Pasaron las elecciones, cuyo resultado se conocía de antemano, pero que no han dejado de presentar dos puntos dignos de atención. Uno es que cada vez hay menos ciudadanos que ejerzan su derecho de sufragio. Esta vez apenas han llegado al 5 por 100 en totalidad, y descontando el elemento que vota á la fuerza, escasamente queda un 3 por 100 de votantes en todo el censo de España. ¿Es esto un adelanto ó un atraso? Tengo sobre esto mi idea que á nadie interesa. Aparte de ella, siempre es de atender este retraimiento, como protesta muda contra la política pequeña. Mejor fuera la protesta viva, pero al fin ¡algo es algo! Aquí mismo cabe la observación de que se han comprado menos votos y de ello se quejan los electores: á pesar de ello, ha resultado la composición de las Cortes como se quería. Y esto, que es real, echa por tierra todas las palabras del Sr. García Prieto sobre la sinceridad electoral.

El otro punto notable — cada vez más notable — se refiere también á la repartición de fuerzas en las Cámaras. Claro es que en todos los países el Gobierno lleva mayoría en las elecciones, pero al menos se tarda más de unas á otras y se puede suponer que cambia la oposición del país. Aquí, ni esa suposición se quiere hacer. Al año de ser las unas conservadoras, resultan liberales, y cada vez es más notable el contraste.

Actualmente España, que desde el desastre acá ha evolucionado lenta y silenciosamente, pero de un modo muy claro

y continuado, y que en el día, con una mediana observación, puede notarse que se compone de un 80 por 100 indiferentes en política, en espera de una buena orientación, un 10 por 100 republicano en ideas, pero no dependiente de los que figuran como republicanos en política, un 5 por 100 socialista, un 2 por 100 monárquico-liberal-democrático (¡todo eso!), otro 2 por 100 monárquico-liberal-conservador y 1 por 100 anarquista y carlista, da como resultado en las urnas una mayoría demócrata-liberal, otra maurista y una reserva republicana (de esos jefes que no son los de los republicanos). Es decir, que aparece claro el convenio Montero-Maura-Salmerón, que á nadie engaña, pero tan perjudicial es para España. ¿Dónde irá ese 80 por 100 que en resumen es el que ha de resolverlo todo, quizá muy pronto? El Sr. González Besada debe y puede saberlo, á pesar del resultado de las elecciones.

*
* *

Fuera de este asunto, que ha ocupado todo el mes, lo demás son proyectos para ganar tiempo. Montero, Romanones, González de la Peña, Villanueva... todos tienen proyectos. ¿Viables? No, francamente, no: la labor nacional no se hace por personas y por partidos, se hace por todos. Lo demás es perder tiempo: lo que éstos hagan lo desharán los que sigan, aunque éstos sean mauristas y á pesar del acuerdo visto por todos.

Y conste que algunos de los proyectos anunciados son dignos de que se tomasen más en serio y tienen ideas muy buenas. Pero ¿á qué estudiarlos ni discutirlos, si dentro de seis meses nadie se acordará de ellos?

*
* *

Se habla ya de preparar las tres crisis liberales que harán el *pendant* á las tres conservadoras. ¡Mal asunto! Son más de tres los presuntos jefes... Entre los futuros presidentes se habla del Sr. Echegaray ¡Don José!

*
* *

Parece iniciarse una bajada en los cambios; pero ¡es tan rápida y tan cerca de la venida de Mr. Loubet! ¡Ojalá me equivoque! pero temo el contragolpe, tanto más cuanto que, perdido el contacto con Europa, presentando el Gobierno unos presupuestos análogos á los funestos de 1905, y no dando á la visita del Presidente de la República francesa más valor que el de una diversión madrileña, no es de esperar nada serio en ningún orden.

La labor en Hacienda, hay que decirlo claro y fuerte, desastrosa por todos estilos. Como era de temer, D. José no puede entenderse en aquel Ministerio. ¡Es demasiado antiguo y demasiado leal! ¡Qué lástima!

Como es justo consignar todo, hay que hacer constar en elogio suyo la labor personal del Ministro de la Guerra que, luchando con la organización de Linares, con sus compañeros de Gabinete y con los *derechos adquiridos*, va siguiendo un trabajo que ha de ser la base del Ejército.

Los dos decretos sobre provisión de vacantes de profesores en las Academias militares y sobre destinos del personal burocrático á los cuerpos activos es el único bagaje formal que lleva el Gobierno á las Cortes. Y este elogio es tanto más sincero, cuanto que no me es nada simpática la personalidad política del General Weyler.

La actual situación internacional me hace pensar, sin poderlo remediar, en el gran Emperador prisionero en Santa Elena. Si Napoleón, el primer capitán de su siglo, el electrizador de su ejército, el genio del siglo XIX, fué al fin vencido cuando se empeñó en ponerse frente á toda Europa que tenía ya casi dominada, ¿qué será del neurótico Kaiser Guillermo que, sin contar siquiera con su pueblo, quiere ponerse frente al mundo entero? No es difícil la profecía. El caso es que atraviesa el mundo por uno de sus períodos más críticos y expuestos, á pesar de oirse por doquiera la palabra *paz*.

En esencia, la situación es ésta: Alemania, después de hacer un ejército, quiso hacer una escuadra, y esta labor debe terminar el próximo año, dando como resultado una potencia marítima de primer orden. Huelga decir que la enemiga de tal idea es Inglaterra, que con más barcos, no los tendrá tan buenos como Alemania, y le interesa impedir que ésta acabe su obra. Pero obrando, como siempre, prudentemente, no hace ostensible su enojo y entre tanto va tomando amigos. Francia con Rusia, el Japón, los Estados Unidos, Portugal y si puede España. Así, si llega el choque, tendrá cubierto todo y disponible su inmensa escuadra. Percatada Alemania de tal idea y viendo á la *triplice* deshecha en realidad, vuelve sus ojos á todas las naciones, y como mujer coqueta, cuándo acaricia, cuándo impone, á sus deseadas amigas. Y de ahí Tánger y la intrusión en Marruecos, y de ahí los consejos al Zar y de ahí las cuestiones con Francia; y de ahí todo.

Sin embargo, va sintiendo el aislamiento. Francia, ni rompe, ni se adhiere; Rusia no se resuelve, Austria se deshace, Italia se separa...

Tardará el choque poco ó mucho, pero repito que no es difícil la profecía: ni Carlo Magno ni Federico II pudieron sostener la unidad alemana. ¿Cómo va á poder un Guillermo desequilibrado y enfermo?

* *

Nada se puede aún conjeturar de los resultados de la guerra para Rusia y Japón: parece que éste, más deshecho, reaccionará antes; Rusia *necesita completar* su revolución para orientarse.

* *

Austria vuelve casi á ser archiducado: el choque de Hungría es muy fuerte y no sabrá el orgullo austriaco hacer esa separación, como la escandinava.

ABDESLAN-BEN URIZ EL ICHUDEF.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Compendio de historia de América, por MANUEL SERRANO Y SANZ, catedrático de la Universidad de Zaragoza.—*Manuales enciclopédicos Gili.*—*Obra interesantísima*—Un tomo en 8.º de 363 páginas con grabados, elegantemente encuadernado en cartóné, 3,50 pesetas.

Conocidos son los planes para la unión entre los pueblos ibero-americanos; sabemos también qué puntos ha de abrazar esta unión y los frutos que reportará: sólo falta que las sociedades y corporaciones que tienen por misión especial estrechar más y más las relaciones entre los jóvenes pueblos del Nuevo Mundo y su antigua metrópoli trabajen para que se *inculque esta idea en todos los hombres de buena voluntad*, á fin de que, con la variedad de conocimientos que informan la inteligencia, se consagre algún tiempo al estudio de la historia hispano-americana y á las cuestiones relacionadas con España y América.

Para conseguir esa unión y acelerar en todo lo posible la realización de tan beneficiosas aspiraciones, casi necesario es que esta idea de unión, que hoy acarician sólo los intelectuales y alguna que otra corporación ó sociedad industrial, sea patrimonio de todo el pueblo, *de todo español y de todo americano*; que encarne, por decirlo así, en el *alma patria*.

Es, por tanto, muy conveniente trabajar en el sentido de dar gran amplitud á los estudios ibero-americanos y que se *enseñe la historia de América en nuestras escuelas é institutos con más extensión que hasta el presente*, formando un todo, como historias hermanas, la de las repúblicas americanas y la nuestra, y que lo mismo se haga en los centros de enseñanza americanos.

De su propio peso se cae que una historia de las repúblicas americanas para nuestros jóvenes, ó de nuestra patria para la instrucción en las escuelas é institutos de América, en la que alien- te el propósito de infundir en los corazones juveniles el amor á la unión, ha de estar escrita dentro de ciertas condiciones: á más de predominar en ella el espíritu de aproximación y un criterio imparcial, libre de rancios odios, tiene que vencer una gran dificultad, la de destruir muchas preocupaciones y recelos, fundados en hechos, verdaderos unos, falsos otros, y en abusos autorita- rios que man han quizás nuestra historia en América, pero que jamás pasaron de la categoría de hechos individuales, los que en último término, lejos de guardarse en la memoria para mantener

distanciados á pueblos llamados á estar unidos, deben relegarse al olvido, como toda tradición odiosa.

Deseosos de contribuir á tal fin se ha publicado la obra mencionada, con objeto de vulgarizar dichos conocimientos históricos. Claro está que, dado el propósito del libro, la concisión era indispensable, como en todos los compendios que la casa Gili ha editado, los cuales cumplirán su misión si logran despertar en sus lectores amor á semejantes estudios y vivo deseo de ampliarlos en obras más fundamentales. Así y todo, no se limita, cual otras Historias de América (la de Barros Arana, por ejemplo) á dos fases principales: una el descubrimiento y la conquista, otra la independencia, dando del período colonial meras nociones generales de organización social y cultura. El *Compendio* es en este sentido, ya que no por su extensión, *más completo*, pues dedica una buena parte á la época de la dominación española. Su autor ha seguido el método geográfico-político, tratando de cada república ó colonia con separación, excepto cuando entre ellas haya habido tan estrechos lazos que deban ir juntas, cual sucede con las repúblicas de Santo Domingo y Haití, y no se ha ceñido á la llamada historia *externa*, sino que consagra varios capítulos á la *interna* (religión, leyes, literatura, arte, etc.) de México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay, Cuba, Santo Domingo, Estados Unidos, Puerto Rico, Jamaica, Canadá, Brasil y Guayana, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

Con objeto de que las personas estudiosas puedan ampliar sus conocimientos en dicha materia, ha colocado al pie de cada capítulo una interesante bibliografía citando las obras más notables que existen acerca del país correspondiente. Tal es el plan seguido por el autor del manual *Compendio de historia de América*. El señor Serrano y Sanz conoce como pocos la historia de América; el medio en que vive es el más á propósito para esta clase de estudios; la enseñanza, los archivos, las bibliotecas no sólo le han permitido beber en las más puras fuentes históricas, sino que le han proporcionado la ocasión más propicia para desvanecer, á la luz de la sana crítica, la multitud de errores que andan esparcidos por los libros que á la historia de América se refieren, con grave detrimento de la justicia y de la honra nacional.

Por último, la obra se halla editada con bastantes grabados, para que el lector conozca los tipos, costumbres, personajes y arte de América.

Creemos que el estudio de este hermoso *Compendio de historia de América* servirá de poderoso aliciente para que la juventud comience á ver en la pronta solución de las cuestiones ibero-americanas la fuente de la prosperidad individual y colectiva y, sobre todo, para que se familiarice con la historia de América, ya que sin conocer ésta no es fácil profundizar en la historia patria.

* * *

Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Segovia, por GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN. — *Guadalajara, taller tipográfico del Colegio de Huérfanos de la Guerra.*—1904.—Un volumen de 616 páginas en folio.

Acerca de la obra cuya publicación tenemos el honor de anunciar á los eruditos y aficionados á esta clase de trabajos redactó el ilustre cronista de Segovia, D. Carlos de Lecea y García, un brillante informe, que se inserta al frente de ella, y la Real Academia de la Historia, á petición del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, emitió también su informe acerca del valor del *Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Segovia*, escrito por el Sr. Vergara en términos tan laudatorios para el citado autor que no lo reproducimos íntegro por no ofender su modestia, limitándonos á insertar á continuación algunos párrafos del referido informe oficial para que se pueda formar idea de la importancia de la obra á que se refiere:

«Dice bien el Sr. Lecea en su informe sobre este *Ensayo*: que es «archivo de curiosidades históricas, índice razonado de noticias de gran interés, colección de datos importantísimos y reseña biográfica de los rasgos más salientes de multitud de hijos insignes de Segovia y su provincia»; que constituyen un «compuesto enciclopédico de materias religiosas, políticas, administrativas, industriales, económicas, artísticas, históricas y de otros géneros» y que hay entre estos antecedentes «originales de tal valor que sólo el revisarlos y dar cuenta de su paradero es uno de los mejores servicios que se pueden prestar á un pueblo...»

Están agrupadas las materias en cuatro partes bien definidas: la primera, dedicada á asuntos generales de la provincia, y la segunda, á asuntos locales ó de cada población en particular; en aquélla, por orden alfabético, y dentro de éste, el cronológico, y en ésta, por el alfabético en cada localidad. La parte tercera trata de la imprenta en toda la provincia, comprendiendo, en lo tocante á libros, los no incluidos en la obra de Baeza, pero extendiéndose en la reseña de periódicos que han tomado allí mucho incremento, con noticias de las imprentas y sus productos dentro y fuera de la capital. La parte cuarta es de los hijos insignes de la provincia, á que sirve de base los *Apuntes biográficos* de Baeza, modificando algunos con arreglo á averiguaciones posteriores y aumentando su número según queda referido.

Facilitan el manejo de la obra cinco índices, correspondientes á las mencionadas cuatro partes y á los periódicos de que habla la tercera, con referencias á los números de los artículos y páginas en que éstos se hallan ó principian. Una vez esto entendido, resulta enteramente clara y metódica la clasificación adoptada, sin haber más motivo de confusión que la inevitable mezcla de materias impuesta por el orden alfabético, que sin embargo es

más sencillo que otro cualquiera si se hace uso de los índices, que son muy dilatados.

No se contenta con señalar los libros, periódicos y manuscritos, sino que puntualiza tomos, páginas, legajos, carpetas y lugares y exhuma documentos raros, escasamente conocidos ó del todo olvidados, de sumo valor histórico, como aquel privilegio rodado del rey D. Pedro concediendo cierto número de ballesteros permanentes, libres de todo pecho, en algunos lugares del obispado que existe en el ayuntamiento de Turégano. En una obra de consulta, como ésta, las condiciones preferibles son las de novedad, exactitud, abundancia y certidumbre, á las que nuestro autor reúne las de corrección y buen sentido, trocando un relato desabrido y cansado por naturaleza en lectura amena y atractiva.»

Con lo copiado anteriormente del informe dado por la Real Academia de la Historia basta para comprender que el *Ensayo de una colección bibliográfico-biográfica de noticias referentes á la provincia de Segovia* debe figurar en las bibliotecas de las corporaciones oficiales de distintas clases, no sólo de Segovia, sino de las demás provincias con las que está íntimamente relacionada la historia de aquella región. También recomendamos su adquisición á los centros y corporaciones científicas y literarias por la abundancia de noticias que en ella se encuentran de Historia, Ciencias, Artes, Literatura, Agricultura, Industria y Comercio.

* * *

Apuros de la Hacienda y enfermedad de la moneda española en tiempos de Cervantes, por FÉLIX LLANOS DE TORRIGLIA.

La actual guerra ruso japonesa prodiga numerosas enseñanzas: todos están conformes con esto. Tal vez cada cual deduzca la suya; pero seguramente es unánime, ó tiene gran mayoría, la sorpresa de que un territorio tan extenso como el ruso haya cedido al aparentemente minúsculo poder japonés. Hoy son muchos los japonófilos, pero no sucedía lo mismo hace un año. Entonces la inerte mentalidad de los más no comprendía lo que hoy le ha enseñado palpablemente la realidad. Entonces no comprendían por qué hay quienes opinamos que la prosperidad de un pueblo es sólo preparación de la decadencia, es decir, no es tal prosperidad, si ésta consiste en extender las dominaciones y basar la honra patria en colocar una misma bandera en la mayor parte posible de planeta. No he de meterme ahora á dar razones de esta opinión mía. Baste con citarla.

Este libro de que hablo renueva recuerdos y reúne datos históricos para mostrar la situación del pueblo español cuando no se ponía el sol en nuestros dominios—frase hecha que nos sirve aún para enjuagarnos la boca y complacer nuestra vanidad, ya que ésta no tiene motivos actuales de vanagloria. Las deducciones de la guerra actual podíamos haberlas sacado con anterioridad de

nuestra misma casa, basados en nuestras mismas experiencias.

Otro punto curioso de observar en el pueblo es la importancia que tiene en su cerebro la palabra Hacienda. Casi carece de significación. El dinero es todo, sí. Los *hombres prácticos* guiñan el ojo y pregonan la omnipotencia de la moneda. Si son ricos dicen que es imposible la vida cuando las rentas bajan, y cuando suben están en el mejor de los países posibles. Si son pobres procuran aumentar los salarios con la huelga y se la prometen felices con cualquier ideal político por venir. Son fanáticos del *parné*.

Pero que se hable de mejoramiento de la nación, y verán ustedes: la culpa es de los conservadores, que tienen manga estrecha; la culpa es de los liberales, que tienen manga ancha. ¿El mal proviene de los diversos tratos comerciales, de las relaciones monetarias, de la Hacienda? Nadie lo sabe; son esas cuestiones que suenan á griego. Si acaso hablamos de dinero es para recriminar á Fulano porque roba y no se pueden comprar barcos para conquistar ó no se pueden aumentar ejércitos para idéntico logro. Por lo demás, únicamente en estos días, cuando el dicho de *la peseta enferma* ha sido divulgado por el retruécano, pasa por nuestra imaginación la sospecha de que la moneda sea una cosa capaz de enfermar ¡y contagiar su epidemia á todo un pueblo! Todos estábamos en que la peseta podía faltar; pero que se enfermara, nadie lo suponía.

En los momentos actuales, en los que se va comenzando á ver que hay en el mundo algo más de lo que puede soñar nuestra filosofía, son de utilidad los libros que hacen del pasado relieves educativos.

No particularizo los puntos que marca el libro, porque para sacar sustancia de él precisa leerse.

* * *

Histoire sommaire de l'arbitrage permanent, por GASTÓN MOCH.

Define el autor los arbitrajes *ocasional* y *permanente*; señala también las diferencias entre el *arbitraje* y los *buenos oficios* y *mediación*.

Es un libro útil en el mero hecho que dijérase escrito para quienes jamás entendieron de estas cosas por no haberse tomado el trabajo de inquirirlas.

Existe en nosotros secular escepticismo en materias de justicia. Queremos solventar nuestras discrepancias á puñetazos y sin ayuda ajena. El labriego tuerce el gesto y se dispone á mentir en cuanto llega á su nariz olor de justicia. Suple con malicia el defecto de inteligencia. Lo que digo del labriego puedo hacerlo extensivo á la nación. La hostilidad que nos previene contra la justicia es atávica y tiene en parte origen en la experiencia. El proverbio francés «Si te acusan de haber robado la columna Vendôme, fúgate», expresa el pensamiento de cualquier español en cualquier circunstancia judicial. El pueblo está seguro de que la justicia es relativa cuando no injusta, y se arrincona, prefiriendo mal

componer los asuntos que le interesan antes que buscar tercerías. Como digo, sabe de tiempos atrás que los terceros suelen hacer lo que el ratón del cuento: comerse el queso de ambos litigantes.

Pero ignoran que trabajando podrían crear una justicia honrada, que á todos beneficiaría.

Lo mismo sucede con los arbitrajes internacionales.

El libro que me ocupa no habla de porvenires utópicos, sino que reseña los resultados múltiples y satisfactorios que ha logrado la perseverante tenacidad de hombres animosos é inteligentes.

No se puede, por lo tanto, oponer nuestra habitual argumentación de desaliento y escepticismo, pues realidades cantan. Es la mayor fuerza de la causa que defiende el folleto: haberse ya realizado el éxito. Una cláusula del Código del Arbitraje Internacional adoptado en Anvers (1894) era inquietante, pues dejaba al descubierto lo que sigue: «La ejecución de la sentencia está confiada al *honor y buena fe* de las naciones litigantes». Los subrayados hacen sonreír á la malicia incrédula; pero, como antes dije, la práctica ha demostrado lo que ya podía haber previsto la razón si ésta viera claro, y es que la fe de los litigantes es buena porque no tiene más remedio. En efecto, al arbitraje—dice el autor—tiende la dolorosa evolución de las sociedades humanas. Es decir, que se impone la necesidad de una ayuda y de una recíproca honradez. Todos se portarán lealmente, aunque sólo sea por el temor de que paguen su deslealtad con la misma moneda. Por otra parte, la condición permanente del arbitraje garantiza la honradez general, pues no pueden guiar cálculos de lucro no sabiendo cuál será el conflicto que surja al correr de los años.

Las relaciones internacionales son convenientes. Una justicia internacional es necesaria.

Estudad esta cuestión. Nos interesa.

Este libro se ha traducido al esperanto. Poco á poco se va lejos

* * *

Alcalá de Henares, por VICENTE G. QUESADA C. de la Real Academia de la Historia.—Madrid.

Vicente Quesada nos cuenta en el libro que estuvo en Alcalá invitado por unos cuantos socios de la Sociedad Española de Excursiones.

Son estas excursiones regocijados paréntesis en el vivir cotidiano. Se reúnen los amigos y se presentan por delante unas horas de amistosa confraternidad. Si esto es poco, también acompaña la satisfactoria esperanza de aprender algo y visitar lugares propicios á la reflexión fructífera de hombres sapientes.

El Ministro de la República Argentina visita el Archivo, que supone ocupado anteriormente por Cardenales, y admira, elogia, compara, toma datos y detiene su espíritu en el placer de la contemplación, aunque no todo lo que deseara, pues sucede en estas visitas de curiosos que todo se tiene que ver ligeramente.

Pasan á los Escolapios; allí el alma joven del Sr. Quesada— imagino yo que será joven al representar á su nación, simpáticamente juvenil—tal vez opine—hasta creo que opina—muy seco, muy enervador, muy desolado el ámbito escolar, donde los dignos PP. debieran haber plantado flores para que los allí educados pudiesen contemplar en su imaginación—cuando ya hombres volvieren la vista á tiempos pretéritos—la visión risueña de un jardín, no de pilastras graníticas é inquisitoriales.

El reflexionar del excursionista se torna profundo y triste. No puede por menos. Todo lo que constituyó en otras épocas la gloria artística del país fué vendido, roto, apolillado en buhardillas. Unicamente quedó lo imposible de exportar: los edificios. Pero éstos van desmoronándose por efectos del tiempo; las obras artísticas de sus interiores van siendo mutiladas por la barbarie; los Gobiernos apenas restauran, y camino llevamos de poseer únicamente la vanidad que nos desarrollara el esplendor antiguo.

Gracias que ha llegado la hora de almorzar y la animación de todos disipará los pensamientos penosos.

Van al Hotel Laredo y allí sobran los motivos de satisfacción artística. Pero también los arabescos, la policromía exquisita, las baldosas morunas, los platos árabes cuentan una historia melancolizante.

Los complutenses, no hace muchos años, veían pasear á un hombre digno, que sólo con su aristocrática presencia pregonaba grandeza, sangre noble. Sombrero achambergado que protestaba, sin caer en lo ridículo, de la antiestética moda actual en sombreros de varón. Barba de plata y mirar de rey. De soberano, diré mejor, porque el tal era artista. Soberano del arte que triunfa ó muere. Llevaba un alcázar en su imaginación y en su cerebro una voluntad que le impulsó á transformar sus ensueños en realidad tangible. Construyó un palacio con paciencia de musulmán y con buen gusto de hijo predilecto de la Belleza.

Al poco tiempo de verlo en pie murió. Muchos dicen que apenado por encontrarse pobre (toda su fortuna fué invertida en la obra de su vida). Otros supondrán que murió de asco. Yo creo que hombres de semejante naturaleza no pertenecen á este mundo, y por lo tanto milagro fué que pudiera respirar durante tantos años el mismo oxígeno que á nosotros nos vivifica.

No es otra la historia que refieren los salones donde almorzaron los ilustres excursionistas.

La vida es amena.



Jocs Florals de Mallorca.

Libro en el que van juntas, con el agradable compañerismo del triunfo, las firmas de poetisas: María Antonia Salvá, Emilia Surreda, María Josefa Penya; poetas: Bofill, Carner, Tous, Riber; prosistas: Roselló.

Es provechosa la recopilación de estas obras laureadas, porque, de este modo, suelen verse con claridad las manifestaciones varias del espíritu regional.

Tiene el libro composiciones notables. Entre otras las de la señora Salvá, donde hay este á modo de estribillo rebosante de gracia y ritmo popular:

Cantau, cantau,
cors q' estimau,
cantant s' adorm la pena,
cantau, cantau,
cantant reviu la pau.

Estos trabajos van dignamente acompañados del *Discurso* del Presidente de Jurado, Moss. Miguel Co ta; la *Memoria* del Secretario, Sr. Alzamora, y el *Discurso* de gracias del Sr. Armengual.

* * *

Discurso biográfico de Cervantes, por FRANCISCO MARTÍNEZ Y GARCÍA. —1905.

Este folleto, escrito por un alumno del Colegio de Padres Agustinos de Uclés, trae á mí profusas remembranzas. Yo también estuve en un colegio de sacerdotes, en una Escuela Pía, y sé cómo van preparándose las veladas escolares, de conmemoración análogas á ésta solemne, que tuvo por objeto honrar la memoria «del ilustre Príncipe de los ingenios españoles».

Tengo la certeza de que los acontecimientos de este género en los Escolapios han de ser lo mismo que entre los PP. Agustinos, salvo pequeñas diferencias, que constituirían—naturalmente—la honrilla de cada uno, los fundamentos para pregonar la superioridad de su enseñanza sobre la de los competidores.

Veréis.

La vida es monótona, sigue los compases del reloj y cada martillazo en la campana significa una variante idéntica á la del día anterior. Por la mañana: misa, clases; por la tarde: clases, recreo, merienda, estudio. Van pasando los días sin que haya en la imaginación jalones que sobresalgan en la llanura de una existencia uniforme; sólo, en el pasado, el recuerdo de alguna fiesta, y en el porvenir, las ilusiones pendientes de otra fiesta. Por lo demás, nada. El vivir allá, como el silencio en la sala de estudio: mudez completa, se oyen ó se sienten las oleadas de respiración; sólo, de en cuando en cuando, una hoja que vuelve alguno coclea, una tos discreta aumenta el silencio...

De pronto á cualquiera se le ocurre decir: «para el mes tal hay cual fiesta, ¿la celebraremos?» Se habla de ello y se olvida.

Más adelante, un profesor llama con misterio á un alumno, luego á otro y éstos cuchichean con un tercero. Expectación. —¿Qué será? Fulanito ha ido al cuarto del P. Menganito. Por fin se sabe, les han repartido papeles para una velada que se ha de celebrar

dentro de cuarenta y tantos días. Uno recita un verso, y otro un discurso y otros un diálogo. La poesía la escribe el padre profesor de Retórica, los discursos y el diálogo otros profesores también. Si hay entre ellos alguno de ilustración sobresaliente y dotes literarias, aliña una memoria, como ha sucedido indudablemente con este distinguido alumno. Se ensaya; comienza el paseo de colegiales por los claustros, abstraídos en la lectura de un papel, leyendo tal vez en voz alta y tal vez con soniquete característico.

Las clases andan algo perturbadas con este motivo, sobre todo para los que han de figurar en la velada. Se les dispensa que las lecciones anden malejamente, pues se hacen cargo del tiempo empleado en ocupaciones ajenas á los libros.

La solemnidad llega. También el turno al escolar que aporta «un fruto de su ingenio». El momento es para él emocionante, lo confiesa: «un profundo temor embarga su ánimo». Pero casi inmediatamente se muestra decidido: «confiando en vuestra benevolencia no he vacilado un instante». Ya confía en sí, ya los primeros pasos están dados, y es muy posible que siguiendo de este modo llegue el día de mañana Dios sabe dónde.

No es otro el proceso de esta velada y este folleto memorables.

Puedo añadir que al llegar los exámenes de aquel año los estudiantes están más flojos, la asignatura se resiente, acaso por la velada.

Pero digamos: ¿quién gana más, el que aprende á macha y martillo una ciencia docente, ó quien trabaja escudriñando las vidas de los que siempre serán ilustres?

¡Quién sabe!

* * *

Dai Nipon (*el Japón*), por ANTONIO GARCÍA LLANSÓ, miembro del Jurado calificador de la Exposición universal de Barcelona de 1888, designado por el imperio del Japón. Con un prólogo de Miguel S. Oliver.—Barcelona.—En 8.º, 371 páginas con multitud de grabados. Encuadernado en tela, 3 pesetas.

Pertenece esta preciosa obrita á la acreditada biblioteca de Manuales-Soler, en la cual ocupa el número 60 (tan grande es el éxito que ha alcanzado). Su autor, literato meritísimo, acierta á dar cabal idea de ese imperio, que en sólo cincuenta años ha experimentado tan honda transformación que se ha convertido en una de las naciones mejor organizadas y más pujantes.

Los españoles debemos leer con doble interés la excelente producción del Sr. García Llansó, ya que, por nuestra desgracia, lejos de haber escarmentado con la dura lección de nuestras posesiones de Ultramar, seguimos con iguales vicios y con las mismas corruptelas y nadie acomete las radicales reformas de que tanto hemos menester.

* * *

La muerte en España. *Estudio estadístico sobre la mortalidad*, por RICARDO REVENGA.—Madrid, 1904.—En 4.º, 198 páginas con varias láminas.

El malogrado autor de este libro, que era uno de los que más honraban al cuerpo de estadística, en el que figuran personalidades de tanto valer como los Sres. Segura, García del Mazo y Senén Guillén, obtuvo el premio de D. Alfonso González en el concurso abierto por la Sociedad Española de Higiene.

Hizo el Sr. Revenga un trabajo concienzudo y de excepcional transcendencia, que deben estudiar los médicos y los gobernantes, si es que alguna vez los últimos se deciden de veras á acabar con el abandono que en materia de higiene hay, cual más, cual menos, en todas las poblaciones de España. Es vergonzoso que mientras en Alemania no pasan de seis los que al año mueren de viruela, lleguen á centenares los fallecidos aquí á causa de dicha enfermedad. Cierto que se dictan leyes, y no hay energía para hacerlas cumplir. Sirva de ejemplo lo que ocurre con la que impone la vacunación obligatoria.

Tenemos muchos oradores y pocos, poquísimos hombres de Estado, si hay alguno.

* * *

El trabajo, por la Condesa ZAMOYSKA. Traducción por Corina de Carlos, con un prólogo del Ilmo. Sr. D. Antolín López Peláez, Obispo de Jaca.—Barcelona, Gustavo Gili, editor, 1905.—En 8.º, 206 páginas.

La ilustre autora estudia en otros tantos capítulos el trabajo en general, el trabajo manual, el intelectual y el espiritual, y termina su producción con muy atinadas observaciones concernientes á nuestras alumnas.

El insigne Obispo de Jaca, cuya fecundidad como escritor es maravillosa, pone un admirable prólogo al libro, también admirable, de la gran pensadora, que tanto bien ha hecho y hace á la humanidad.

* * *

Comment et pour quoi la France doit renoncer à l'Alsace-Lorraine, par M. LÉON BOLLACK.—Prix, 1 franc.—Librairie A. Tardieu (20, boulevard Saint Denis), Paris.

Trátase de probar en este interesantísimo libro que la Francia debe renunciar á la reconquista de la Alsacia-Lorena, anexionadas al imperio de Alemania. Es objeto de viva discusión en la prensa periódica de Francia la obrita de M. Bollack, la cual recomendamos á nuestros lectores.

* * *

Atlas general de España y particular de sus cuarenta y nueve provincias.

Esta obra, compuesta con fines pedagógicos, tiene por objeto proporcionar la enseñanza de la geografía española, representada en cincuenta mapas tirados á dos colores, el primero de los cuales es general de España, y al que sigue una descripción de su situación, límites, forma de gobierno y organización civil, judicial, etc. Los restantes mapas cada uno es representación particular de una provincia y están precedidos de una descripción de la misma, en la que se dan gran número de datos geográficos, agrícolas, comerciales é industriales. todo lo cual hace un conjunto cabal y admirablemente acomodado para servir de estudio gráfico de la geografía en colegios, institutos y escuelas superiores.

Este excelente *Atlas* se vende, al precio de 2 pesetas, en todas las librerías y en la de sus editores, Bailly-Baillière é Hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ, LIBERTAD 16 DUPLICADO, BAJO
Teléfono, 934.

